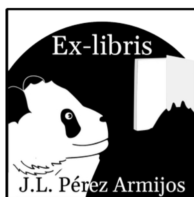
Antología de los ganadores del «Ismael Pérez Pazmiño»



Guayaquil:
Ex-libris J. L. Pérez Armijos
MMXXII
(✪)

El concurso *Ismael Pérez Pazmiño* fue puesto en marcha por Francisco Pérez Febres - Cordero, mi padre, en 1959, a través del periódico en el que trabajaba, *El Universo*. El concurso, que llevaba el nombre de su abuelo, se celebró anualmente hasta 1975 y cada dos años desde entonces hasta 1996.

A mi padre le encantaba la poesía y tenía una gran debilidad por coleccionarla. Durante su vida tuvo a bien trascribir cuanto poema le gustaba en una carpeta negra en la que los ordenaba por tema.

Un día, buscando en Internet un poema de Juan Bautista Aguirre, caí en cuenta de un gran vacío que dejaba en línea la ausencia de muchísimos poemas de ecuatorianos. Como nadie se había tomado la molestia de subirlos y como yo ese día lo tenía libre, decidí, valiéndome de la carpeta negra de mi padre, digitalizar los poemas que él había transcrito.

A esa compilación le fui agregando la obra de los poetas que se presentaban (o que sólo acudían a conversar) al bar «Barrikaña», adonde todos los miércoles se leía poesía en un acto al que llamábamos «poeticanto». Allí mismo nació la idea de sumarle a mi digitalización los ganadores del «Ismael Pérez Pazmiño», y ciertos segundos o terceros premios que me agradaban– que aquí también los meto.

Contando más detalladamente los pormenores de este mi trabajo de transcripción y digitalización hice un trabajo para Jordi Carrión cuando cursaba una maestría en creación literaria. Adjunto al presente ese trabajo, pues en él conté ya la anécdota del hombre a quien la Casa de la Cultura Ecuatoriana borró de la antología que publicó con los ganadores desde el año 76 al 94, y a esa anécdota sumo la siguiente: Cuando Jorge Carrión nos devolvió los ensayos calificados, a mí me dijo que no me ponía un «10» porque había extendido mucho los límites de lo verosímil con eso de que había yo digitalizado casi mil poemas en mi tiempo libre. Inmediatamente tuve la oportunidad de mostrarle la página *web* en que está (y espero esté por siempre) la dichosa compilación. No sé qué habrá pensado el profesor Carrión al verla, pero la calificación, según me dijo, ya estaba *pasada*; pero más valioso que ese punto, que de nada me

serviría ahora, me ha sido la lección de que lo verosímil es más importante que lo veraz– por lo menos en los textos literarios.

Tras quince años de que estén esos poemas en línea para el disfrute de todos decidí que en aras de proteger el trabajo que había hecho, sería práctico poner los poemas digitalizados en formato de libro electrónico. Al hacerlo, he aprovechado para corregir erratas y adjuntar el poema con el que Euler Granda gana su primer premio compartido de 1996, al que no pude encontrar en los archivos de *El Universo* en su momento. Algo similar ocurre con el otro poema que ganó en 1996, el de Ángel Emilio Hidalgo, y con el del ganador de 1978 Othón Muñoz Alvear: estos tres poemas no los pude encontrar tal como concursaron, si no en el formato en el que se publicaron posteriormente; cuando estos poetas publicaron sus poemarios incluyeron no sólo los poemas con los que concursaron en el Ismael Pérez Pazmiño, si no que les agregaron otros más, y seguramente, me figuro, habrán cambiado alguna cosa aquí o allá. Adjunto a este trabajo la versión que encontré a sabiendas de que puede estar *engordada*, *menguada* o *mutada*, pero sin saber qué más podría haber hecho.

Me hubiera gustado agregar también el de la ganadora de 2016, María Paulina Briones, pero no lo he podido conseguir.

Aprovecho, ya que toqué el tema, para agradecer a los ganadores del Ismael Pérez Pazmiño con quienes sí me pude comunicar –o sus descendientes, según el caso– que tuvieron la gentileza de ayudarme a con esta compilación.

En fin, no molesto más. Aquí dejo parte de ese inverosímil trabajo, en aras de que otros, a posteriori, lo disfruten.

Jorge Luis Pérez Armijos
23 de abril de 2022

Año, puesto, autor, y título

- 1959, primer premio: Hugo Salazar Tamariz por «Sinfonía de los antepasados»
- 1960, primer premio: Antonio Lloret Bastidas por «Imagen y memoria de la poesía»
- 1961, primer premio: Euler R. Granda por «El rostro de los días»
- 1962, primer premio: Rodrigo Pesántez Rodas por «Denario del amor sin retorno»
- 1963, primer premio: Enrique Noboa Arízaga por «Diario de la soledad intempestiva»
- 1964, primer premio: María Antonieta Humeres por «Población de atardeceres»
- 1964, 2.do puesto: Manuel Zabala Ruíz por «Sonetos del redondel»
- 1965, primer premio: Antonio Preciado Bedoya por «Este hombre y su planeta»
- 1965, 2.do puesto: Vicente Muñoz Elizalde por «Balada»
- 1965, 3.er puesto: Ignacio Carvallo Castillo por «Perfiles de la noche»
- 1966, primer premio: Ignacio Carvallo Castillo por «Ecuatorial»
- 1966, 2.do puesto: Jacinto Santos Verduga por «Poema al hijo»
- 1967, primer premio: Nicanor de J. Alejandro R. por «Divagaciones»
- 1967, 3.er puesto: Hugo Salazar Tamariz por «Réquiem»

- ★ 1968, primer premio: Gonzalo Espinel Cedeño por «Espejismo del amor y su visión del mundo»
- ★ 1969, primer premio: Efraín Jara ldrovo por «Balada de la hija y las profundas evidencias»
- ★ 1970, primer premio: Carlos Eduardo Jaramillo por «Itinerante entre los muertos»
- ★ 1972: declarado desierto
- ★ 1971, primer premio: Ignacio Rueda por «Crucigrama nocturno»
- ★ 1973, primer premio: Horacio Hidrovo Peñaherrera por «La Paz es una niña perdida en una gran ciudad»
- ★ 1974, primer premio: Rafael Díaz Ycaza por «Ciudad nocturna»
- ★ 1975, primer premio: Manuel Mejía por «Crónica»
- ★ 1976, primer premio: Claudio Mena Villamar por «Las líneas de tus manos»
- ★ 1977, primer premio: Waldo B. Calle Calle por «Juantodonada»
- ★ 1978, primer premio: Othón Muñoz Alvear por «Breves noticias de sus vidas breves»
- ★ 1978, 3.er puesto: Fernando Artieda Miranda por «Monólogo del hombre que se quedó mirando en el espejo»
- ★ 1980, primer premio: Teodoro Vanegas Andrade por «Ciento cincuenta el juego de la nada»
- ★ 1982, primer premio: Carlos Villasís Endara por «Odisea de los sueños y la gloria»

- ★ 1984, primer premio: Francisca Ortega Salazar por «Salinas»
- ★ 1986, primer premio: Victor Manuel Villegas Romero por «Procedimientos diarios»
- ★ 1988, primer premio: Víctor Granados Boza por «Argonautas»
- ★ 1990, primer premio: Marcelo Báez Meza por «Puerto sin rostros»
- ★ 1992, primer premio: Manuel Zabala Ruíz por «Cuaderno del salmista»
- ★ 1994, primer premio: Ana María Iza por «Papeles asustados»
- ★ 1996, primer premio compartido: Euler Granda por «Relincha el sol»
- ★ 1996, primer premio compartido: Ángel Emilio Hidalgo por «Beberás de estas aguas»
- ★ 2016, primer premio compartido: María Paulina Briones por «Tratado de los bordes o la cercenación del estero»

ÍNDICE

Sinfonía de los antepasados

1959 - Hugo Salazar Tamariz, primer premio

Solos
y de puntillas al borde del asombro
estamos,
en el centro mágico de los nombres,
castigados de ciclos,
de guerras
y Ciudad nocturna 227de polvo,
como un fruto que enciende su piel en la tiniebla.
Ávidos vigilantes que,
sin embargo,
somos
tan sólo como el viento sobre la buena tierra:
pasajera cosecha de canciones
y ausencia,
eterno niño convertido en fechas.
Rojo licor que corre como un venado,
somos,
y alzamos la palabra frente al viento sin muros,
renunciando la forma del ángel en los hombros
y clavando con furia los dientes en el duro
alimento del tiempo repleto de presagios.
Alguien dijo,
alargando su voz tibia
y desnuda:
–somos sombra labrada por anónimas sombras–
y es verdad!
Oh,
las sombras que a los padres preocupan
en la noche
moviéndolos como a hojas...
Y ellos
y nosotros,
vasijas nunca llenas,
hambre de compañera,

de justicia
y cereal
desbordamos el vino,
los proyectos,
la pena,
la dura sal de entonces,
el hervor de la espera,
los cien frutos cortados para la diaria cena,
la mínima semilla que justifica al surco
mientras llueven los días en los cuerpos oscuros.
Hacia ellos volvemos la cabeza,
muy solos,
como los campesinos que retornan cargando
su brazada de trigo
y de abandono!
Desde los bisabuelos ignorados al margen,
hortelanos de flores,
de barbas

y de olvidos
en la huerta abonada de crepúsculo
y sangre,
conocemos el polvo que amasa en sus artesas
todo cuanto se extiende de la nube a la hormiga,
del silencio a los vítores,
de la novia a la madre,
desde el seno a la frase,
de la bruma a la vida
de la mano infantil a la cometa.

Oh,
ellos
y nosotros,
rumorosos
e inquietos,
agua golpeada contra musgosas piedras blancas,
encontramos vocales en el siseo lento
de las leves sandalias de un campo de cebada.
Tenía tal cantidad de imponderable bosque
en sus espíritus que,
de lejos,
su carne
era el árbol añoso que se convierte en odre;
simulaban paisajes de la séptima luna,
flameando con un viento de maíz
y leyenda,
desnudos
y totales como un día de lluvia,
con un sabor a duendes en su chica morena
y en su nostalgia sin explicaciones.

Íngrimos como dioses,
velaban recogidos
al pie de las nociones de la rueda
y la rosa;
como hogueras,
herían el vientre femenino,
hurgando en el futuro su repetida forma.
Oh,
profundas abuelas surcadas de deseos;
lejano
y tenue nido al fondo de una selva...
Oh,
profusas abuelas de llanto insomne,
cómo
os veo arrodilladas recontando los trojes

y las limpias gavillas del día
y de la noche,
o bajando a las vegas con rumor de terrones
desprendidos por unos pies de cobre.

Oh
surco de los progenitores en el fondo
de la apretada tierra que huele
y siente
bajo las estaciones;
en le brocal del pozo
esperamos el cubo de agua amarga
y breve;
un agua tan completa como el cielo en verano,
tan llena como la confesión de los amantes...

Oh,
tierra agua fluida,
líquido solitario,
última instancia de terrestre sangre!
Oh,
vosotros,
los puros ausentes inclinados
sudando en los sembríos como horas de invierno,
dejando en las praderas vuestros antiguos pasos
descalzos,
que corrían por los cerrados sueños.
No sabría nombrarlos,
pero desde mi canto,
sale la llamarada
y crepita
y se vuelca
sobre mis mil hermanos:
molineros del llanto,
picapedreros que hallan en su alma la cantera,
necesitados con las manos llenas...!

Os quiero ver alzando las ya doradas parvas
y las faldas repletas de hijos venideros,
desde la simple línea clara de las ventanas
que aún existen al fondo de los caminos viejos.

Oh,
vosotros,
que estabais allí,
precisamente,
prolongando la rama,
la ribera,
la voz,
encaramados sobre las semillas candentes,
dándonos un destino de alfareros...

Hay que poner el aire a la entrada del límite
y gritar que ya en todo está a punto la flor,
oh,
longevos guerreros,
pescadores humildes!
Cómo es posible,
entonces,
que vuestra luenga tierra
batida de sudores,
de hijos,
de jornadas
esté en otras manos.
Y la fiera corteza
titila como un astro entre las noches largas,
alzando sus mareas de protesta.

Oh,
vosotros,
sentados sobre la vieja piedra
grande,
junto al quicio sin puerta

y sin esperas,
vigilando el granero múltiple de las hembras,
repasando lecciones de saliva
y de estrellas:
qué amor en los perfiles del cerro
y de los hijos,
cuando se abate herida de sueño la pupila,
cabe el hogar,
sobre el oscuro
y arduo piso
donde ningún pariente extraña su comida
ni piensa en la partida que está cerca.
Cómo escucho ese eco de vuestra audaz carrera
insatisfecha
y pálida
fatigando los sexos,
parecida al rugir de imponderables fieras.
Nada pudo detener su avance.
Y cayeron
vencidos de estaciones terrestres,
de costumbres,
los amados hermanos que domaron el fuego;
no cayeron vencidos de conquistas ni guerras
pues sus raíces eran tan hondas como el tiempo
que es un árbol;
árbol lleno de nidos
y días,
días de pies livianos que llegan
y que pisan
un inmenso lagar lleno de polen!

No habláis desde estancias de apetito insaciable
bajo la geografía,
ahora dormidos padres,
con el profundo tono del hombre tras los besos.
Os veo en todos cuanto del amor participan:

mis vecinos,
que cuidan su trágica candela
al fondo de sus casas en perenne desvelo,
rodeados de angustias,
de dudas,
de cadenas,
pero con ambas manos en la vida.

Oh,
repletos de ausencia,
tensos arcos que ahora
hienden,
lejos,
la espesa soledad de sus selvas:
aquí,
oscuros parientes desvariaron la aorta
mágica de la ciencia
y amenazan la siembra
con fatídicos ángeles de hidrógeno
y cobalto,
soplando en la mañana de las mieses la entera
longitud de la muerte,
del espanto
y del caos.
Oh,
manes de los chasquis,
fallecidos eternos:
pueden batir sus alas en los cielos del infierno
pero no ha de secarse ni la luz ni la fuente,
porque en todos los puntos cardinales del hombre
cuidamos la redonda vida de la ternura,
vigilando sus vastos horizontes.

Pasáis,
todos los días,
por frente a mi ventana,

deseados cuerpos duros,
amados rostros simples,
perforando la adusta soledad que no acaba.
Cómo me duele,
entonces,
el tránsito seguro,
irremisible hundirse hasta el cuello del alma,
repletos de burbujas,
de tacto,
de capullos,
atónitos de ser irrepetibles!

Quiero que estéis conmigo cuando mi parca cena
finalice,
cuando el sol en los hondos platos
del día rebose,
cuando esté al filo de la
espada,
impagable,
cumplido ya los plazos,
y embriagado del jugo dionisíaco
y fértil
que exprimió vuestro abrazo mientras tendía,
duro
a lo largo del viento,
su postrer epidermis.
Quiero estéis conmigo cuando sea la hora
de alzar el mantel blanco puesto para la cena,
y cuando se interrumpa mi abecedario alegre
y se nublen las manos al buscarme.

Y,
con todos vosotros estaré,
la alborada
en que despierte el hombre liberado
y hermoso,

dueño
y señor del júbilo,
la canción
y la raza,
después de haber limpiado de sus ojos el polvo.
En mi mano,
la eterna mano que ha construido
desde una oscura cueva hasta una sinfonía,
habrá un cartel ardiendo,
una bandera,
un lirio,
y en la apretada marcha de los pasos sin réplica
oirán todos los muertos,
desde todos los signos,
cómo canta la verdadera vida!

Hugo Salazar Tamariz
cuencano; 1923-1999

Imagen y memoria de la poesía

1960 - Antonio Lloret Bastidas, primer premio

Primer acorde

El origen

1

Del girante secreto de tu frente
oh, sustantiva luz, se alzan el Día
y la sagrada Noche, y la ufanía
de la tierra y el mar y la Simiente.

Por ti el claro milagro de la fuente
en un verde de magia y lozanía;
por ti el árbol y el fruto. Poesía.
Del girante secreto de tu frente.

—Seis días en el Génesis ceñida.
Matriz Universal, luz detenida
en el agua, en la hierba, en la serpiente—

La Creación total, tú has modelado
y es bueno en gran manera lo creado
de girante secreto de tu frente!

2

Espada de la luz ya derramada
en el Árbol de Ciencia de la vida;
voz del Edén, presencia convertida
en espada de luz ya derramada.

Gire y vuelve tu lumbre apasionada
sobre el hombre en su tierra dolorida;
haya siempre en tu llama conmovida
el vuelo de tu lumbre apasionada.

Gire y vuelve tu lumbre apasionada
—espada de luz y ala de fuego—
sobre el Séptimo Día y el sosiego.

Sobre todo en mi paz, metal profundo,
poesía, castalia, árbol del mundo.
España de luz ya derramada.

3

Desde el perfil del Génesis tu llama
hasta el cenit de Dios se muere pura;
tu voz de vaticinio y de ternura
por los signos del hombre se proclama.

Con el dolor del hombre te reclama
tu leve pie de eterna arquitectura;
te reclama la música segura
de tu perfil de Génesis y llama.

Canción de las Canciones: Poesía.
Fanal de soledad y de alegría.
Llama de Dios, solemne criatura.

Cantar de los Cantares: Poesía
me hundo en tu mar de Dios y de Armonía
Asido hasta la muerte de tu cintura.

Segundo acorde

La soledad

1

Cuando yo fui rumor, viento sencillo,
indefinido trébol, tierno idioma.
Júbilo y plenitud, salvado aroma.
Ya descubrí tu faz como un anillo.

En mi clima después —cielo amarillo—
para el duelo del ciervo y la paloma.
Mezcláronse el amor con el aroma
y el aire de mis lutos con tu brillo.

Tu ademán, soledad, guarda mi llanto.
—Trébol que espera su último quebranto—,
desvelado de pie sobre la arena.

Sidérea plenitud, lámpara y arpa,
en tu luz musical tu noche zarpa
hacia el mar absoluto de la pena.

2

Por mi piel sin clamor cruza el gemido
con tu aljaba de flechas clamoroso.
Al par que ciega el viento tempestuoso
el párpado nocturno del olvido.

El párpado nocturno del olvido
que apacienta cenizas, amoroso.
Y este polvo tan duro y tan gozoso
que en mi piel permanece detenido.

Soledad sin cuartel ni flor se nombra.
¡Qué batalla interior la de mi sombra
con la sombra de un huésped desvalido!

Tal los días sin pan del forastero,
así es mi soledad, cuando agorero
por mi piel sin clamor cruza el gemido.

3

Alta rosa plural, temblante hiedra.
Laurel en desamor, sombra advertida,
encendido mural, ala abatida,
en mi memoria estás labrada en piedra.

Soledad, soledad, aire que riega
mi sendero interior, mi sombra amiga,
ojo de mi eternidad, ¡ay lenta espiga,
en mi memoria estás hundida y ciega!

Mediodía tenaz, lengua de fuego.
En mi memoria te alzas como un ruego
temblante, en el agosto de la hiedra.

Soledad maternal, nada te pido
desde esta viva orilla hasta el olvido
si en mi memoria estás labrada en piedra.

Tercer acorde

El amor

1

Y tú, fiesta del cielo, Amor, bandera
de cardinal temblor, corcel del sueño;
tú, del nardo en el cántico risueño
y en la cítara impar de la alta esfera.

Amor, ¡ah tú, florida y dulce espera!
Ámbito del fervor, gallardo empeño;
tú, Amor grato doncel, ardiente dueño
del corazón del mundo en primavera.

Amor, tiempo encendido, ciego arquero,
ilímite pregón del pregonero,
¿quién a tu voz no ha alzado tu bandera?

Yo amanezco en tu luz y te amo tanto,
corcel del cielo, Amor, fiesta del canto,
primavera del mundo, ¡primavera!

2

Tú, en el día inicial. Tú en el temprano
don de la claridad. Tú, el tempranero;
tú, en el huerto cerrado y duradero
y en esa ansia total del beso humano.

Tú, en la cuenca pastora de la mano;
tú, en el Sí de verdad. Tú, el verdadero.
Tú, antes; tú, después. Siempre ligero.
Unas veces distante, otras cercano.

Tú, en el más fino estambre. Tú, en el trino.
Tú, en el gozo nupcial. Tú, en el camino.
Tú, en mis vientos; y tú, en mi regocijo.

Tú, en todo el tiempo, Amor, y en toda cosa.
Tú, en el íntimo encanto de la esposa
y en la ronda ternísima del hijo.

3

Yo abrevé en su lagar. Tuve una estrella:
se llamó Laura-Luz, cielo del talle,
cielo que se hizo miel a que batalle
mi ola, en su espuma de ávida doncella.

Solaz donde yo hundí mi honda querella:
allí estuvo la miel que hallé en su valle;
¡cielo y solaz, qué clima el de su talle
para mi ola, en su espuma de doncella!

¡Qué panal fue su olor como de arcilla,
–también el mar se bate con su orilla
si hay un cuerpo desnudo que destella!–

¡Qué frescura de arcilla le bañaba;
Laura-Luz: se llamó... Bien se miraba
mi ola, en su espuma de ávida doncella.

Cuarto acorde

La tierra

1

¡Oh, patria milenaria de las cumbres
en ebrio memorial de antiguos sismos,
vuelve a tu tempestad y a tus abismos
y a tu maíz de siglos y costumbres.

Vuelve al dios de tus recias muchedumbres,
al compás de tus viejos cataclismos,
al altar de tus piedras y guarismos
y al pastor de tus riscos y techumbres!

Vuelve al indio del chasqui y de la tola
vuelve a sonar tu insomne caracola
en la sangre del quitu y huancavilca.

Y en la noche trajinada entre montañas
y en temporal de rocas y de hazañas
reconstruye tu piedra de Ingapirca.

2

¡Oh, tierra equinoccial, oh verde arriera
de lluvias y jornales! –tarja y cierzo–
¿De qué furor nació tu árbol disperso,
tierra de la semilla jornalera?...

Tierra de la corteza pasajera,
del castigado pan del universo;
tierra del sembrador en surco adverso,
pero tierra de mano jornalera.

¿Dónde no tu sudor, tu pan partido?
¿En dónde no tu rostro malherido?
¿Dónde no tu peón, el desolado?...

¡Sí, por eso nos dueles como extraña.
Pero bien que nacimos de tu entraña
y aquí estamos de pie, tierra, a tu lado!

3

¡Aquí, Patria, la voz que se levanta
del Viejo luchador con su machete;
aquí, la montera; aquí, el jinete
que al paso de la antorcha se adelanta!

Va encendiendo un tumulto en cada planta
la voz del General, cuando acomete;
libertad en cada arma nos promete,
con diaria guerrilla que levanta!

¡Y aquí, Patria, su sangre está en la hoguera,
su doctrina prendida en la bandera
y su nombre de fuego en el disparo;

porque un grito es tu historia, como un cuño,
cuando el pueblo dispara con el puño
este grito tan de hombres: –«¡Viva Alfaro!»

Quinto acorde

El hombre

1

Escrito está mi Diario: ved mis años
sobre la edad que espero y desespero,
torva que agito cuando en ella muero
por ángeles de bruma y desengaños.

Con navajas golpeáronme y con daños,
con cuchillas de cal y grito artero,
y ademanes de duelo mañanero,
grabáronse en el friso de mis años.

Hasta la muerte voy con muerte entera,
desplegando en los hijos la bandera
de mi sangre sedienta y con corolas;

llorando amante de hierro de mis penas,
la víspera mortal de las cadenas
y este amargo perfil de las aureolas.

2

¿Mi padre? ¡Qué estatura! Hoy me ilumina
el buque de altamar de su ceniza;
pero en mi sed tenaz para la brisa
de brazo con mi madre que camina.

En mí están: la sola agua diamantina
y una sola verdad: la que es precisa;
el clamor de mi sangre en mí agoniza
y en mi sol nace en mí, y en mí termina.

Nada pido ni espero. Nada temo.
He quemado mis días y me quemo
dialogando con niños y campanas.

Cuando muera mil veces de esta herida
y retorne en el polen a la vida
encontradme entre hierbas y gencianas!

3

Hoy soy mi propio amigo. Escribo Cielo.
Busco en mi ser la paz. Me basta poco;
acaso el desamor que a veces toco,
tal vez la soledad en que me hilo.

Me basta poco, es cierto: algún desvelo,
una voz, cuando a veces me equivoco,
un retrato de niño en que me evoco,
un libro, el gesto altivo, mi pañuelo.

Busco en mi paz la luz. Mi pan me busco
acaso el desamor un tanto brusco.
Tal vez la soledad que va conmigo.

Como veis, es muy poco, casi nada:
¿para qué buscar más? Ya está alcanzada
la gloria de ser hoy mi propio amigo.

Sexto acorde

La muerte

1

¿Morir? Cómo se muere, siempre a diario:
Se muere en la mirada de un espejo,
por la rosa se muere o su reflejo,
se muere un poco en todo aniversario.

Se muere en cada signo del horario,
se muere por costumbre de cortejo,
se muere por morir: de niño o viejo,
o se muere a la orilla de un vestuario.

¿Morir? No importa mucho si la muerte
es simple desazón o simple muerte…
¡No se sabe morir cuando se quiere!

Morir así es tan fácil, por exceso…
Hay que morir creyendo en el regreso,
porque morir de veras, ¡no se muere!

2

La muerte elemental está en un lazo
de ojos verdes en fuga. Su mirada
va en el aire sonando su mirada...
–La muerte silba un rostro en cada lazo–

silba oscuro el claro y oscuro el lazo
que tiende entre los muertos. Su llamada
va en el agua sonando su llamada...
–La muerte se distiende en cada lazo–

Va en el fuego la muerte y no se quema.
Va en tierra la muerte y reflorece,
va en el fuego sonando su anatema.

Va en la tierra sonando cuando acrece
la muerte elemental... Mi hora suprema
después de este morir: ¡cuando regrese!

3

¡Qué inmenso retornar lleno de júbilo
al alma del Gran-Todo en este instante:
Mirarse en la raíz, ser el radiante
perfume de la tierra en verde fúlgido.

Crecer ente la grama. Ser el súbito
esplendor del rocío delirante.
Caminar otra vez. Estar delante
del ritmo universal, con aire lúcido.

Morir es retornar. Volver al cántico.
Bajar desde la lluvia en vuelo mágico
y encenderse en el rojo de las rosas.

¡Vedme a mí cual ya sol: eterno y férvido,
esplendor sin confín, ala sin término,
cantando, renacido, entre las cosas!

El acorde final

La poesía

1

¡Esta es la Poesía: noble espiga,
la niña de los ojos de la altura,
la manzana de olor de la ternura:
–que quien quiera seguirla, que la siga–!

Poesía caudal, pie sin fatiga,
imagen de la Augusta Criatura,
Memoria terrenal, tierna escritura:
–Que quien quisiera, seguirla ¡que la siga!

¡Esta es la poesía: voz de voces
tierra natal de Dios, coral de dioses
en el olaje rubio de la espiga!

Profunda agua lustral, aire que inflama,
esta es la poesía: mar y llama;
–¡que quien quiera seguirla, que la siga!

2

Semanera del Génesis. Victoria
del Día y de la Noche. Cielo abierto.
Pan del fecundo bien. Color despierto
en la grácil corola transitoria.

Frente al río de tu alma promisoria,
corre unciosa la voz en que me vierto,
y en el múltiple don de tu concierto
se reclina el color de mi memoria.

Al compás clarísimo en que subes
por tu escala de sueños y de nubes,
mi celeste ración se torna escasa;

porque está hecho de sílices sutiles
el secreto cristal de tus perfiles
que en mi herido jornal se inclina y pasa.

3

Este es mi testamento: por el lírico
caudaloso raudal de tu fragancia,
por la música-amor y la distancia
que esparces en el mundo en son davídico.

Por sola-soledad, tu sol magnífico,
por el laúd de eterna resonancia,
por la vuelta del hombre a la sustancia
y al olor de su limo en salmo bíblico.

Este es mi testimonio: por la pródiga
dulce-sed de tu mar, mi sed recóndita,
mi alta-sed por tu imagen dulce y fuerte;

poesía, en tu flor dejé mi pétalo
y en mi canto total se hundió en el piélago
soñando en tu Memoria hasta la muerte!

Antonio Lloret Bastidas
cuencano; 1920-2000

El rostro de los días

1961 - Euler R. Granda, primer premio

Historia n. 1

Una vez
un pescador
se fue tajando el viento;
tiró la red,
la recogió vacía;
en tanto ensangrentado el sol
con todo el peso
de su cuerpo
se arrimaba en la tarde.
De pronto,
el mar
comenzó a sacudirse
como animal mojado,
el pescador cayó
en brazos de las algas,
en la espina de un pez
se fue su corazón
—aguas abajo—
y en la porosa playa
ese día encontraron
un pedazo de sal
semejante a una lágrima.

I

Los días, para mí,
tienen cara larga;
urgen bajo la piel,
suben las gradas,
burlonamente atisban
por el ojo del tuerto;
huelen a jaula grande,
a horarios;
dan vueltas y más vueltas
como un disco rayado.

En cambio
cuando me lavo el alma
yo me pierdo en los días
como gusano al centro de un durazno,
con trozos de cartón
remiendo los zapatos
y me lanzo a gritar en media calle:
que devuelvan el pan,
que es para todos,
que devuelvan el sol,
que devuelvan los muertos
y que salgamos a matar al llanto.
Pero otras veces
cuando los huesos hablan
no hay nada que me salve:
entrecruzo los brazos
y me dejo morir
puesto de espaldas.

Abril 32

Comienza el día
con una mala palabra en las paredes.
Da lo mismo decir: abril, o viernes;
los pasos se desgastan en las piedras
y hasta troncharse a tierra
madura el esqueleto.

Las puertas
paren sombras,
rostros iguales,
dientes;
se enferma el zapatero
de golpear en la suela
pero el pan no contesta.
Tiradas en la calle
desocupadas manos se resecan.
Sin que lo impida nadie
el sol se vuelve viejo.
Anochecen las vísceras,
la tos,
la piel quemada
y el día se confunde
en el tumulto de la gente.

Otra vez abril

Detrás de estas palabras
en forma inverosímil
la soledad se alarga;
brota desde nosotros
un río desolado,
ahogados a medias
nos arrastra;
pero los lunes tarde,
sin poder contenerse,
tus manos me buscan llorando
y estará solamente
la aldaba de tu cuarto
y una áspera sustancia
manchando tu cansancio.

Después
hasta aplastarnos
irán cayendo fechas,
asomarán borrones
en el papel de tu alma;
otro dolor habrá,
habrá otras ciudades,
te morderán la piel
los ojos de otros hombres.

Detrás de estas palabras
tu recuerdo me llama
como si fuese un niño
con los brazos cortados.

Agosto y el viento

Viento precipitado
viento con uñas,
viento que nos soplaste
como a papeles muertos de palabras,
como a grises hilachas.
Me cuentas los labriegos
que en la comarca
arrasas los maizales,
que estrellas contra el suelo
los tejados
y empujas hasta el cerro
el sobresalto.
Que ya no eres el mismo,
ni en agosto los niños
en tu cabeza cuelgan las cometas.

Cómplice destructor,
viento con garras;
desde hace muchas lágrimas
por culpa de unos hombres
el campo es una llaga.
Viento
¡perro con rabia!
si pudiera amarrarte
para que no me hagas daño.

Martes

No sé
cómo empezar,
cómo hablar de tu miel
con esta voz amarga,
cómo decir que estás,
cómo allegarte
y si faltara aún
este trece de mayo
no sirven las palabras.

En vano
doy las vueltas,
te recalco;
entre mis cosas
busco una guitarra.
Me encamino hacia a ti
y en la garganta
el paso está cerrado.

En el plano inclinado de los días
la tarde se resbala.
Yo me quedo a la puerta de tu nombre,
me basta con saber
que inauguras el alba.

Miércoles

En las letras no encajas
ni cabes en retratos,
para llegar a ti
quedan cortos los viajes,
eres tú, simplemente,
sin nada que agregarte.
Algo como el océano
en tus ojos atrae
y una especie de nudo
te sujeta a mi sangre.
Eres tú
y eso basta.
Alrededor quema la vida
hasta carbonizar los sueños.
Dentro de ti
comienza la esperanza,
fuera de ti se acaba.

Jueves

Dejo de par en par abierta
tu ternura,
entro a tu piel,
te llamo
y desde el fondo tuyo
contestan las manzanas.
A ratos, se cruza la ciudad
con sus portales
y un muro de mendigos
encarcela a la tarde.
Al remontar tu cuello
a modo de sendero
hay un júbilo largo,
voy corriendo por él
hasta caer cansado.
Tengo viva sed
y de tu cuerpo
se está regando el agua.

Viernes

Sinceramente,
me dan ganas de quedarme,
de quemar la maleta
y los pasajes,
de parar una casa
al pie de tu alma
y sembrarme
en la tierra de tus brazos.
Pero le tienen amarrada
a la alegría
y nos ponen la muerte
a cada paso;
primero hay que tumbar
las puertas de la noche
para que en una esquina de la aurora
volvamos a encontrarnos.

Trece, de cualquier mes

Pasan las horas
ineludiblemente,
pasa la primavera
ahogándose en pétalos,
la luna pasa
sin tocar el suelo.
Se queda el barrio
como un gris sedimento
entre las piedras.
Se queda el carpintero
peleando con el hambre
cuerpo a cuerpo.
Queda la lluvia
masticando las tejas,
el frío insiste
en traspasar las brechas.
Quedan los charcos
como lágrimas
en el rostro de la tierra.

Julio 2

Era
como si te estuvieses ahogando
y yo no supiese nadar.
Desde entonces me digo:
estoy de sobra,
para qué continuar ocupando
las quincenas,
los buses,
las cucharas;
para qué despertarme las mañanas
pegado a esta esperanza
con más vidas que un gato,
para qué tus caderas
alborotando al barrio;
los gritos para qué,
si nos sirven
de nada las palabras;
para qué los caminos
estando acorralado.
Los pies,
las manos, para qué
si hasta acabarte toda
te hundiste en mi delante.

Siete de junio

Siete de junio,
ni más ni menos,
junio siete;
junio con cara de junio,
con el sabor de junio,
con el color de junio.
Un día repetido
como otros tantos días.
Las cosas otra vez
en el acostumbrado sitio
y los dedos en número de cinco.
De nuevo Yo
con un hueso de luz
entre mis huesos
y una sangre incendiada
entre mi sangre.
Siete de junio,
al revés o al derecho
junio siete:
un día nada más
lleno de nada.

Historia n. 7

Yo le llamaba Linda
y el nombre le quedaba
como vestido flojo.
Sus ojos
no tenían importancia,
su boca
no era más que una boca
y acostumbraba a recopilar retratos
como todos.
Empero
el dolor le dolía de otro modo.
Frente a la soledad
era su soledad más sola
y sus palabras
entraban al oído
como avispas quemantes.
Puesta junto al océano
tenía algo de nave.
Por coincidencia extraña
—como a mí—
le gustaban los viajes,
por eso aquella tarde
terminó envenenándose.

Euler R. Granda
riobambeño; 1935-2018

Denario del amor sin retorno

1962 - Rodrigo Pesántez Rodas, primer premio

Diciembre-amor, cuando yo estaba… estaba
empezándote a amar… y ya te amaba.

1

Yo quise devorarte en la locura
de un diciembre desnudo y entreabierto,
izar velas de azul en tu mar muerto
y en tus rosas dejar mi sepultura.

Yo quise decorar la quemadura
de tu enjambre de luz y de tu huerto
y en los ojos sembrarte –sol incierto–
la verdura del mar en miniatura.

Sobre tu hombro cercar nido de rosas
y en tu miel dulce voz de mariposas
y en tu risa una alondra de canción.

Darte el cielo en la noche y una nave,
donde pueda acercarte –Dios lo sabe–
para siempre a mi-tuyo corazón.

2

Para tu beso de placer divino
desde el costado de mi sangre un día,
uva de ensueños en epifanía
te dio mi boca en corazón de vino.

Ebrio el delirio en su capricho fino,
bebió del viento la melancolía
y a cero grados de ansiedad ponía
su azul guitarra junto a mi camino.

Bebió y de pronto le nació al olvido
sobre la nieve de su rostro un nido,
bajo el estambre de su polvo un techo.

De pronto el cielo en su edición postrera,
publicó un verso, que aún recuerdo y era:
«de amor la rosa suicidó su lecho».

3

Boca tuya de cántaro dormido
bajo un cielo poblado de amapolas,
para decir Amor, azules olas,
para besar crepúsculo de un nido.

Cantera de manjar cuando rendido
mi ser se incendia bajo tus corolas,
cortejo de clavel y de amapolas,
caracol de mi luz estremecido.

Llaga nocturna en el despierto vuelo,
caricia roja que manchó el pañuelo,
paisaje tibio que a prisión provoca.

Octubre en gajo de fragancia abierto
marfil-delirio donde quedó muerto
el postrer beso que te dio mi boca.

4

Dame esta noche el cielo de tu frente
y el beso tibio de tu gris terneza,
el cántaro repleto de tristeza
donde mi alma desnuda caiga ausente.

Dame el ovillo de tu azul corriente
que el ángel verde del paisaje reza,
todo un ocaso de mortal tristeza
bajo la espiga de mi verso hiriente.

Dame la tierra que madura en calma,
el sol que brinca como un niño en tu alma
la madrugada de tu sombra erguida.

Que es tuyo el salmo que enraizó tu nombre
en la pendiente de mi estirpe de hombre
que para el sueño amaneció tendida.

5

Loco de sed por tu nivel ceñudo,
verso se hizo mi voz para nombrarte
y –acacia azul– mi pecho supo darte
yerbas y estrellas en un solo nudo.

El tiempo envejecido nunca pudo
de distancias tu pórtico sembrarte
y entré a tu corazón para llagarte
con el enjambre de mi mar desnudo.

Llegué un diciembre y era veintinueve,
llegué al ocaso y en la mano leve
de luz te traje la ternura clara.

Llegué en el viento hacia tu espiga y pienso:
si tus ojos diluyen mi mar denso
por el amor, Amor, cuánto te amara.

6

Esta tarde y tu ausencia y Dios gimiendo:
tres torrentes de mi único latido,
tres signos de mi luz, un solo nido
lámpara azul de mi morir viviendo.

Mínima tarde de mi mal horrendo,
tiéndeme el cielo bájame a Cupido
y acércame su océano florecido
que Dios en mí de amor se está muriendo.

Dame espiga tu cáliz de tibieza,
de los astros su huella de tristeza,
de la brisa sus gajos entreabiertos.

Que esta tarde tu ausencia y Dios unidos
han sangrado de amor y luz heridos
quieren mañana despertarse muertos.

7

Volvamos al camino de la tarde:
la yerba ha vuelto a retornar ligera
y en su menuda suavidad viajera
la imagen de los dos todavía arde.

Volvamos a entregarnos sin alarde
que el tiempo de rodillas nos espera,
con una hoja de luz a la vera
y un racimo de mar bajo la tarde.

Seremos el clavel de los gitanos
que en pago del amor de nuestras manos,
un nuevo corazón resucitemos.

Y si eso no te basta ven, apura,
sumerge tu cabeza en mi locura
que aunque locos de amor, regresaremos.

8

Era de noche en tu ventana cuando
fugaz mi sombra tamizó tu boca.
Era el pañuelo de tu risa loca
que abrió en mis manos un rosal jugando.

Era tu beso que nació soñando
niño en la brasa, desgajada roca,
tu paso leve que el paisaje evoca,
tu carne al río de mi sed temblando.

Era el silencio que a tu voz me liga.
La luz que a solas maduró en espiga.
El sexo fresco en su corcel risueño.

Era la aurora que en tu paz se triza,
tu piel que hoy suave siento se desliza
hacia la ardiente desnudez del sueño.

9

Te pareces a mí cuando no vivo,
cuando dejo de ser Nada y existo
como un madero en el camino listo
para la cárcel de un amor cautivo.

Te pareces a mí cuando describo
la locura del MAR y me resisto
a saber que yo soy el que se ha visto
tantas veces muriendo cuantas vivo.

Te pareces; por eso un día abriste
una calle traviesa en mi alma triste
con rosales del viento estremecido.

Por eso el día en que nació tu muerte,
mi vida entera comenzó a quererte
con sangre-fuego de huracán herido.

10

Sólo me queda de tu nombre un nombre:
Ausencia y nada más… noche vacía,
en tus pomos de luz sin travesía
embárcame cual polvo y no te asombre

que siendo polvo preferí ser hombre.
Embárcame: que soy quien repartía
en mañanas de amor el alma mía
y en recuerdos el nombre de mi nombre.

Nada llevo. La sombra de sus manos
fugaz el tiempo transformó en arcanos
retratos… ¡Ah y sus ojos y su beso

iniciales testigos… nada… nada.
Soy el sueño fugándose en la almohada,
soy apenas el polvo de esto y de eso.

Rodrigo Pesántez Rodas
azogueño; 1937-2020

Diario de la soledad intempestiva

1963 - Enrique Noboa Arízaga, primer premio

Inicial
Presencia y símbolo

Tú estás en la esmeralda de la selva fragante,
en los acantilados del espejo marino;
tú tienes, de sus olas, su ensueño delirante
y das a las gaviotas su vuelo femenino.

Jornada primera
El amanecer y la mañana

Las 4 a. m.

Hoy hallo el corazón en brisa leve,
para nombrarte, Amor, de amor rendido,
latido desde el sueno presentido,
deja tu dardo azul sobre la nieve.

Afligido en amor, haz que me lleve
tu pálido rosal de amor perdido,
el árbol, bajo el cielo, que ha sufrido
la mejilla del llanto cuando llueve.

Herido de la eterna pesadumbre,
abierto en el costado por tu lumbre,
la mano en sangre por amor llagada;

traigo la espiga del ausente grito,
desde el verde madero donde habito,
con mi roja caricia enamorada.

Las 5 a. m.

Ingenua como el alma de la brisa,
perfumada en la rosa mas amada,
cierta como la paz siempre soñada,
abierta en flor, en música y sonrisa.

Imagen del amor que se precisa,
límpida como lámpara sagrada,
milagrosa de amor, fuente sellada,
en el claro jardín de tu sonrisa.

Dorada por el sol tu cabellera.
Tú misma en alto sol de primavera,
imagen de mi amor, flor de mi huerto.

Íntima de mi ser: te transfigura
la dulzura de tu alba y tu ternura
sobre el humano corazón ya muerto.

Las 6 a. m.

Liviana como el ala que me toca
el corazón, en el liviano paso
de mi sangre en tu sangre. Como un vaso
que, infinito de amor, llega a mi boca.

Esa mi misma boca que te invoca
cuando, en la ciega noche, me traspaso
con la flecha que viene de tu brazo
y, liviana en el aire, me, provoca.

Liviana como el aire, me conmueve
tu desnudez tan límpida y tan leve,
tan nocturna de amor como un suspiro.

Promesa: suave pan sobre mi mesa,
cuando sientes mi aliento que te besa,
yo, desde el fondo de mi amor, te miro.

Las 7 a. m.

Tuya mi sed, mi angustia, mi tormenta,
tuya mi ardiente noche desvelada,
tuya mi ancla de amor enamorada
y mi vino de amor que me sustenta.

Tuya la hora de ardor, que me consienta
poner tu corazón en mi callada
sombra sin sol, en lumbre violada
por desiertos destinos en afrenta.

Tuya mi mano al corazón doliente,
mi pasado de amor sobre tu frente
y el cielo de tus ojos en mis ojos.

Tuya, por fin, Mujer, mi Poesía,
mi voz, con una azul melancolía,
en el refugio de tus labios rojos.

Las 8 a. m.

Porque en la verde noche estoy amando,
ebrio de verde miel en la mirada,
mantienes la ternura sepultada
en las cosas de amor que estoy hablando.

Porque las ciegas manos, desatando
los finos hilos de la trenza amada,
sorprenden en tu frente una callada
niña de roja sangre, delirando:

ponme un río de luz en la cabeza,
la lámpara de azul en la tristeza,
junto a la piedra donde crece el llanto

porque de sólo hoy, y en la terneza
de amarte con amor, tengo pereza
de que te quiera como quiero tanto.

Jornada segunda
El mediodía

Las 12 m.

En mi mano, amándote y sintiéndote,
como la fruta que a la mano llega;
como esta luz profunda que me ciega,
cuando mi corazón vibra teniéndote.

Este mi sueño en el que voy hundiéndote,
con el sueño propicio de tu entrega;
este querer que a tu querer se llega,
y de tanto querer, muere queriéndote.

Anhelo de anhelar: Tú, mi armonía,
mi alegre conocer de tu alegría
en la mano que siente tu ternura.

Mi corazón en paz. Tú, mi palabra,
que cerca de tu oído es tu palabra:
¡mi pura luz en lámpara tan pura!...

La 1 p. m.

Guardé memoria de este fuego que arde
en la orilla abismal de tus ojeras,
cuando sienta la hora en que me mueras
adentro el corazón. Memoria guarde

del conmovido espejo en que me miras,
del nocturno camino en que me esperas,
de los vientos dorados de las eras,
donde, al caer la tarde, me suspiras.

Transparentes de amor, en mi cabeza,
reflejarán su amor y mi tristeza
las puras manos que me amaron tanto;

memoria de la brisa en tu vestido,
de tu nombre en la cárcel de mi oído,
cuando, en la noche, me refresque el llanto.

Las 2 p. m.

Melancólicamente, como el día
en que, juntos, guardamos el anhelo
de mirar en la lámpara del cielo
el reflejo final de tu alegría.

Entonces fuiste solamente mía,
en la blancura fiel de tu pañuelo
que dejaste en mis manos, como un velo,
lleno de fe, de amor, de poesía...

Entonces mía, junto al mar que canta.
Sobre la tierna arena conmovida,
dejaste la frescura de tu planta;

y sobre el corazón que has dolorido,
la huella de tu mano, tan querida,
y este enorme dolor que te he sufrido.

Las 3 p. m.

Junto a tu corazón que me ilumina
en este obscuro caminar errante,
viajero de un ensueño delirante
en tu mundo de paz que se adivina.

Viajero en luz y en música divina,
en esta lengua mía, ardida amante,
te entrego mi palabra suplicante,
enclavada en la voz, como una espina.

Quiero la vida que en tu ser se vive,
el ámbito de paz que circunscribe
la frontera radiante de tu cuerpo;

el río que en su canto te saluda
y, al desbordarse sobre ti, desnuda
la catarata ardiente de tu cuerpo.

Las 4 p. m.

El día en que definas mi tristeza,
el día en que conozcas mi secreto,
las rosas y los lirios de tu huerto,
pensativos, irán a tu cabeza.

Y a nadie extrañará, que en tu sorpresa,
sobre mi ardiente corazón ya muerto,
los lirios y las rosas de mi huerto,
doloridos, estén en tu cabeza.

Y ese día será. Yo lo presiento.
Será cerca de ti mi pensamiento,
como la piedra al filo de la fuente.

Entonces... ah, sí entonces te dijera
que he de vivir en ti, ¡como si fuera
la gota de sudor que hay en tu frente!

Jornada tercera
La noche y el sueño

Las 8 p. m.

Tú fuiste, Desamor, mi aliento triste,
mi música en desnuda llamarada,
mi sangre en soledad, ensangrentada,
en el vaso de olvido que me diste.

Estrella que en silencio se desviste
para la noche azul de tu mirada,
palabra en mi silencio, abandonada
en la hora del amor que me quisiste.

Hoy la desnuda soledad comparte
estos versos de amor que quiero enviarte
en la callada noche de tu olvido.

Por todo el corazón en desconsuelo,
perdido en las espigas de tu pelo,
de amor, en desamor, estremecido.

Las 9 p. m.

Déjame vuestras manos en la herida
que ha siglos me naciera, desolada;
vuestros ojos de mar, en la asombrada
noche que el corazón halla perdida.

Amadme en la piedad de la querida
hora por vuestro amor iluminada,
por la verde promesa ya olvidada
y por el cielo azul de vuestra vida.

Que de mucho esperar estoy cansado
y que, del todo amar, enamorado
de vuestros ojos en serena orilla,

voy, triste, a recordar vuestra mirada,
vuestros ojos que ayer, en la alborada
de mi campo de amor, fueran semilla.

Las 10 p. m.

La su estrella en la frente. La su ardiente
rosa desaparecida en el ocaso...
¿Por qué, flecha de amor, tiende su brazo,
si soy, por su impiedad, varón gimiente?

Agua de soledad, agua inclemente,
diole a mi corazón en el su vaso:
allende fui marino del fracaso;
aquende, en otro mar, igual ausente.

Mi vocación de náufrago constante
tiene su cardinal cartografía
en la playa desértica y distante.

Y al soportar su atroz geografía,
la rosa de los vientos, claudicante,
desmáyase de olvido en la bahía.

Las 11 p. m.

Esta cara es la cara desolada
que hundió su soledad en el espejo;
este es el ojo que miró, perplejo,
mi naufragio de sueños y de nada.

Esta vieja palmera abandonada,
este inútil y viejo catalejo,
es todo lo que tengo y lo que dejo
en la playa mortal de la ensenada.

Mi naufragio de barca apolillada,
con su carga de heridas y de escombro,
imagen es de mi alma masacrada;

y no puedo escaparme del asombro
de mirar cómo, por mi nave anclada,
una estrella del mar dormita en tu hombro.

Las 12 p. m.

La sombra aquí. La sombra olvidadora
de aquesta soledad intempestiva.
La llama de la frente evocativa,
cayendo en soledad, hora tras hora.

Aquí la noche que en el ojo mora.
La mano sobre el pecho, ala cautiva
de la otra mano –la derecha escriba–
que trazara mi urgencia y tu demora.

Quince son los momentos del diario
de estas 15 horas, que en el sonetario
de intempestiva soledad, convido:

voy a dormir. El sueno vuelve. Espero
que, esta vez, la mañana y su velero
me conduzca a las aguas del olvido.

Enrique Noboa Arízaga
cañarense; 1921-2002

Población de atardeceres

1964 - María Antonieta Humeres, primer premio

Nocturno

El día muere en sudarios que cien amapolas tejen;
en lucha sin fuerzas contra la añoranza
revivo esta tarde mil atardeceres.

Gusanos de luces de pupila tenue,
lanzan las estrellas su viejo mensaje;
una canción nace.
Guitarras azules, surgidas del viento,
las hojas confunden mi acento
y te llaman.

No vengas. No turba mi sueño el pasado.
La noche, llorando su sombra en las ramas,
traspasó mi alforja y la dejó vacía.
No tengo recuerdos, tan sólo esperanzas.

No vengas, no vengas. Mi voz no ha llamado.
La noche y la angustia tal vez son las mismas
pero yo he cambiado.

Un canto sencillo

¡Déjame libre el corazón, bien mío!
Quisiera sentirme en esta primavera
libre como el ave
y alcanzar el cielo con el pecho lleno
de ansias jugueteantes.

Si miro hacia el lago,
espejo tranquilo,
presiento tus ojos bajo el agua quieta,
buscando los míos.

Al llegar la brisa, con su aliento tibio
me trae tus besos
y al entrar al río,
son tus manos suaves vestidos de espuma
que juegan conmigo.

¡Déjame volar!
¡Déjame volar, bien mío!

Hoy me has dejado sola
y he volado hacia el viento
con mis alas de ave,
el corazón vacío.

Y era aire la brisa que besó mi rostro
y el lago era ciego y era ajeno el río.
¡No quiero volar libre!
¡Átame al amor, bien mío!

Porque me llamo mujer

Para aplacar tu sed haré mi sangre vino
y mi silencio verso
para servir de antorcha a tu esperanza.
Si se cansó tu cuerpo soy silencio.

Si tienes sed de amor
abro mi pecho al sol para ser fuego
y para encenderte el pecho me hago llama.

Si me quieres liviana soy espuma;
si me quieres alta soy montaña.

Y porque soy mujer soy fuego y vino
y soy silencio y verso
y soy montaña.

Y porque soy mujer soy todo y nada.

Círculos

Guijarros que caen sobre el agua quieta
de mis pensamientos,
dejan tus palabras círculos cocéntricos.

Con sus brazos largos, curvados, que crecen,
alcanzan un fondo por años dormido
y las viejas liras,
tanto tiempo mudas,
sienten la caricia de sus dedos finos.

Huracanes nuevos que vuelven las hojas
del recuerdo antiguo,
quiebran los guijarros superficies lisas
del sentir dormido,
y los viejos fuegos de mi sino arcaico
renacen al toque del abrazo sabio.

Huyen las palabras, ondas fugitivas,
hacia el infinito;
calladas las liras, se aquieta el sentido,
los fuegos se apagan
y en el fondo, liso del vivir tranquilo,
bajo el agua inmóvil,
no ha quedado nada.

Ayer y hoy

Aquí llega otro día y ya no soy la misma
que fui ayer, o hace un año.
Ayer y hoy, mañana,
fugaz y eterno cambio.

Las horas que se alejan o éstas, que me alcanzan
con paso inexorable, me ven dejando marcas;
y ya no soy la misma.

Ayer tenía abiertas, quemándome en el pecho,
tristezas desgarradas;
ahora, un dolor nuevo,
que si decir el verso da dolor, más duele
sentirlo arder, adentro.

Y aquí llega otro día y ya no soy la misma
que fuera hace un momento;
ayer llevé la angustia cerrando mi garganta,
ahora llevo un verso.

Poema sin nombre

Se dice y desdice tu amor inconstante.
Un día tu sangre destila impaciencia,
tus ojos me buscan, tu paso se aleja.

Se dice y desdice tu amor inconstante.
Te ofrecen mis brazos sus rosas turgentes
y luego, en la ruta del beso distante,
tus labios se pierden.

Se dice y desdice tu amor inconstante.
Me encuentras, me besas y desencuentras;
y yo, con el alma desnuda en las rosas,
esperando, quieta...

La roca inquieta

Besa, besa, mar, mi piedra ardiente;
yo soñé con viajar, viajar,
y estoy atada a la tierra eternamente.

No tengo otro horizonte
que aquel que tú me pones en los ojos,
ni sé de otras arenas que éstas,
que tú traes y tú llevas.

Acaso estás celoso de otros besos,
porque el sol y la luna también besan,
pero no tienen voz y es tu murmullo
el que trae las voces de otra tierra.

Besa, bésame, mar, y en cada beso,
arráncame un pedazo de alma inquieta.

Babel

«...y era entonces la tierra de una sola lengua y de las mismas palabras...»
y entonces fuimos uno.

...y vinieron los siglos
y los siglos pasaron...

Ya nunca más tus sienes supieron de mis manos;
bebías tú de otras fuentes,
yo confundía mis cántaros.

Hoy, si pudiera decirte
de la curva de mi espalda,
tus hombros junto a los míos
harían cargas livianas.

Si tú pudieras contarme
de la sombra de tus párpados,
ventanas para tus ojos
serian mis ojos anchos.

Has bebido de otras fuentes
yo he confundido mis cántaros
y somos dos, ya no uno:
hoy no podemos hablarnos.

Dolor de la ausencia

Cómo duele tu cuerpo cuando alientas ausente.
Tus ojos y tus manos,
que yo llevé en mis ojos, poblando atardeceres,
ahora son extraños,
y duelen.

Cómo duele la sangre en los latidos
que dicen la existencia,
me duelen tus pupilas.
Prendidas a mi carne las he sabido mías
y ahora son ajenas.

Cómo duelen las risas que no son carcajadas
y quedan suspendidas
y duelen las palabras que nunca fueron dichas,
me dueles en las curvas vacías de los brazos
y en los besos sin besos
y en los labios frustrados.

Búsqueda

He buscado en tus ojos,
caracoles sombríos,
y no he encontrado nada.
Sólo mis dedos mansos
bebieron en tus manos
la ternura que ansiaban.

¿Por qué miras y callas?
¿Te huyen las palabras?

¿Acaso aquellas lunas
que encendían tu pecho
apagaron su brillo
en este diario andar?

Dime, amor, que no tema,
que sólo se durmieron.

Y un día, al estrecharse
tu cuerpo con mi cuerpo,
dirá tu voz dormida:
Amor, la luna ha vuelto.

Mensaje último

Sacadme del camino, posadme entre la hierba
si está mi cuerpo herido.

Que piedras trabajadas por las manos extrañas,
sin amor de los hombres
no me acojan dormida.
No crecieran mis manos pescadoras de estrellas
no alcanzaran mis brazos dimensión infinita.

Partid, dejadme sola,
como un vagón desnudo, despojado y abierto,
mi corazón vacío.

Partid, dejadme sola, dormida entre la hierba,
que carne de mi carne yo haré mi cuerpo tierra,
mis lágrimas, rocío.

Perspectivas

...y junto a tu rostro
otro,
y otro, y otro...
y todos son uno
al tocarme los ojos.

Cien rostros que acusan
mil rasgos distintos,
que en mi perspectiva
se dan como un todo.

Y todos son uno,
el tuyo,
tu rostro.

Dualidad

A veces, tan cobarde,
cubriera mi cabeza con cuévanos profundos
y no supiera nada,
y otras, tan osada,
prolongaran mis manos su caricia infinita
para alcanzar un mundo.

De miedos y osadías forjadas mis palabras,
valiente algunos días
mostré al alma desnuda,

abierta, tan abierta,

y otros, tantos otros,
oculta en esta inercia,
tan silente y cerrada.

Retorno

Las formas se abstraen, la voz se silencia,
las manos, la carne se tornan ajenas
y dicen mis ojos los años del tiempo.

Soy joven y eterna.

Por siglos y siglos se funde mi cuerpo
en un beso salobre de mar y de tierra;
por siglos y siglos soy agua que fluye
hacia el gran solitario
torrente perdido;
soy río y soy luna mecida en sus brazos.

Y al volver el alma al silencio primero
retorna a la sangre la vieja conciencia:

Mujer, nací amor al comienzo del tiempo
y en mi carne nueva llevo sangre antigua
a la vez soy joven.
Soy joven y eterna.

Desmateria

La sombra danza en el viento
vertiendo noche en su copa;
el viento lleva en su danza
cien cascabeles de sombra.

Y en la noche de la angustia
(viento-noche, viento-sombra)
mi cuerpo se desdibuja.

Las manos del viento cubren
con su abanico mi boca.

Ya no vengo del pasado,
ni soy presente, ni ando
para alcanzar con mis manos
lo que nunca llega. Vago.

Mi cuerpo no tiene forma,
mi corazón es un canto.

La noche danza en el viento
y el viento canta en su boca.
En mi noche de silencios
la soledad tiene notas.

Diario andar

Cómo seguir escribiendo, Señor,
si tú me entregas
la vida abierta, abierta...

Si el sol besa mis labios...
si un día no lo alcanzo
a vivir, cuando otro día
se muere entre mis brazos.

No sé, Señor, qué hay
en este andar y andar;
estoy aquí,
no resto,
me abalanzo.

María Antonieta Humeres de Doring
chilena; 19XX-2016

Sonetos del redondel

1964 - Manuel Zabala Ruíz, segundo lugar

Obertura

Y baje la mañana montaraza
hilando en los ensueños de su rueca;
que el Cid hará escuchar, en media plaza,
el musulmán relincho de Babieca.

En códice de páginas taurinas
la Arabia entera puesta en inventario;
y un revolar de malvas golondrinas
tomando en abordaje el campanario.

Y, por si fuera poco, inquietante
actitud de colérico desplante
con el toro sumido en el espanto

el gallo, alguacililllo de las brumas,
despliegue la bandera de sus plumas
y toque la corneta de su canto!...

Cartel

Tormento de vivísima aguafuerte
—sota, caballo y rey advenedizo—;
en las arenas del sangriento piso,
regada la baraja de la suerte...

Tras el capote mágico se advierte
el barranco insinuante del hechizo
y se derrumba por el paraíso
el toro enamorado de la muerte...

Apresurando el fulgurante paso,
por la mezquita en ruinas del ocaso,
en tertulias de luz se marcha el día.

Diciembre enjuga su primer lucero;
y en temblores de luz, como un jilguero,
muere la tarde en la feligresía...

La caravana

A ver los toros va la morería,
jaca de niebla y torvo desengaño;
Tirreno sabe que, entre su rebano,
se le va el corazón de romería...

Aguarda don Quijano en la alquería
a la moza que sabe darle daño;
el Rey Alfonso caza todo el año
y está de primavera Andalucía...

En un soneto pasa Garcilaso;
y, en el Moguer verdeagua del ocaso,
se oye el breve rebuzno de Platero...

Y Galatea —música en la brisa—
entreabre el madrigal de su sonrisa
bajo la picardía del sombrero!...

La carreta

Con pespuntes, dalmáticas y empaques,
de enagua presumida y de chancleta,
abuelamente baja la carreta
hecha un ay! de reumáticos achaques...

Chirrían goznes y broncos triquitraques
por el pueblo de bárbara glorieta;
y una zíngara joven pandereta
horoscopa entre lúbricos ataques...

Resplandecientes por la primavera,
la Macarena y otras sevillanas
reparten cestas de claveles rojos.

Y el buey, amontonado en la pradera,
registra las venturas aldeanas
en la amenaza negra de sus ojos...

La parroquia

La aldea es una gris fotografía
tomada en un ataque de tristeza
donde el buey, capellán de la dehesa,
se come por los bordes la alcaldía...

Todo sucumbe en la melancolía.
Y, un futurista can, de sobremesa,
mira al buey de los pies a la cabeza
como una colosal zapatería...

Sobre el monte sumido en el embrujo
la tarde pinta su cartel de lujo
donde un gitano sol se va de viaje.

Cruza una desolada golondrina;
y, en la breve ilusión de la neblina,
se enrolla el gobelino del paisaje...

La maja

Nervioso el moño suelta en cataratas
las ondas pavorosas de su río;
y, en las tinieblas del mantón sombrío,
tragedizan los guantes escarlatas.

Almibara el poniente de sonatas
la risa con su néctar manantío;
y encalla en las pupilas un navío
con su bribona turba de piratas...

El piecezuelo, en rítmicas estelas,
pisotea el romance alejandrino
bajo la gloria de las castañuelas...

Y el paraíso titubea en pleno
porque, a pesar de todo lo divino,
Dios tiene su flaqueza en lo moreno...

El toro

Patriarcal la testuz grandilocuente,
españolísimo hasta en los enojos,
huracanados los nocturnos ojos
y una balada azul por lo valiente...

Muge el Eclesiastés en el poniente,
pasta agrestes bucólicas, de hinojos,
y tiene, para andar sus mares rojos,
dos sinaítas cuernos en la frente...

Faraón de los Nilos por herencia;
un dia se creyó bouquet de flores
y apadrinó a Jesús en su nacencia.

Y, como es de rigor siempre en su raza,
cubriendo su bravura de colores,
entregará la vida en cualquier plaza...

Tercio de capote

La Virgen desveló días enteros
en la capilla de anhelantes lloros,
rogando por el alma de sus toros
y su dulce rebaño de toreros...

Irisó en los capotes con luceros
el paseíllo de jacintos y oros;
y hubo en los ojos miuras indomoros
no sé cuántos presagios agoreros...

Sonó el viejo clarín. Y, una serrana
de esas que amó el Marqués de Santillana,
me estudió tras el tul de leves copos...

Y, en ese tercio en que el dolor empieza,
morí en el redondel de la tristeza
toreando a mi serrana con piropos!...

Tercio de banderillas

Fallece la parroquia gongoriana
el filo de la tarde castellana,
con no se qué manera gitana
y no sé que primor de bailarina...

Deja con levedad de golondrina
mester de juglaría ecuatoriana
un apunte de Goya en tinta china
para el jarrón de antigua porcelana...

Coquetea en los ojos el reproche
sobre un ritual flamenco de mantillas...
Y, al fin de la faena, en ígneo broche,

hizo la bronca un par de banderillas
en lo alto del morrón todito noche,
como encender la aurora de puntillas!...

La estocada

El abanico alzó con mano inquieta
cual si entreabriera un póker a colores
y, en ese instante, el sol, roto en fulgores,
se fue por el país de su peineta...

En llamarada, un pase de muleta,
beatificó al burel en sus negrores;
y fue como arrojar trágicas flores
sobre la sepultura de un poeta...

Ríe la maja en súbito delirio
entre los arabescos del deseo...
Y queda, sobre el coso que desgarra,

el toro con la palma del martirio;
y la copla de leve zapateo
en la desolación de una guitarra...

El arrastre

Este vándalo de astas horrorosas
es un vikingo que nació poeta.
Si le tienta el color de la muleta
es porque Amor se lo conjuga en rosas!

Cuando la tarde le habla de sus cosas,
siente una antigua paz de anacoreta;
y brota, al sur de su mirar violeta,
algún breve raudal de mariposas...

Si no tuviera que fingirse fiero
para volver artista a su torero,
le lamería con unción la planta!

Y, de sólo pensar que, en algún día,
el lance ha de trocarse en elegía,
un río negro le anda en la garganta!...

La guitarra

Cintura zahorí, cadera mora...
Más gitana que un patio de Sevilla;
incendia en coplas la nocturna orilla
y se llena de ojeras en la aurora...

Neurasténica y libre pensadora,
parlotea en argot de seguidilla;
y, arrebatada por la maravilla,
ríe unas veces y, otras tantas, llora...

Baja al pueblo a cantar. Y, de repente,
de guitarra doncella y virgen dama,
regresa una guitarra diferente...

Y una mañana la encontramos muerta,
tinta en canciones la honda boca abierta,
tras las rejas de un áureo pentagrama!...

Manuel Zabala Ruiz
riobambeño 1928-

Este hombre y su planeta

1965 - Antonio Preciado Bedoya, primer premio

(Versos de un sembrador, para que sean sembrados)

A Nelson, por su hijo, vivo
«Somos Viajeros en este pequeño, bello, redondo y viejo
avión llamado Tierra. Y hay pasajeros que, en su equipaje,
llevan bombas»
–Juan Cudeus.

I

Oleajes

Esta es la dolorosa tierra mía,
con la estrella hacia abajo,
que, para no aburrirse de ir muriendo,
siempre le queda un hombre,
un arco iris,
agua viva de mar
y un pez en blanco.

Poema desbocado para el mar y sus cosas

Me reconozco en los peñascos
y en las olas.

Yo me espío los huesos y la sangre
y me transitan sales desbocadas;
y el corazón, en caracol, me silba
desde el fondo del alma.

Aquí tengo tu rostro, raudo viento.
Aquí te abrazo, pescador del alba.
Aquí te siento inmensamente lejos,
marinero de yodo y de distancias.

El mar es hondo, inmenso, abierto,
¡oh el gran secreto en que diluye al hombre!
¡Oh ganas de sondearle los misterios
y abrir mi corazón en horizonte!

¡Oh! yo, que soy de aquí, de la cabaña
donde se irguió el salitre en cocotero,
¡oh yo de tan adentro de mis ansias,
cómo ser ancla y ser gaviota quiero!

Paisaje roto

Aprendí a decir sol
cuando me amanecían las primeras palabras.
A mi costado el mar vino creciendo,
con sus valientes voces desbordadas.
Así aprendí a gritar mi propio nombre
y a rugir pescadores que no hablan.

Recuerdo que una tarde
quise salir a navegar sin brújula,
con ansia,
y edifiqué mis olas en la arena
y puse a navegar una pisada.

Pero ayer murió Juan,
el pescador de auroras,
a la puerta de todas las cabañas.
El mar hermano resucitó sus peces
y congregó sus gritos en la playa,
y en la punta brutal de su alarido
gimió negras gaviotas la nostalgia.

Neptuno

Estoy aquí para defender mi caracol
de todos los silencios,
y ningún capitán
y ningún buzo me le atará la lengua,
si allí tengo grabados mis anhelos.

Sabedlo bien: yo voy de ola en ola
blandiendo una alga blanca sobre el viento.

Yo me sé su gemido
cuando golpea el oleaje en su costado abierto.
Y si está calmo el mar,
tibia la arena
y encendido el coral,
reconozco en mis signos
su carcajada azul de hombre contento.

¡Déjalo donde está,
que siempre estoy despierto!
Y sabed que si el mar,
el mismo mar,
me tapa su verdad con sus estruendos
haré en mi propia palma,
con los dientes,
catorce mares quietos,
y los pondré a decir cómodamente,
aquí a mi oído,
la palabra que quiero.

II

Terrestre corazón

¿Sabes en qué lugar
te esperará mi muerte,
tierra enorme que giras?
Aquí donde nací
te dejo una señal,
nunca la olvides:
Si alguna vez un árbol
te crece desde el aire,
sin raíces,
detente,
sube hasta mí
y recobra para otro mis costillas.

Poema verde

De repente las aves
me han aprendido de memoria
en la copa ahuecada de aquel árbol.
Ese que comprendió que yo estoy vivo,
que me he resucitado,
que después de una muerte
me buscó y me levantó,
y me erigió una rama,
una corola,
catorce espinas y una dura hoja:
que jamás ningún viento ha derrotado.
Y andan diciendo aquí en mi estirpe:
tierra;
espiga en mi pasado,
y en ese leñador desconocido
que han coreado un hermano.

Las palabras del hongo

Hasta aquí llego con vosotras,
hierba, flores.
Hasta hoy la bestia me quebranta.
Voy a salvar mi tallo.
Mañana,
bien temprano,
juntaré mis raíces
y, en secreto,
treparé por la piel de un campesino,
hasta sentirme humano.

Llevaré mi veneno porque al hombre
algo como una hormiga
lo ahueca en un costado,
y tendré que mirar por sus dos ojos,
oír por sus orejas
y gritar por sus labios.

Dulzura y tempestad de la manzana

Hace ya mucho tiempo,
las manzanas querían erguirse en todas partes,
para poder mirar de frente al aire,
y los pastos andaban
sobre un dulce secreto incomprendido.
Sólo faltaba entonces
que el hombre se abriera otros dolores
en el vivo costado de la tierra.

Así fue que ató un buey a su cansancio
y juntos anduvieron
el hombre con el buey,
el buey y el hombre,
hacia el fondo de la tierra
honda,
dura,
dulce,
amarga.
Y el buey, junto a la miel,
endulzó para siempre su mirada.

¡Ah! los bueyes ven lejos,
lejos,
lejos,
y sacó la cabeza y dio un bramido,
porque algo tras la miel amenazaba.

Venid a ver, con vuestros propios ojos,
que este manzano ha florecido un indio
aquí a plena luz de la mañana.
Yo lo conozco bien, lo reconozco:
José,
Andrés Amaila.
Él aprendió a crecer desde la tierra,
con la estatura de las flores altas.

Y mirad por acá cómo este hombre
por quereros hablar dice manzanas.

Signo

Tenía la voz delgada,
de planchar esa misma canción
todas las tardes.

Cuando se le quemó
definitivamente la palabra,
yo le presté, para el camino, voces
que tenía guardadas.

Hoy estuvo la tierra antiguamente triste,
florecida,
con la cara arrugada
y se pasó la noche
en el fondo de un charco
vivificando ranas.

III

Razones del latido

Vengo buscando –¡oídme!–
el sitio en que, presiento,
están vivos los muertos.

Como cerré mis ojos al camino
solamente me valgo
del tacto que me dieron
y de este bastoncito
que arranqué con mis manos
de un árbol que yo tengo.

Poema para mi madre que debe ser leído junto al fuego

Era en Sol la mañana
cuando cambiamos de ojos,
para observarnos en secreto
el principio y el fin del irrompible hilo
que anuda su silencio y mi poema.
Fue un sólido minuto,
edificado en huesos,
en el que comprendimos claramente
que las piedras no hablan
por no negar al tiempo.

Yo utilicé para escribir su sombra
el más tierno cogollo
de un viejo guayacán que ya es eterno
en su alta vida de árbol,
rama,
sombra,
indefiniblemente bueno.
Ella,
sencillamente
bordó cientos de veces mis dos nombres
en un trozo de piel que se arrancó del cuerpo.

Aldea

Tachina abre los ojos
y bosteza
su acostumbrado aliento de niebla azucarada.
El buen madrugador
afila una canción sobre la piedra,
y tiene —vedle bien la nota alerta—
un gallo que le cabe en la garganta.

Poema-viento para mi hijo y su cometa

Desde atrás,
desee siempre,
creciéndome,
enorme me has llegado hasta este sitio
que hace vidas
a la tierra gané luchando a besos.
Ya ves:
¡soy una suerte de hombre
que se germina y vence!

Soy diez veces más padre
que como me hallarás en los espejos.
búscame donde estás,
que allí te espero.

Recuerda que los árboles son árboles
y que las aves vuelan.
Que si hay lluvia que moja,
hay sol que seca.

Ya ves:
yo soy un hombre a quien los mares
han llenado la boca de franqueza.

IV

Este hombre, su fusil, y su paloma

Soy un sobreviviente
que apenas ha nacido:
viejo y reciente,
como sol temprano.
Soy el mismo de ayer,
pero crecido,
y estoy tocando el cielo
con mis manos.
Soy el mismo de ayer,
enloquecido,
Y trepo tempestades con mi brazo.

Historia

Correteaba la miel; pero ese día
el fusil
me dieron en la línea animal
del espinazo,
y desde entonces ando
de rencor en rencor,
de guerra en guerra,
con un fusil alerta entre las manos.

Poema que no debe ser escrito por un poeta de la luna

Un hombre,
que tenía los ojos bien abiertos,
encontró en su camino
un enorme planeta:
lo guardó en su bolsillo
y siguió andando.
Cuando volvió a palpar su inmensa curva
todos los habitantes se le habían extraviado.

Hallazgo

Hoy saqué de la arena
la paloma
un hueso que me ha pertenecido,
porque tiene una señal de sangre
idéntica a mí mismo,
y el horrendo dolor que me he palpado
en este mismo sitio.
Además,
es el mismo metal
que en una uña de mamá he sorprendido.
Pues bien,
me haré una flauta,
compondré una canción a mi asesino
y la saldré a tocar todas las lunas,
a lo largo de todos los caminos.

Abrazo

Cuando entres en mi casa,
aquella que se encuentra en plena vía,
frente a frente del viento,
en el sitio de ayer,
donde hace siglos
derribé las paredes y arranqué las ventanas,
sabe que, si no estoy,
he salido a buscarte.
Déjame de señal tu cualquier nombre
que luego, al regresar,
te habré encontrado.

El hombre geográfico

Amaba el Norte,
porque creía que era
tal vez un Sur enorme,
de cabeza.
Y creía en el Sur,
porque un total de sures
le han dado su estatura a este planeta.
Por eso se alumbraba con raíces
y comía la luz de las estrellas.
Por eso andaba en círculos,
desnudo,
y nunca se extravió sobre la tierra.
Bebía de la lluvia y la laguna,
y el viento le buscaba las orejas.
Pero alguien, sin saber que lo perdía,
orientó en el paisaje su carrera.
Así es como hasta ahora desconozco
mi propia latitud
y no recuerdo el sitio en que estuvimos
sentados a la mesa.
Sé que te ofrezco flores este día;

pero no sé decirte
el sitio donde está la primavera.

Por eso es bueno el caracol
que no halla
un punto cardinal sobre la arena.

Antonio Preciado Bedoya
esmeraldeño; 1941-

Balada

1965 - Vicente Muñoz Elizalde, segundo lugar

1

Rotas la ceja de oro
y la trenza de plata,
quemado el labio fino,
la muñeca cortada,
de sus venas celestes
sale una vid dorada,
de sus pupilas verdes
vuelan dulces torcazas.

La miel estremecida,
la fontana abrasada,
el guijarro en el cielo,
el rayo bajo el ala,
es el hijo del hombre
y en su lengua quemada
puso el hombre su hierro,
su cuchillo y su estaca.

Aquél que está sediento
pese a ser toda el agua,
aquél que de hambre sufre
siendo el pan y la vianda,
el que cruza la sombra
siendo su mano el alba,
el que precisa amor
siendo el amor y el ara,
está preso en el leño,
está en silencio el arpa,
la luz cual ave ciega
choca en la piedra amarga.

2

Como todos los hombres
que sufren, se llamaba:
López, Quiñónez, Cuesta,
nombres con que se llaman
los que rompen la piedra
y los bosques arrasan,
los que abonan la tierra
con sus manos sagradas.

Era sencillo y pobre
el que iniciaba el alba,
el que regía los soles,
el que al partir lloraba
los dolores ajenos
las ajenas ansias.

Lo llamaban el Cristo,
pero yo lo llamaba
Juan Dolor, Pedro Llanto,
Gil Tristeza, Luis Lágrima.
En todos los oficios
humildes trabajaba:
cinchador de toneles,
vendedor de barajas,
labriego de las ferias,
carpintero de barcas.
Vivía las profesiones
en las que sufre y calla
el hombre de los pueblos,
en las que muere y calla.

Él en Francia era Pierre
y Giovanni en Italia,
en América, John,
Ludwig en Alemania,

Arthur, Domingo, Paul,
Stephan. Caminaba
por todos los senderos
con su rota sandalia.
Lloraba su ojo izquierdo
en la estepa quemada
y era su ojo derecho
lágrima sobre el África.

3

Yo te amé en otras vidas,
fui tu hermano y amigo,
lloré cuando te alzaron
al madero asesino,
te busqué en Hiroshima
entre violentos vidrios,
entre agujas de fuego,
sepultado y perdido,
te llamé en Nagasaki
con el nombre de un niño,
con las señas de un viejo,
rey de los desvalidos,
y no eras como hoy eres
Cristo Jesús, el Cristo,
sino Juan el quemado,
sino Luis el mordido,
sino Pedro sin ojos,
Ezequiel sin destino,
buscado el padre ajeno,
perdido, el hijo mío,
entre aletas de fuego
entre hierros torcidos,
pieles sin mano y dientes
de sus bocas perdidos.

Cristo no. Te llamabas
Nakawa, Fiyusimo
y eras pastor y obrero,
soldado y campesino
hijo del hombre, quiero
decir como yo mismo.

4

Tú no eras Emmanuel
sino el pueblo judío,
el de la dura erranza,
sin agua, peregrino,
lámpara sin aceite,
soledad sin asilo.
Eras Jacob, y el ángel
no podía contigo.
Eras Moisés, tu paso
roturaba el camino
con sal y llanto de hombre
hacia la paz del trigo,
hacia el beso del pan
y los ángeles de hilo.

Sin embargo, en Oswiecim
fuiste de nuevo Cristo,
en Dachau te quemaron
hombres desconocidos,
te arrancaron los ojos
oxidados cuchillos.

No, no eras Emmanuel
sino el pueblo judío.

5

Sólo el clavo de fuego,
sólo la zarza en llamas,
hecho trizas el paño,
vuelta lágrima el agua,
el panal de sus labios
es una flor tronchada,
la abeja de sus ojos
no puede abrir el alba.
Muerto el hijo del hombre
para la luz que pasa,
para el color que muere,
para el ave sin alas.

Rotas la ceja de oro
y la trenza de plata.

Vicente Muñoz Elizalde
1937-1964?

Perfiles de la noche

1965 - Ignacio Carvallo Castillo, tercer lugar

Obertura

En las oscuras arpas de tus aires dejo mis golpes de extranjero.
¡Hosca montaña por la que rodamos al mundo del exilio,
ancha bóveda, noche de añejos antepasados,
te clamo con los pies en abandono!
Sólo –palabra que de memoria aprendí a golpes– titubeando,
bajo la sorda invasión de tus humos, alzo mi sed a tus aguas
oscuras.
Orbe de pájaros olvidados, vuelo de oleajes sueño de la piedra,
gravitación de bosques y catedrales:
a ti labios de tierra invocan.

El destino de la música, sólo en el aire y para el aire siempre,
marca el temblante vuelo de tus hijos:
la condena es al viaje, atravesados de amor,
perdidos entre vientos impasibles.
Las alas a punto de ser ángeles buscando por el orbe de las sombras
los umbrales del encuentro.
Noche, llave girante, espalda a que golpean
cuantos sintieron rotos los resortes de la soledad.
Tu estirpe busca las líneas de tu rostro,
los fragmentos del tiempo trizado por tu galope
y el repliegue de tus brumas que cicatrizan
las anchas llagas,
los pedazos perdidos por las dentelladas del día.
¡No sé cómo llamarte, ángel-mujer, albatros de alas eternamente
abiertas,
cruz que no encuentra al Cristo
y renueva su vuelo a cada noche
despedazado en la incansable búsqueda!
No sé cómo llamarte, hombre sin patria, pájaro negado por los
paternos árboles,
desaforado asombro ante el milagro
de la nocturna, alada compañía.

«Larga y áspera noche, tiendo hacia ti la lluvia de mis ojos»,
potro de crines latigueantes
que castigas la soledad del vuelo con relámpagos de amor.

Las ciegas iniciales

¡En tu golfo de enigmas, hay siempre quien comprende!
No tuve un día digno de las cascadas de alegría.
Me dieron una voz para llamarla
y la perdí entre hombros que nunca fueron míos,
mi amanecer fue una continua despedida de todas las abejas del amor.

Busqué el árbol de copa reventada en estrellas
y me di con la piedra de un mundo que no es mío.
Hoy una voz de no sé qué ventana, de no sé qué muelle
del que parte un ser querido
hiere mi vuelo y me reprocha esta lejanía buscadora de la sombra.
¡Y es del bosque rumoroso de un corazón que se me escapa,
del ajeno río de un corazón que no pueden retener las fuerzas últimas del llanto!...

Alguien puso a rugir el lobo de la sombra, afuera,
alguien mandó arrastrar a lo lejos
niños ahogados, mujeres disputadas a pedazos.
¡Os doy lo que me dejó ese continuo decir adiós a todo:
mi tristeza.

¡Parejas, amada, amigo! ¡Hombres que a espaldas huís de los ciegos!
Música y luz fabricaron para salvarnos de la sombra.
La música sale en las olas tibias de los cielos donde luchan amantes
guardados por un ángel de espada inexorable.
Canta una unión lograda entre coros arrancados a las basílicas de la noche.
Por galerías iluminadas se van, simples, restallando las espadas del gozo.
Y viajan. Cruzan los resplandores del mundo descubierto

¡Parejas, amada, amigos!
Mas reparad:
alguien puede quedarse en esta noche
despidiédose de todo,
las lágrimas aplastadas bajo la lengua,
las manos locas espantando –una a una–
las moscas del abandono.

Aguas y desamparo

Cuando la soledad se recoge en la noche
como bestia saciada en su nido recóndito
y quienes tienen compañía se estrechan ávidamente
y el corazón de alguno queda ampollado de tanto caminar
o enronquecido de tanto hacer preguntas...
Suelo subir a la península donde la sombra bate sus aspas,
mezcla sus lentos aceites
y sacude viejos badajos enlutados.
A veces
un viento de robustos músculos agita,
como arrancados troncos, a los hombres que hicieron
del dolor un silencio de aves mútilas
o música abortada en sollozos secretos.
Y pasas tú, el perseguido; tú, el abandonado.
Tú, el silencioso. Tuve tu voz entre mis manos hoscas
y no entendí tu llamada recóndita. Y te di las espaldas.
Y salía tu súplica en un suspiro,
en el silencio que se escapaba por entre la sonrisa.
Te quité del paso.
Y te volví mi rostro.
Tú, que buscas a los otros para unir los dolores
en tan sólo un saludo.
Tú, el despreciado,
a quien dieron monedas de saliva cuando ibas más solo que nunca.
Y echaron a piedras cuando tus manos
buscaban otras tibias bajo los cuchillos de la noche.
Y cerraron las ventanas cuando te ibas al cielo
o a la calle
en fugaz mirada.
Judas que me traicionaste.
Judas que me apuñalaste por simple costumbre.
Mira mi mano para ti, lavada
por las estrellas que el corazón encuentra al caer en el lodo
donde lo parte el exilio.

Tú, el silencioso de corazón como una llaga por tanto
apedreamiento.
Tu sonrisa torcida, tu manantial de amor,
escondido como tesoro robado
para los bosques femeninos que colma en arduo incendio.
Se va y se atropella, denunciándose
y pide perdón por la total entrega.

Echado de las puertas que golpeaste,
negado a los nuevos caminos;
encontraste con dueño cada fruto que apenas rozaba tu amor
y despertaste
con tu corazón pendiente de la horca del abandono.
Oh, desgarrados, partidos por una soledad que duele a las aguas.
Sin hombro en qué poner la sangre fracturada.
Solos, con el retazo de la sed cubiertos. Solos.

Yo no he visto al cielo llorar por ustedes ni siquiera una lágrima
como tantas que a diario llora en vano.

Los niños ante el orbe de la noche

Miran sus ojos –gacelas reacias a la voluntad–.
Un látigo de miedo les corta el viaje
y una espada que promete secretos, los azuza.

Los niños y las ninfas se toman las manos,
con pureza que apenas recordamos brumosa
y al pasar –fugaces– nos miran.
Yo he sentido
el susurro de sus curiosidades en torno a mi tristeza
de hombre sin compañía.

Niñas de senos tiernos, pero ya cantantes,
rozan con tímidas alas
el vidrio tras el cual el orbe de la noche gira.
Y fugan asustadas, apretando la mano
que las ata al día.
Dentro de sus miradas, en eco se expande la visión
de estos hombres que arrojan los dados de sus penas
por las viejas cenizas del cielo de la aventura.

Niños de frentes sumergidas en la lluvia de la inocencia
que se quedan con los ojos puestos en las canciones
hasta que una mujer de nuestro lado
les espanta las golondrinas de sus manos
y les opaca el caminar al sueño.

Tocan con breves dedos –alados peces–,
empañan nuestro cristal con rocío que recuerda lágrimas
[pisoteadas
Se hieren.
Y los vasos nos quedan arrugados de ángel
cada vez que sus miradas nos regalan sus pequeños adioses.

Friso evocativo

Alta, afinada y sola, tú en la esquina.
Tu recuerdo es colegio, hora de la mañana,
cuando un centavo dabas a mis ojos mendigos.

Yo amaba así, con la mirada,
melodía que rompiera el aire de la vida.
Colegiala aprendiz de las letras amables...
Cuerpo externo de estrella, melancólica viola.

Colegiala, aprendiz, profesora del recuerdo.
Yo, sombra,
espuma y tempestad desesperada.
Distante estoy
y aún amo la pureza estelar,
la niñez de ojos como los tuyos.
La nostalgia es lanzazo que parte mis arterias una a una.
Sin muerte verdadera.
Déjame que te ponga como leve velario
para atenuar la lluvia de mis noches.
Después de ti me he hundido en oleajes oscuros
de carnes fugitivas, pabellones del duelo.
Me han llevado barcazas a países de humo
de donde me han echado.
Han cortado mis manos las amarras del sueño.
Mi niñez la vendí por cualquier viaje.
A veces eché abajo los nidos de la Poesía.

Déjame que hoy te mire.
La muerte diminuta que golpea con agujas todas las madrugadas
sabe que estoy inerme.
Me tomó luego de arder amado toda la noche
con dientes ajenos, muslos y besos que hoy me duelen.
Me ha cruzado con su metálico río.
Hoy, otra vez, caído,
traicionado por la sombra en quien creí

huida ya en puntillas,
te busco.

Alta, fina luz amorosa, estatua de la esquina,
amada de los sueños impecables.
Ven y toca con tu aire vengador,
hasta dar con el cauce paralizado donde un ciego tropieza con sus sollozos.

Inmersión

Cerré las puertas del corazón
para aprender con tiempo a estar vacío.

Todo se va
o se queda a pedazos, cortándose sin tregua.
Quien más queremos tiene que irse, desasido con qué suave y terrible gesto
de la última mirada nuestra.
A nadie tendremos al lado
en la hora del desmoronamiento.

Noche de viejos padres, aquí cunden tus hijos
girando en ti –gastados dedos–
buscando lo irretornable,
siempre en regreso y siempre amando.

Cuando ya nada queda y nos miramos de todos despedidos,
retornamos a ti, el rostro hacia tu huella.
La sangre orientada a tu lado
(¡Oh, muerte que no mira!)

Exiliados con sólo una escudilla de tristeza,
aquí,
agrupados para espantar los pájaros de la soledad.

Los pobres llegan, huyen de la luz para ablandar sus miserias,
se saben de memoria la lección de la noche:
abrir las alas de los viejos papeles
por los muelles mordidos por el viento,
caer en la mano fría de los portales,
tiritar entre los ácidos de la miseria
hasta ser despertados por la ciudad
que se bebe ruidosamente el día.

Toco tus aguas, noche,
y una ventana apenas vierte luz.

Dos dioses que se humanizan.
Tras la ventana pueden los solares de la muerte
crujir en la pequeña entrega.
En noches como ésta, la honradez se da por la tristeza
de un Jesús caminante.
Yo derramo mi amor por las sedientas que se dejan acariciar
con pura esperanza.
En noches como ésta pueden llamarme solitario y amargo.
Quien me vio con pupilas verdaderas
debió llamar por mi nombre
a quien pisó los puentes de la sombra
doblegado por toda la solidaridad del mundo.

Los réprobos del día

De la velada luz, luciérnagas heridas.
A música les suenan los silencios de la sombra.
El viento toma nombre de varón y los acompaña.

Pasan oscuros, menos su amor torcido, iluminado por la noche.
En el día lo llevaron con vergüenza en el rincón más negro de la soledad.
Hoy revientan luceros en las miradas.
Se ungen con la luz que les concede Dios sólo en la noche.
Y claman con más angustia que la mujer.

Algunos tienen brazos broncíneos de guerreros,
perfiles despiadados. Groseras manos de gladiador.
Algunos llevan nombres recios y másculos
que recuerdan hazañas y poderíos.
Se llaman Cristóbal, Héctor, Hugo, Jorge.
...Cristóbal, nombre de titán, guía de Dios niño y el mundo por el río.

Hoy humillado paso.
Héctor, guerra y honor entre los bronces de una Iliada.
Hoy femenina sombra.
Jorge, vencedor del dragón, defensor de doncellas.
Hoy plácida derrota.

El golfo de la noche se tragó sus grandezas
y les dejó los ruegos mujeriles, llantos de amor prohibido,
miradas clamorosas al torso adolescente que se fuga.
Son tus hijos, noche. Los réprobos del día.
A la sombra lavan sus frentes, enternecen sus corazones,
iluminan sus palabras. Salen a amar.
De día la rama del veneno cruzaba por sus labios.
Bajo la luz se vieron manchados por el estigma.
Miraban torvamente, odiaban.
De día pasaron en fuga de sí mismos.

Malos.
La excomunión acribillando el sueño, calcinando sus tristes miradas,
les hizo esperar la sombra, la noche transformante.
Y no duermen. Salen
a iluminar sus vidas.

El viento toma nombre de varón y los acompaña.

Miran con ojos limpios. El mejor lucero encienden en sus miradas.
Lavan la mejor sonrisa. Visten el mejor traje.
Aman y brindan con una copa prohibida.
Y a cada amanecer se les destroza.

Polvo de vencidos

Abandonados. Pulverizados por la luz,
pupilas en súplica, oyen la música
y es ajena.
Ven los licores que se derraman. ¡Y están qué lejos!
Todo se va.
Cerrose la luz de la sonrisa con la quema de los años.
Nos hacemos a diarias caídas, a vuelos detenidos,
a diarios adioses.
El cielo habla otro idioma.
En la calle la fuente carnal de la mujer espera.
Las mejillas manchadas de los niños aún tienen
el sabor de los besos de carbón.
La Poesía cruza en astillas.
Cae el telón de la música a la calle
donde el cielo se bruces se desploma.

Me ofrecen, hombres gastados, «Camisetas para niños,
medias, ternitos para bebés».
¿Quién nos hizo fugaces y acedos,
viajeros en huida de cuánto buscamos?
Cae mi mirada por árboles y nieblas
donde perdí los niños que ahora fueran.
¡Ah las islas tragadas por estériles mareas!
Miro lejos y de árbol en árbol ruedo
preguntando
por los hijos que quedaron en líquidas distancias,
sin calor y sin música.
¡Oh, voces inconclusas, páginas inútiles!
Los niños que no fueron...
Aires vencidos. Cortados ángeles sin patria.
Pero amar se cifra en confundirse con torbellinos de carnes ajenas,
a rodillas y a tientas
entre las telarañas de la sombra.

¡Para ser desesperados por los golpes de un niño a la puerta!
Y salir. Y no encontrarlo.

Hay ruedas en la noche

Estás bajo la noche con un sol de murciélagos ahogando tu mirada,
y quién preguntará:
¿Por qué tu corazón rueda tan solo?
¿Por qué el silencio lanza sus toros a tus manos?
¿Por qué bajo el cadáver de la tarde
 te quedas contemplando
salir de ti las alas de los cuervos nocturnos?
Por qué donde más duele tu herida
 todo se de acumula?

Dadme la noche en que ardan árboles cenobitas,
la tarde que no caiga astillada en el luto,
la palabra que busque al hombre derrotado,
la mano que se llegue al que está despidiéndose.

¿Quién dio a mi corazón esta cortante lejanía
hecha preguntas?
¿Quién me dejó descalzo y desvestido
 bajo el inmenso túmulo de la soledad

Aérea, nocturna patria, que vengas maldad no cometida,
yo –sin embargo– te amo
a fuerza de abandono.
 Ya no tienen mis manos el calor de otras manos.
Con el recuerdo
seré como el mendigo que gastó la única moneda
 de tanto acariciarla.
¡Cómo se han ido todos los que pusieron por un instante
la desesperación de la belleza entre mis dedos!

Saco a mi corazón como hija estéril,
derramé su palabra de mano en mano,
eché su palpitar en las anclas del aire.

Hoy lo aplasta la noche, bestia irascible,
como la cabalgata a la hierba menuda,
como la tempestad
a las tímidas rosas.
El humo de la tarde que acompaña a las cosas más tristes,
que estrecha a las parejas que es buscan y que canta,
se prende a mis pupilas
y derriba sus sales
al fondo, donde pacen los versos.
Y quedo, niño triste, sin algo que me ampare,
la música quebrada,
el silencio...
Mi mano descarnada bajo el vacío nocturno de pañuelos ajenos.

El hombre ahora soporta latigazos de ausencia.

¿Por qué su corazón rueda tan solo?

Ignacio Carvallo Castillo
guayaquileño; 1937-2015

Ecuatorial

1966 - Ignacio Carvallo Castillo, primer premio

Revelación y ancestro

Porque mis dedos rasgan el misterio de la selva,
la sombra ecuatorial se cierra sobre mí.

Ruedan mis puños hacia el enigma de la noche
y parten su máscara a golpes y llamas.
Mis párpados crujen con la fuerza que les hunde el asombro
y caigo sumergido en penetrante amor
de ciego desorientado por una noche que grita y golpea
con voces de brujos milenarios,
con gritos de vírgenes de agua,
perseguidas por saurios semihumanos
y latigazos de lianas venenosas
como ágiles serpientes.
Cruzo, como beodo, el túnel de la selva,
como ciego tacteando el seno de la noche,
los ángulos acuáticos,
los muslos de la tierra...
Tiendo mis manos en súplica solemne,
la sangre arrodillada, el corazón vencido,
mi frente atravesada por pájaros y gritos.

Mi sangre vuelve sobre sí. Desciende
a despertar un mundo
donde los más remotos atavismos crepitan.
Sus lanzas levantan los dioses que me dieron nombre.
Oigo el ritmo ancestral de negros guijarros
y cinceles de cobre
inventando flores de obsidiana y granito.
Alzan mis indios de América sus pesados sueños,
sus voces agoreras, ramos de reptiles, pirámides
de eterna y tranquila gravidez.
Vuelvan mis monstruos rituales.
El colosal combate de sus estirpes arde.

Las enormes cabezas de roca levantan,
los inmensos párpados..., los ojos
de un pasado quimbaya, del ayer mexicano,
de la bruma terral de Tiahuanaco, Valdivia y Guatemala...
Aguzan sus oídos para escuchar al tiempo
de la cerámica ciclópea y los templos de fálicas columnas.
¡Y de cóndores vuelven huracanes,
las almas de peces, loros y pelícanos,
libres de sus cárceles de arcilla!
Oigo a los hombres de mi sangre incrustar todavía
en máscaras terribles la turquesa y el nácar.
Rostros que los siglos esculpieron en mágicas maderas
me invaden y se apoderan hasta de mi última vértebra.
Nubes de humo embriagante asaltan mis palabras
y les dan este sabor a Poesía que quisieran retener para siempre.
Rápidos peces de sueño se estrellan contra cuevas de vidrio
bajo la luz de mi sangre,
cuando desde las copas de los árboles
alguien arroja semillas como piedras explosivas.
Y así, en plena selva,
en medio de este lento y ancho respirar,
bajo el peso de la noche ecuatoriana,
no me doblega su puño inmenso cerrado sobre mí:
¡Salto como joven felino acosado por las llamas
al túnel de la sombra madre,
a la bóveda equinoccial
en cuyas noches oigo cantar los pájaros
y a raros animales, sin nombres todavía,
hacer sus madrigueras bajo tierra!



Undívago y acuático, llego hasta los profundos resortes de los vértigos
padres de las furias amazónicas.
Soy pez que vuelve en busca de su cueva remota

donde una arena de oro rompiera su ovulillo!
¡Caigo a los espacios de silencio verde,
rotos tan sólo
por el rugir del corazón de los jaguares,
y puedo ser la hoja que trémula rueda
a las cuevas, génesis del trueno,
o el élitro zumbante de algún insecto azul flotando en medio
abismo!

Desde urbes trepidantes,
Desde turbios crepúsculos de asfalto,
me citaba la voz de un amor embrujado.
Por algo la sombra nocturnal, el alba y el mediodía
me aislaron para empujarme los sueños dardeantes de la selva!
¡Y hoy tiran mis venas hacia la gigante glándula vegetal
donde el tiempo se acompasa a mis latidos,
revienta con los truenos de los ríos
y se hace pedazos entre las mandíbulas de la hormiga!
Y vuelvo a tener la videncia de remotos arúspices
de los días en que América nacía.
Y vuelvo a ser luz salvaje combatiendo
por entre la espesura donde ríos y lagartos se disgregan
y es musgo y vórtice, puma y mariposa en júbilo.
raíz, tempestad y araña atemorizada –pero intrépida– mi sangre.
Y es tierra que se libera y fuego incontenible
que me arrastran al corazón de orquídeas y lianas.
Confidente del arbóreo helecho, hermano del nogal,
amor de la tagua y los viejos, barbados árboles,
vuelve a nutrirme la savia de América!
¡Alma de vegetal, sangre de olas amazónicas,
piel sudorosa y hambrienta de multiplicarse!

Arrastrado a este viaje por mi ancestro,
me pierdo en el enigma poético y salvaje de la Amazonía:
¡Soy fuerza interior revolviéndose en rugidos
perdida ya por el tropel de las arterias

y las concavidades enmarañadas del planeta
al que los hombres abandonan en vuelo desesperado!

El ámbito de los ríos

Los ríos abren sus bélicos abanicos,
estiran y recogen sus falanges multiformes
arañando piedras enronquecidas de tanto gritar.
Muerden con llamas blancas la oscuridad de la garganta equinoccial
y destellos de estaño lanzan a los ojos de las tortugas impasibles
que aplastan bajo el lodo a un tiempo sin memoria.
Con potencia de machos, con venganza de padres deshonrados
buscan día y noche, hurgan sombríos y llameantes,
cavan con dientes afilados el abismo
y saltan y se empujan y bufan hasta darse
de bruces con la llanura a la cual dominan
como mujer largamente deseada
para hacerle hijos como piranhas,
echarse a proteger boas como la yacumana,
apacentar rebeldes manatíes
y besar los fúlgidos cuadrúpedos
–veloz tapir, tempestuoso capiguara, cachicambis y guatusas–
cuando sorben las estrellas enlodadas de esas aguas peleadoras y espumosas.
A orillas del Macuma, en los bordes arcillosos del Santiago,
por las ribas solares del Pastaza,
di con patriarcas jíbaros de testas orgullosas,
indios dueños del fuego blanco de las aguas,
semidioses y sabios,
poetas misteriosos embriagados por bebidas y yerbas,
jíbaros que en sus brazaletes de piel de culebra
atesoran secretos que nadie podrá arrancarles.
Videntes que hablan lenguas antiquísimas
transmitidas por las almas de los árboles
a quienes oyen, dulcemente, en madrugadas.

Les cruzan llamas por sus frentes, cuando hablan.
Sus mujeres cierran los ojos y los ven
romper con sus bíceps las mandíbulas del odio,
arrancar las alas a la nube de vampiros
y despedazar la sonrisa escalofriante de la muerte.
Sólo las viejas raíces crujen en el silencio,
pues su trabajo nunca puede cesar:
toda la selva los atiende suspensa y sobrecogida.

Viejos patriarcas, rostros de oro y cobre,
piel trabajada y fría como sus lanzas de chonta,
recogen los siglos en sus ojos asaeteados por arrugas,
lectores e intérpretes del Evangelio de la Selva.
Las garras de la noche les han volcado ríos oscuros en las manos:
poderosas llaves de sangre ronca y áspera.
Allá por el Upano, por el Bobonaza,
en las altas orillas del río Tigre,
vírgenes indias miran la corriente y echan flores de tzárui
para hacer realidad sus sueños.
Y el día las ve adornarse con alas de inmensas mariposas
y arder de belleza,
desnudas,
bajo la sombra compasiva de los árboles.

Jíbaros y Quijos, Cofanes y Záparos,
por el Morona y el Guazaga,
por mil ríos verticosos como el Tiputini,
tétricos y lentos como el Negro,
feroces como el Ambiyacu,
agitan flores de alucinancia
arrancadas al iris ecuatorial.
Cada indio muerto deja su voz clavada en un árbol
y la selva es ancho río de voces lúgubres
cuando el viento se rompe contra el muro de sombras.
Los indios que nacen abren sus ojos a los gritos roncos de sus
[ríos,

despiertan al son de sus coros
y el último sueño los habrá de arrastrar bajo el alarido de sus tribus
confundidos con la fuerza recia de las olas:
¡Namangoza, Taraporo, Corihué!

Los ríos cobran altas resonancias, tendiéndose
entre arcadas de espumas y rocas que musicalizan la eternidad
de mis indios de América,
y tras el zarpazo a la selva que jura venganza,
aúllan su insolencia las aguas tragándose una música líquida
enredada a los nombres aromáticos:
Arirauri, Morona, Pucacuri, Caquetá...
Huiririma, Curiyacu, Curaray...
Y alrededor, la selva... Toda una catedral serena.
Los indios en perpetua, recóndita oración.
Hinchan las planicies tamarindos y ceibos, canelos y copales
cabezas majestuosas y tranquilas.
Enredadas sin un temblor...
Las hormigas, como siempre, trabajando.
...Toda una soledad agitando sus aspas de angustias para el
[blanco:
la sangre empuja las edades del asombro,
las arranca de cuajo
para apagarlas en el pequeño santuario de las manos.

Mi palabra se perdió entre la humareda viscosa de los ríos,
helando a las gargantas de plomo y cobre.
Siente
los torrenciales nombres de Urcusuqui, Arajuno y Payamine
penetrar a candentes gritos con crepitaciones de hidrógeno.
Mi palabra se fue en nieblas hasta las espesuras suicidas del
[Jivino,
hasta los espejos que se trizan y desatan
en el Jondachi,
hasta la ronca sed del Guapuno
y las fracturas del Yasuní golpeándose los colmillos

por incendiar las oscuras rocas de su lecho.
Nombres como Nangaritza,
voces como Bombuscara, Cusuime
saben a dilatadas lunas, a descoyuntamientos del acero.
Hay palabras como Putumayo, Coca o Xingú
que aún pronuncio entre los aletazos silbantes de las aguas.
En las profundidades donde el silencio escribe los renglones de mi vida,
se volcaron sus candelas.

Oda del verbo trémulo amazonas

Mi sangre se ovilla en un caracol pensante, como cráneo.
Amazonas, no llego a ti, pero ya te veo,
trueno arropado en agua llena de ojos,
vuelto a una aguja que clava
soles de espanto al hielo de mis sienes.
Ya escucho los corceles de los siglos esculpirte en mi sueño.
Sierpe que lavas los pies resinosos de la selva.
Aorta y torbellino. Herida de la noche,
estoy llegando al borde de tus henchidas ubres
y oigo gritar los mundos de vidrio y roca,
reventados en pleno combate por tus músculos.

Desde adentro te crece una luz retorcida,
una luz que se hiere en garfios de basalto y proclama
tu insaciable fuerza imperial, bebedora de aguas ajenas,
sorbedora de todo tributano sin esperanzas de rebeldía.

Amazonas, arrancas al Chinchipe su último grito
la última astilla de sol al Napo.
Te bebes, gota a gota, el lazo desatado del iris,
y la diamela caída al oleaje se hunde despavorida
por entre tus navajas.

Blanco a la madrugada, pulso tenso en acecho,
verde para cortar al mediodía

niebla reptante a la tarde,
tu solo aliento ahoga a los pájaros extraviados.

Ciego, quizá la noche te reventó los ojos cuando niño,
y hoy crecido en venganza,
devoras la luz, la selva a oscuras
y revuelcas tu furia de dios encadenado
en una axila verde rota por tus relámpagos,
hendida por tus coces de espejos desquiciados.

Ciego: empujas las columnas de la selva.
Y América espera que eches abajo el templo.

Amazonas, aluminio de bruces rodando sobre espinas,
tu éxodo es de nubes impulsoras de lluvia torrencial.
Tus aguas se tragaron la digital de Dios
y la marca que, a tu anca, Orellana pusiera
con furor rechinante.

De Quito te llegaron hambrientos visionarios
y partieron tu lomo con sus gritos de júbilo;
tus manos se rompieron desesperadas
con los esqueletos de las aves
y el polvo de suicidas estrellas;
sacudiste tu loca melena alborotada
entre los dedos del furor
y una larga venganza de emperador domado
estiras, desde entonces, al alma de los indios.
En tu universo líquido giraron ojos deformes
de peces con linternas, que alumbraban la hazaña,
y tentáculos ígneos y plantas condenadas
por el hado del mal.

Asomaron airados:

lanzaron sus destellos
a clavarse en los ojos de los blancos de Quito

y arrancaron, a pedazos,
las cuerdas de sus nervios.

Ellos sabían de ti, río de barbas floridas.
La leyenda decía que rodabas hinchado
desde una edad de espumas, mordiendo tus pensamientos,
cual venido de hogueras y éxodos bíblicos,
memoria de los tiempos en que morían los dioses
en lechos de venganza y de lujuria.
En Quito, aves de extrañas voces decían,
descansando en las cruces de los templos,
que un gigante de piel acuática se tendía entre la selva,
creaba esmeraldas y aluminios
con sangres de viejas raíces;
suspendía diluvios en los fuelles de su tórax
y estremecía los carbones de la tierra con su respirar,
que cortaba en dos al Continente,
taladrando la línea del destino de América.
Al oriente, la isla Marajó, un pañuelo de pantanos acezantes
entre los dedos del coloso, cuando se iba
dando su adiós a la selva,
volcando todo su vigor al mar,
reventado su puño en estrellas acuáticas,
llamaradas y cataratas pulverizadas
en la crispación de su garra sobre la ácida sal del Atlántico.

¡Ah, tus nácares recónditos... y tu carroña!
En su puño de visionario, Orellana te vio
fugar en descargue viperino de culpas y cóleras,
en arrojo de viejos amores prohibidos,
como escondiendo tesoros de pecados
en los líquidos montes que decidió robarte,
río de espumas llameantes... Y llegaron
4.000 indios quiteños con sus venas volcánicas
a echar en tus honduras las sondas de sus sueños
porque ellas se trizaron en tus garras eléctricas.

Un arcángel nativo de tu cielo profundo
los trajo creando huellas de sangre, cal y llanto,
con la tierra en las bocas famélicas, las palabras:
espadas de cobre pulverizado... Venían
a hacer sonar tus cuerdas rabiosamente,
a latiguearte con sus largos gritos,
a pedir cuentas a ti, olvidadizo,
a preguntarte por raíces arrancadas entre aullidos,
por islas, flores y trizadas piedras,
por las semillas muertas, los nidos deslazados,
las ninfas de agua caídas desde 6.000 metros de altura
y devoradas desnudas por tu furor.
Pueblos de bronce y plata se lanzaron desde las nieblas del Pichincha
para hundir en la comba espejeante de tu agua metálica
el remado del Hombre,
el espíritu del fuego.
¡Y tu brazo potente no pudo clavarlos
en las cavernas congeladas de la muerte!

Las llaves del epílogo

La última compañera que el mundo amazónico me deja
es la soledad.
Soledad que ha curvado la tensión de mi sangre
derramando la ráfaga de su canto a la selva.
Mi soledad que se atrinchera
cuando afuera rondan los tigres del odio
con rugidos más fuertes
que el reventar tempestuoso de las nubes.
Aúllan hienas, se escucha la sangre derramada caer
mientras los dientes asesinos asoman en sonrisa.
He salido del mundo amazónico y vuelvo a los hombres,
a las cavernas ciudadanas,
a las rosas de concreto que se abren con olores venenosos.
Vuelvo a perderme por urbes de humo y vidrio

donde mi soledad de salvaje
habrá de sostenerme, dueño de un ansia vegetal
por las reconditeces trabajadoras y volcánicas.

Entre humos de gasolina y estrépitos metálicos
me sostendrá la diaria nostalgia amazónica,
nutriéndose con la oculta raíz hundida en sus légamos
Apresaré con ímpetus avaros los sonidos,
los gritos cortantes, las corrientes coléricas
que la selva encendió en lo oscuro de mis huesos.
Yo orientaré mi sangre hacia vosotros,
aullido en infinito silencio de la selva.
Agitaré las bases florales donde brotan el fuego y las espumas de mi sangre
para tocar los ámbitos de la vida amazónica
que me llaman y arrastran ineluctables.
Yo, azorado viajero por el túnel del tiempo,
quiero la luz y el grito, el tropel arrasante de voces ancestrales
y la transformación volcánica de árboles y fieras:
Os buscaré en el reducto remoto de mi sangre
porque ahí os revolvéis agazapados.
Allí reposáis, universo libérrimo, reptiles, maderas, vientos.
Allí golpearán mis urgencias vitales,
abriré los brazos con ávidos deseos
a que la rebeldía amazónica suba a mis músculos,
pegue a mi voz su aliento.
Tornaré a los furores internos de las raíces tropicales
hinchadas por descargas de savia y de petróleo,
para poner allí mis últimas renuncias.
Regresaré a la hondura de mi ser interior,
al sitio donde confluyen mis arterias y nervios
para desbocarse con el mar irritado de mi vida,
al sitio donde ruge mi tierra con su celo
de víbora y de lluvia,
mientras cruzan mis tendones –electrizándolos–
los felinos de fósforo paridos por la Amazonía.

El hombre va hacia las cúpulas del éter
y devora infinito en sus cápsulas fúlgidas,
un retemblar de atmósferas recibe la marca de su rúbrica,
última seña que deja el instinto de la fuga.
Pero yo, el inconforme,
el rebelde heredero de una estirpe selvática y combativa,
el que calla, quizás para no morder,
he de plegar más a mí,
a los orígenes y núcleos de mi raíz terrestre,
insensible a las garras de la angustia,
sordo al impotente corazón,
un temblor de arboleda, un salvajismo
de jungla, anacondas y anguilas asaltantes
retorcerá con amorosa furia mi sangre
para arrojarme al misterio de la selva.
Bastarán para hundirme por la ancha lujuria de su oleaje,
por sus Hamas siempre verdes, troncos de greñas hoscas
y barbas venenosas,
el golpe sofocante del recuerdo ancestral,
los gritos de los pájaros selváticos
desplumando el cadáver de la noche,
el ramalazo del olor amazónico
traído por el viento hasta mi cueva de concreto,
el trueno distante de los ríos patriarcales...
taladraré la nieve de mis huesos
y entrando más en mí, entraré a la Amazonía,
la sangre renacida
por la vuelta a su principio como los ofidios y escorpiones
resucitados por el olor, la humedad y la hondura crujidora de sus nidos.
Puedo morir lejos de la selva,
que mi raíz secreta me volverá a la vida, allá
entre el verdor violento de los árboles,
por la guarida del relámpago.
La tumba metropolitana puede apresar mi cuerpo

entre cuatro paredes de cemento,
que mis rebeldes venas reventarán su cántico a los ríos orientales.
Por las mínimas flores y los insectos volátiles,
por los gritos ululantes y los estremecimientos cósmicos,
arrancando troncos, durmiendo bajo humus, espantando reptiles,
encontrarán, hombres del mañana, mi realidad, mi espíritu
agitando su eternidad tranquila y verdadera.
Habré ido al abrazo profundo de la savia terrígena
donde el silencio se quita la mordaza y me llama con largos sonidos
y me empuja
a la profundidad equinoccial, a las honduras de mi hombría.
¡Y quedaré en mí y en mi selva, confundido con verdes olores
cruzado por luces inesperadas,
hasta que el último cataclismo me despedace
agarrado a la matriz de donde mi voz arranca su infinita
melancolía!

(Escrito en las Selvas Orientales del Ecuador)

Ignacio Carvallo Castillo
Guayaquileño; 1934-2015

Poema al hijo

1966 - Jacinto Santos Verduga, segundo lugar

No hay mejor padre
que aquel que no tiene hijos,
ni mejor hijo
que el que no nace.

Hijo mío:
pequeña levadura de mi sangre,
honda raíz sumergida
en el centro
de la vida
verdadera.
Lentejuela
activa y esencial,
controlando el ritmo
de las internas palpitaciones.
Desnuda soledad
en un secreto cosmos.
¡Arco iris!
Estela cincelada
en el vuelo
de nueve cometas blancas.

Hijo mío:
delgada sonrisa
del dolor naciente,
prolongación del llanto
en lluvia multiplicado.
Antes que me asombre
el milagro
de la creación,
quiero reconocerme
en estas palabras
que desvelarán tu sueño
y rasgarán la calma
de tu íntimo universo.

Esférica,
completa,
ideal,
fue la antigua residencia
de mis sueños,
donde las diminutas manos
palparon el cielo
de la elástica membrana
y la savia
me llegaba puntual
por los profundos conductos
de todas las arterias.

El sol de su sangre
lloraba mis tejidos
y todo su espíritu
hinchaba mis venas.

Yo vivía pensando
por los milenios próximos,
sin saber que pronto
se cumpliría el plazo,
y así me sentí,
de repente,
con otra luz y oxígeno distinto.

Si me hubieran
anunciado antes
todo lo que me esperaba,
seguramente
mis dedos habrán crecido
para hacerse garras
y prenderme fuerte
por todas las paredes
de sus íntimas entrañas.

Yo no sé
por qué la vida
no continúa siempre,
segura y altiva,
en el vientre de las madres.
Para qué salir
si en cuanto estamos afuera
empieza nuestra muerte.
Por qué seguir
si sólo nueve meses tiene la vida.

Yo amé aquel recinto santo...
y aún lo extraño.
Y cómo no pensar en el regreso,
si regresar fuera posible,
cuando sabemos
que adentro no hubo guerras,
ni hambre, ni desolación, ni muerte.
Sólo amor. Un cosmos diferente.

Mi infancia
fue una estrella en fuga
fugaz
y la estela que dibujó
en mi recuerdo,
un lacerante desgarramiento de los sueños.
Pronto fui hombre.
Las lágrimas habían endurecido tanto
que pesaban en mi rostro.
Y las dejé atrás.
Vino el amor.
Y con él, el caos.
El ascenso a la cumbre
de todas las esperanzas
y el descenso a la sima
de todos los desengaños.

Todo en mí
llegó inesperadamente,
la vida, la muerte larga
y este anillo en la mano izquierda.
Hasta tu latir
lo siento inesperado.
Créeme,
he pensado
mil veces en tu existencia
y me parece hermosa
por todo lo que traerás de nuevo,
por la risa que nacerá en tu boca
para regarse en este pequeño cuarto,
por el tamaño de tus dedos
y el color de tus ojos.
Por todo lo primero
te necesito y espero.

Pero, hijo,
¡cómo hablarte,
sin herirte, de lo que ignoras?
Por lo mucho que te quiero
no quisiera que fueras,
por todo lo que te espera
no desearía esperarte.
No ves, que a veces,
en mí se anida tal paradoja,
que pienso
que no hay mejor padre
que aquel que no tiene hijos,
ni mejor hijo
que el que no nace.

Te diré y no te asombres,
que mientras mueren los niños
en algún lugar del mundo,

los otros no han dejado de ir al cine,
que la tragedia nos visita tanto
que cuando no llega, la esperamos.
Te diré pequeño mío,
que éste tu padre
sufre el sufrimiento
que no le es propio,
vive con el sueldo estrecho
—hasta hoy no he comprado
a mi boca
un pedazo de sonrisa—,
mira por las noches las estrellas
y para casarse
alquiló un terno viejo.

Si tú quieres
puedes venir.
Ven. Llega.
Yo besaré tu fresca piel mojada
y cuidaré las horas de tu sueño,
haré con mis brazos un cerco
para que juegues todas las mañanas,
seré tu sombra, si tú quieres,
tu mejor caballo de juguete,
pero no me mires nunca,
por favor, con malos ojos;
no me tengas venganza,
te lo ruego,
si se desgarra tu alma
por algo que no pueda evitarte,
si te muerde el cáncer,
si te hiere el desengaño,
si te amenaza la guerra.

Por Dios, hijo,
no quiero que sufras,

que nunca se humedezcan tus ojos
ni suba la fiebre a tu cabeza,
que nada desvele tu sueño
ni llegue el momento
que tú me preguntes: «¿por qué?»
y yo no sepa contestarte.

Si después de todo
tú llegas,
con los ojos más claros
por lo que te he dicho,
y amas la paz
y las cosas sencillas,
y das tus calcetines,
tus zapatos,
la camisa que llevas
y hasta tu misma alegría
al primero que encuentras,
yo bendeciré tu llegada
y amaré la vida.

Jacinto Santos Verduga;
bahieño; 1944-1967

Divagaciones

1967 - Nicanor de J. Alejandro R., primer premio

Desde los ángulos más oscuros de la sombra derruida
donde surgen estatuas ignoradas
y la noche cayéndole con sus agujas
y el viento
y el polvo;
desde el centro perfecto de todos los silencios
donde el vértigo erige altas catedrales de pavores circuidos
y el verbo se detiene en transparentes cárceles;
desde un universo sin vértices
ni meridianos
para medir la exactitud de los alientos
ni estaciones
para presentir la lluvia,
ni meses,
ni años,
ni días
para detener al tiempo en rígidos calendarios;
desde el centro bullente de la sangre
columpiando entre arterias y vísceras
y selvas interiores,
desde allí, como una raíz sedienta, naciendo por la tierra
vengo yo
y tú
y todos los hombres
y todos los pájaros errantes.
Y Dios.

Descendemos ignorando las inmensas escaleras
que nos trajeron hasta aquí
y de repente nos sentimos gritando
mientras todo gira, afuera, como un trompo:
Somos ciegos inmigrantes con el alma extasiada.
Tropezamos
y caemos,
nos levantamos,

corremos acezando,
acezantes,
buscando cielos,
verdes caminos,
gozosos ríos,
pedazos de auroras abriendo sus pestañas,
el refugio de un árbol y su ternura,
–la dimensión imperfecta de la eternidad y su arco iris.

Buscamos lenguajes para interpretar las cosas
para luego definir, por ejemplo, la tarde y su crepúsculo
donde fugaces ángeles van depositando sus lágrimas.

Y hallamos, después, azules precipicios
por donde rodarán viejos recuerdos refugiados.

Nos hallamos sobre la tierra
sin saber de dónde venimos.
Ni una brújula trajinada sobre los pies caminando
apenas un corazón revolcándose
y unas manos recogiendo estrellas altas en la noche alta.

Nos hallamos con los ojos desorbitándose
mientras la noche va creciendo poco a poco
de frente
y por entre los árboles y los espectros,
mientras los fantasmas
comienzan a desperezarse sobre sus cansancios.

Mientras la noche arde,
mi corazón de niño, con una sábana, se tapa.

Madurado, después, yo me encuentro.
Tengo siglos detenidos sobre mis hombros
y sobre mi angustia
con sus nieves y sus astros consumidos
con incinerados horarios,

con todos sus mares envejeciendo
con todo el pasado cayéndome de golpe.

Estoy resucitando en la hora imprecisa
con todos los harapos de un ayer extinto.

Pasó –y lo sé– la hora de la cometa
levantándose hacia los mas amplios cielos,
ya no el telegrama para alguien que no lo recibiría,
ya no la piola amarrada al alma,
tampoco el correr sobre las colinas de los sueños
llevando en las grandes alforjas
mundos y leyendas
inventados en la madrugada sórdida.

Ya no correr
y correr
y correr por todos los caminos de mundo limitado.
Ya no acostarse con ángeles,
ya no escuchar delgadas canciones
al borde de la cuna
y no poder tranquilamente atracarlas
en los livianos muelles
de la infancia.

Ya no poder romper las lágrimas sin causa
y una mano generosa, secándolas.
Ya no mojarnos la cara a cualquier hora
y un exacto reloj, controlándonos.

Y en esta hora
—azul y grande y honda—
inefable
casi sin palabras
madurado con lánguidos soles
estar despertándose transformado en hombre.

Hombre.
Un hombre madurado insensiblemente,
a la intemperie
solo en medio de la soledad desnuda.
Y estoy aquí
amasando estos oscuros panes agrios
frente a todos los vientos del norte,
abierto el pecho a los vientos del sur congelado
con todo mi aliento.
Tengo las manos limpias
Y en, ellas este pan oscuro y agrio.

A esta hora avanzada de ser hombre,
después de haber trotado tanto y tanto,
estoy arando la tierra
abriendo surcos.
Sembraré estrellas y canciones,
y amor
y mi ternura escogida
y mis sueños
y mi oración estremecida,
estremeciéndose.

Estaré transido
esperando que frutezcan mis árboles mejores.
Agua limpia
quiero para esta tierra cálida,
agua que corra mansamente
sobre mis valles y mis campanas,

agua para limpiar estas hojas sucias de tiempo
y de olvido.
Agua para mis grandes desiertos.
Agua para limpiar mi dolor
y mi angustia de mirar tardes falleciendo.
Agua para lavarme el alma
y las sombras que se refugiaron.
Agua clara para las manos.

Yo estoy gritando
desde la alta noche
mientras las semillas germinan bajo la tierra.

Mientras la vida
por los intersticios
fecunda los vientres oscurecidos y apretados.

Mientras allí
hay estremecimientos cálidos
un cruzarse de savias estupefactas.

Mientras alientos invisibles
estarán amarrándose.
Y estarán rompiendo paredes
y puertas
y aldabas de la tierra.
Mientras ríos sumergidos se buscan y no se encuentran.

Mientras, afuera van y vienen
vientos desesperados.
Danza una estrella solitaria en la noche girando.

Por mi gritan todos los hombres de la tierra,
los que tienen una herida en mitad del camino.
Los que tienen una bandera
asida junto al corazón.
Los hombres que esperan

que amanezca más temprano.
Los hombres desesperanzados,
los irredentos.
Los que cayeron y vencieron.
Los que tienen a Dios a su lado
y se cobijan bajo sus telas blancas.

Por mí gritan los hombres de la tierra.
Todos los hombres castigados por los páramos
y por la soledad
y por el viento erizándose.
Los hombres que agotados tocan todas las puertas
de la eternidad, los hombres agotados.
Los hombres conquistadores invencibles
de sueños.
Los trotamundos.
Los hombres que al meterse las manos en los bolsillos
encuentran el puño apretado.
Los hombres que van sumergiéndose en la noche,
como una embarcación herida
con todos sus cargamentos,
dulcemente,
insensiblemente,
infinitamente.

Nicanor de Jesús Alejandro Reyes
¿santaelenese?; 1928 -

Réquiem

1967 - Hugo Salazar Tamariz, tercer lugar

A César Dávila Andrade

Junto al fuego repleto de memorias,
espectando los círculos insomnes,
un anónimo dios deja su huella
y sollozando de retraimientos
se conjuga la sangre desarmada
con el filo imposible de la náusea.
El día, acicalado, se le viene
como los hondos perros campesinos,
y una mala palabra le sustenta
en el líquido andamio de su anhelo.

Todo de sed es hecho a semejanza
y alguna vez de triángulo o de trigo,
algo vuela en el ruedo del aroma
como si de la piel hiciera lámparas
para velar los pasos presentidos;
nada se opone a su mitad de llanto
cuando pasan los indios sin sembríos
mojados por el río y por la escarcha,
escarbándole el ojo que no sueña,
llamándole del nombre nunca dicho.

Con paso lento se venía lejos
esquivando encontrarse con los dientes;
miraba y remiraba los instantes
llenándole las copas al prodigio
donde aletea a muerte un conocido.
Se oyó nombrar como detrás de un árbol
–y el fruto ya maduro despedía
una substancia de niñez o madre–,
en las trastiendas de la antigua noria,
perdidos los sentidos que golpean...

Llevar la mano hasta la propia entraña
donde está de puntillas la esperanza
y asustarla como la piedra al agua...
Gritar sin voz, para el tímpano propio,
con esa palabrota que usa la soledad
cuando una cañería estalla en gotas...
Decir cosas que ajenan a los otros
entre vetas de opacos cotidianos,
cuando un hombre se muerde las esquinas
pegado a la moneda...

Las ventanas, de lejos, son tinieblas;
nosotros, la distancia imponderable
que se viene por todos los costados
con su carga de leña sin retorno;
entre hambres y besos tambalea
recontando praderas y murallas
donde agoniza el eco de la carne;
en esa luz titilan los dialectos
que como un toro inmenso se dilatan
midiendo medias noches asombradas.

¿Quién va a llamarle con la gran ternura,
quién a encararle con un dios de espuma,
quién a empujarle una camisa insomne?
No le vengan con alas ni sandalias
a contener la aorta y su sonido!
Un sol antiguo toca los portales
citándole a las horas inclementes
con el sonido extraño de la hierba
cuando está yéndose como un poco de humo...

¿Por qué decir ahora la noticia
que turba al ángel inventado anoche
cuando el demiurgo dividió el sustento
y un calcinado sexo reclamaba?

No se trata de mirar acodados
algún camino agreste, abandonado...
Era la expectación hecha pregunta,
un sí es o no es interminable
que desde cerca pareció sonido
cuando los otros iban de paseo...

¿Repasa el polvo en su talud del tiempo
o sólo roza en su enredado cráter
que siendo ser no está ni en la tiniebla?
Cara de sombra, se confunde y clama
cuando el ídolo muerde su milagro
y un círculo de plomo lo difunde,
lo anonada, le afirma y le sitúa.
Nunca sabrán los días ni las noches
por qué se tiene siete escalofríos
y un solo trago como una corteza...

El viento llega con sus ropas sueltas,
el ave se devuelve a su misterio,
la lluvia llega a recoger sus pasos
y el mar no acaba de arreglar sus citas,
cuando él se esconde en vino inconsagrado,
muerde los puños de sus apellidos,
parece un viajero en la partida,
quiere contar la hierba que le queda,
hace una estrella en su vacía mano
y nunca se parece a la llegada

Él se mojó, de noche, en lo distinto
y contó con los dedos las paredes
mientras el esqueleto le crujía
como el casco de un barco ingobernable.
Su signo perdió el hilo de cometa
entre la poca gente conocida,
que se deja pasar yendo más lejos

con un grito apretado en los colmillos,
el ojo saturado de algideces
y en el paso los círculos viciosos.

Cuando estaba en el sol de los aleros
le hacía sitio a la melancolía
para charlar con ella del idioma
que tiene la canela trashumante,
del tinte que inunda las aldeas
mojadas por adentro de amargura;
y, por entonces, todo el alfabeto
extraviaba la tinteneante llave
en la vista que afina la silueta
desesperante de la eterna música…

No lo retuvo el aire hecho paisaje
ni el pájaro de azul significado;
se echó raíz a madre impostergable
ni abrazó la agonía de su tarde
sin grillos, sin crepúsculos, sin ganas.
¡Cayó en lágrima, en hojas, en bramido
cuando la llama le cortó la sombra
y siete transparentes concubinas
le pusieron sus olorosas manos
sobre la piel a medias desprendida?

Él, que buscaba el suspensivo tiempo
de la corteza al fondo demacrado
se puso en pie tocado por la urgencia
en la voz asistida de fantasmas,
cortó la doble amarra del celaje
tiró los ecos sobre las aceras
donde el día renuncia su destiempo,
y sin mirar a otros, sitibundo,
hundió sus puños de espectral presente
mientras muchos, dormidos, continuaban…

Oh, el vino que rebasa su memoria
para forzar el lecho de los ríos
y violar la tiniebla de las piedras!;
aquel vino de júbilos esquivos
que dibujaba frutos auxiliares
con color a verano –niñas álgidas
al ponerse los sueños en la cara–;
ese vino en las tardes sumergido,
al que buscó con voz y manos secas
y extraviaba, otra vez, con labios húmedos...

Respiraba en un aire lleno de alas
con un pulmón de anonadado bosque,
sintiendo las vigilias en que ayuna
la sangre que jamás rizan los sueños.
Hacia tiempo se extravió su niño
enredado entre arduos campesinos
–de aquellos que se extraen la semilla
de entre la prieta y confundida carne–
su niño de los lívidos temblores
atorado en el ángel de la guardia.

Todo lo que en las manos le pesaba
fueron sus cotidianos alimentos:
mascar la luz, despacio, despacito,
sin que alguien viniera de repente
con la pregunta en vilo desnudada;
remiraba lo trunco y lo marchito
papa darles su ángel acosado
con un sabor a hermana aguardadora,
de aquella forma que exprimió a la duda
cuando no se cansaba de estar tenue.

Sólo él sorprendió su desperezo,
su siempre amanecer en el silencio,
su hosca condición de encadenado.

En un ágil caballo de berilo
se iba por sus campos inundados
donde un ídolo verde se ha caído
de bruces en el alma de las cosas.
siempre estuvo volviendo del subsuelo
cargado de gavillas y de angustias,
como los indios de ceniza helada...

El menos forastero de los hombres,
el vecino que llega sin recuerdos
con su intacta semana adormecida,
el que escribe su número en las puertas
cuando aún no despiertan las mujeres,
aquel que habita bajo las corolas
mientras los perros ladran cristalinos
y el polvo muele todos los contornos,
trazó la frágil línea del perfume
y por ella, en puntillas, se hizo nombre.

Sembrado como el trigo o la cebada,
madrugaba con ansias de colina,
algo de río le empujaba el canto,
un no sé qué de árbol lo elevaba,
un ventanal de viento le ponía
bruscamente de pie y estupefacto.
Cavado como pozo en el desierto,
agua de luces frescas escondía
en su rumor de cosas entrevistas
a la hora más lejana de la arena.

¿Por qué dormía sobre los despiertos
y sobre los dormidos despertaba?
Él mismo se hizo herida en pan temprano.
¿A qué llegaba siempre jadeante
si todo lo esperaba a otra hora?
Él mismo se empapaba de impaciencias.

¿Qué buscó mientras todos olvidaban
su ración mineral que a nadie alcanza?
Él mismo repicaba las campanas
que convocan la ausencia en la memoria.

Con un gesto que espanta a los espejos
el que amó se fundió de melodía;
el no llegar se acomodó en su carpa
remendada de estrellas y gorriones;
un poco de algo lo llevó hacia el límite
gris y perenne que sacude al grito.
Ahora tiene un algo de venado,
un contorno de lago en la montaña...
Nadie se asombre si percibe cerca
su carga de pasión, abandonada!

Intempestivo fue, naturalmente
y el litoral del tiempo lo mojaba;
se sabía remoto, no lejano,
con su viña encendida de promesas
donde el demonio se devuelve al ángel.
Labrador de su onírica heredad,
sabía cuándo cosechar la vida,
dónde elevar la parva de canciones,
en qué cofre guardar el fruto agreste,
la edad del vuelo, el clima del anhelo.

En un rincón, a veces, se quitaba
la piel y los recuerdos, como pétalos,
sin que nunca llegara a desnudarse;
otras veces, amargo, se emplazaba
con las ocupaciones de la muerte
que tienta con su bosque imaginario.
Dilatado y profundo, compartía
con pocos su puñado de alimento

que duele tanto al hueso irrenunciable
y que adereza el día sigiloso.

Ligado al humo, traza las mañanas
esas palabras que se deletrean
en los lejanos gallos aurorales
que hacen gargarismos de rocío
y despiertan el fondo de las flores;
comprometido con las espirales
venía a ser vecino de los juncos
que detectan el peso de las aves
o cliente al dintorno agazapado
en las plumas de olor de los naranjos.

Le debemos el beso nunca dado,
la almohada que llenamos de renuncias,
la arrodillada madre que olvidamos
al cruzar el umbral del apetito,
la plenitud de tantas maldiciones
que sumamos de noche a nuestras culpas
le debemos la piel insatisfecha,
la amante que guardamos en suspenso,
el absurdo secreto que destiñe
poco a poco nuestro íntimo retiro.

La madreselva de su pensamiento
enredada en los muros del destino
cubrió las hondas grietas del suplicio
y escondió en su dialecto de campiña
aquel inapelable veredicto
que flamea igual a una bandera
en lo más clandestino de la sangre:
porque tomado como está de ausencias
es todo un signo su delgada sílaba
excitando los potros del delirio.

Pasó de cara al frente, acumulado,
con la quimera ardiéndole en la lengua
inventando senderos y veredas
para la plúmbea huida de las bestias
que tienen la substancia de los niños;
pasó turbado, en trance de enramada
que hurga el viento con indócil mano
buscando la matriz de los olores,
fingiendo el ademán de la caricia
que adormece el ardor de los vencidos.

Ahora ya no está como nosotros:
zapatos y camisas y proyectos.
Nada de más palabras y monedas
para teñir las cosas entrañables.
Se anudó una corbata irrenunciable,
descendió los peldaños circulares
buscando la estatura de la imagen,
nubló su brazo de afiebrada estirpe
y está añejándose como los licores
en un letargo azul y transparente.

Nos quedamos adustos de quehaceres,
cada día cansándonos un poco,
clavando algo de luz en nuestras torres,
cavando el duro pan de este planeta,
saboreando el dolor que nos madura
hasta el clima dorado de la ira.
Mientras él tiene una actitud postrera,
inscrito en polvo, en ese extraño polvo
tembloroso que asusta a las mujeres
y hace a los hombres que se pongan tristes...

No le echemos en cara nuestra enjuta
ración de vacilantes inquietudes
ni reclamemos su único vestido

porque un día pasó a nuestro lado
aleteando como una golondrina…
No le pidamos cuenta de su oriente
cerrado como un templo de granito,
si fue capaz de renunciar lo útil,
de refutar nuestra inclemente búsqueda
y turbar la canción que comenzamos…

Hugo Salazar Tamariz
cuencano; 1923-1999

Espejismo del amor y su visión del mundo

1968 - Gonzalo Espinel Cedeño, primer premio

No pudo ser amor y parecía.
Ni fue el espectro de la primavera.
No pudo ser amor, pero quisiera
seguirlo imaginando todavía.

Y si no fue el amor, pues ¿qué sería?,
porque el regreso de la muerte no era.
Ya no importa lo que es ni lo que fuera
porque dentro de mí no lo hallaría.

Pero sigue viviendo en la mañana,
en el viaje que empieza en la ventana
y en todas esas cosas que he perdido...

como el ajeno mundo de la rosa,
como el río, la luz, la mariposa...
Parecía el amor y es el olvido.

Es una hoja que la quiso el viento.
El fulgor de una estrella perecida.
Es el quebrarse mismo de la vida
este olvidado amor que ya no siento.

Tiene el itinerario de mi acento
con su lejana nota conmovida
y el perfil de una lámpara encendida
que se apaga de pronto con mi aliento.

Cómo poder utilizar sus huellas
y en el nocturno de mi sangre yerta
perennizar una eclosión de estrellas.

Es una piedra más que me ha vencido
y me ha dejado con la herida abierta
en un sitio de mí que no he tenido.

Cómo poder reconstruir sus pasos
de arbusto surtidor en el vacío.
Cómo poder aprisionar un río
con las pobres orillas de mis brazos.

Yo, que ablando mis líricos fracasos
con el ángel cansado del rocío
para poder creer que ha sido mío
lo que sigo perdiendo en los ocasos.

Yo, que vivo tan sólo cuando amo
y que por no tener dónde quedarme
ni siquiera a la muerte la reclamo,

sólo tengo de mí lo que he perdido
y todo lo que nunca quieran darme...
Parecía el amor y es el olvido.

Yo, que no amo la vida y que prefiero
evadirme de todo cuanto existe
y que vivo perennemente triste,
voy bebiendo en un cántaro ligero.

Pero así seguiré por mi sendero
con el ángel vencido que persiste
Y en el alma de espuma que me asiste
crecerá mi evasión de marinero.

Me verán solamente en las arenas,
en la hierba que pisen, en la bruma
y en el frío equipaje de las penas.

Y tal vez en un ámbito lejano
que la paz con su canto lo consuma,
partiré desprendido de una mano.

Este mar que me rompe la frontera
como un suspiro azul sobre el recuerdo

ensaya un viaje pensativo y lerdo
con mi nave de luz que es prisionera.

Este mar esparcido a la manera
de un paraíso de cristal que pierdo,
está golpeando al corazón que muerdo
con mi nave de luz que es prisionera.

Cómo poder reconstruir sus vías
y volver por azules lejanías
a dialogar con la ilusión dorada...

Este mar que en mi sangre se apresura,
es una lágrima de amor tan pura
que ha rodado de mí. Multiplicada.

Se va la vida sin haber cuidado
lo que uno logra en la feroz contienda.
Se va la vida sin dejar que encienda
la llama de un crepúsculo soñado.

Y la vemos cayendo del costado
como cae de los ojos una venda
y nada nos detiene por la senda,
ni siquiera un amor arrodillado.

Se va la vida sin dejar testigo
y nos vamos quedando sin abrigo
porque el último frío nos reclama.

Al corazón le pesa lo vivido
y de tanto embriagarse con olvido,
ya nada escucha si una voz lo llama.

Escribo ahora que el dolor me arde
en toda la extensión de la ternura
y está mi corazón –lágrima pura–
cayendo de los ojos de la tarde.

Cada paso que siembro sin alarde
se desprende con toda mi estatura.
Quiero apoyarme hasta en la piedra dura
con tal de que haya un sitio que me aguarde.

¿A dónde voy despreocupadamente
dime viento que vas con tanto brío?
Quiero ser sólo un árbol de repente.

Para amarrar un verde movimiento
con fértiles cadenas de rocío
que te detengan la nostalgia, viento.

Hay tanto llanto alrededor que siento
apagarse mi voz estando herida.
La brisa es una mano conmovida
donde viaja un lejano sufrimiento.

Hay tanta soledad que me contento
cuando me habla una rama florecida,
así el dolor del mundo me convida
y estoy multiplicado por el viento.

Y hay tanta mesa triste, tanta llaga.
Tanto adiós que en el aire se propaga
con aliento de pólvora y gemido.

Hay tanto llanto suelto por el día
que mi flauta de eterna melodía,
por vivir en el viento se ha perdido.

No pudo ser amor y está sembrado
en el llanto que acusa a mis oídos.
No pudo ser amor en mis latidos
pero se hace presente en lo llorado.

Y se alza un cataclismo en mi costado
que se ahoga en la voz de los caídos

sacudiendo a mis ramas los gemidos
del Vietnam y su río ensangrentado.

Cómo regar entonces estas rosas
que no sangran y tiemblan olorosas
sin poder con la furia de la vida...

Debieran escalar hasta manzanas
para verlas brotando las mañanas
en vez de ramas, de una mano herida.

No pudo ser amor esto que olvido.
Es sólo el mar errante que me paga
volcándose en el lecho de esta llaga.
Me paga, digo, por lo que he perdido.

Será tal vez que el corazón ha sido
una arteria fluyendo que se apaga,
por eso no es un fuego que me amaga
sino un viento que va despavorido.

Será tal vez que ya no queda un sueño
porque brotan más lágrimas que rosas
y el camino se ha vuelto más pequeño.

No lo sé. Si los pájaros supieran
que los vientos propagan estas cosas,
al umbral de la luz se detuvieran.

Será tal vez que ya no queda un sueño
que podamos llevarnos a los ojos,
ni un mendrugo a la boca, sólo rojos
espasmos inflamando nuestro leño.

Será que la esperanza es el pequeño
tabique donde irán nuestros despojos,
por eso es que el amor en nuestros ojos
ya no se moja con la luz del sueño.

No lo sé. Pero vive en la mañana,
en el viaje que empieza en la ventana
y en todas esas cosas que he perdido...

como el ajeno mundo de la rosa,
como el río, la luz, la mariposa...
Parecía el amor y es el olvido.

Gonzalo Espinel Cedeño
guayaquileño; 1937-2019

Balada de la hija y las profundas evidencias

1969 - Efraín Jara ldrovo, primer premio

El gozo de la luz se hace manzana;
el sueño de la tierra, hierba trémula.
Lo más lento del aire se hace nube;
lo más ágil del agua, pez o espuma.

Lo más áureo del sol prende la espiga.
Lo más triste del cielo cae en lluvia.
Lo más raudo del viento cuaja en pájaro;
lo más sueño del hombre, en canto, en hijo...

¡Oh sueño de mis sueños, Hija Amada,
alboroto de mi alma, flor surgida
entre tantos escombros de la sangre!
¡Pequeña uña rabiosa de la vida!

Me redimes del tiempo, luminosa
arteria del diamante o del lucero.
Antes de ti, el bosque, el prado, el río;
después, el corazón, de nuevo el bosque...

No hay antes ni después; sólo este júbilo
detenido en tus ojos para siempre.
¿Qué pudo suceder antes de tu alma
o advenir después de tu sonrisa?

¡Cuánto tardaste, amor, en devolverme
la soledad gastada a manos llenas!
Monedas de pasión nunca extraviadas,
en mi canto tornáis, multiplicadas.

¿En dónde está la espina de mi infancia,
la luz de junio sobre los nogales,
el ardor del torrente, la oxidada
cimbra que en la humedad tensan las ranas?

¿En dónde están: mi corazón cansado
de tanto amar a los desposeídos,
las grandes pausas de abandono y muerte
frente al total silencio de los astros?

¿Qué se hicieron los días en que el vino
fundó la realidad con los fantasmas,
la ola de redención de la belleza
que rescató los despojos de los sueños?

¿Qué se hizo la mar, su piel violenta,
la agitación del ser cumpliendo, insomne?
¿Qué fue de la conciencia empecinada
en oponerse al mundo, que es su imagen?

El ser retorna al ser. Nada se pierde.
Lo más leve del fuego esplende en llama,
lo más denso del rayo nutre el trueno;
lo más puro del alma, el polvo, el tiempo...

Lo más frágil del alba quiebra en trino;
lo más pobre del pobre, en la ternura.
Lo más blando del ave adensa el nido.
Lo profundo del hombre se hace canto...

En dar brillo y aroma a los rosales
gasté muchas sandalias y veranos;
en otorgar murmullo a los arroyos,
rumor del corazón, flema del alma.

Todo iniciaba en mí su resonancia.
Cobrando oscuridad, como la noche
para el hilván de las constelaciones,
se apagaba mi ser, y el mundo ardía...

Nada es gratuito, si algo es verdadero.
No cuestan sólo el pan y las camisas:

más caro es el balido del cordero,
la luz del alba, de nuevo, en la ventana...

En mí fue dispersión, Niña Preciosa,
lo que tu sangre aquieta y eslabona:
la redondez del fruto no recuerda
la oscura agitación de las raíces...

Desde mis arboledas, como un himno,
el rumor de tus venas se expandía.
Mi alma soñaba a tu alma; como el viento,
su nudo de palomas desatado.

Eres yo y más que yo: eres la espuma
que torna a la inconstancia de la ola;
el desmoronamiento del aroma,
devuelto a la cantera de la rosa.

Eres yo y más que yo: en ti regresa
el bosque a ser puñado de semillas;
retornan las madejas de la nube
al susurrante asombro de las aguas.

Te prolongo hacia ayer; tú me proyectas
con la avidez del ala, hacia el futuro.
Agotas, tú, mi ser y lo desbordas
en el presente puro de tus ojos...

¡Porque nada se gasta sin motivo!
Lo más dulce del trébol se hace abeja;
lo más terso del tacto, piel amada;
lo mas arduo del alma, pensamiento.

Lo voluble del nardo huye en aroma.
Lo tenaz de los huesos pacta en lágrimas.
Lo más fresco del árbol se hace sombra;
lo ávido de la conciencia, el universo...

Quebranto y alegría, anhelos, júbilo,
vuelven al corazón donde partieron.
Pero si alguien soñó o amó en la vida
los confines del mundo ha dilatado.

Ya no es el mundo el mismo, su armonía
con recientes acordes ha acrecido.
Si vuelve la cometa, es diferente:
torna empapada del rumor del cielo.

¡Oh esencia extraña del cundir humano;
vida que sólo es vida si es más vida!
¡Oh pura agilidad siempre en peligro,
efímera extensión, sombra del tiempo!...

En hermosura y música regresa
tu imagen bienamada hasta mi pecho
de varón solitario, corroído
por el viento nocturno de la muerte.

Con sombra de paloma hice tu frente,
con peso de jazmín tus leves manos.
Al espectro del ciervo yo he creado
para que fulgurara en tus cabellos.

La oveja me devuelve la dulzura
con que aureolé su paz para tus ojos.
Para tu voz, el río me repone
su manojo de venas disgregadas...

En ti rescato lo que di a la vida:
mi niñez aventada en las espinas:
mis años junto al mar, allá en las islas,
oyendo respirar, sordo, el planeta.

¡Hija mía, presagio de la dicha!:
no la felicidad, su anuncio sólo,

la intensa exaltación que la antecede
y que, por no advenida, jamás cesa...

Nada fue inútil mientras destellaba.
Lo absorto de la piedra engendra el musgo.
Lo inmóvil de la altura se hace nieve;
el perfil de la brisa, mariposa.

Lo terco del sonido irradia en eco;
la plétora del ser, en sensaciones.
Lo más voraz del alma enarca el sexo.
Lo vano del recuerdo se hace olvido...

De queresas de mosca estamos hechos,
de obstinada pasión irremediable.
No venimos, no vamos, aquí estamos;
mientras anima el fuego fulguramos...

Sólo el amor nos salva y justifica
la indolente crueldad de la existencia.
Sólo el amor y el canto nos reintegran
lo que dimos al mundo, dilatándolo.

¡Hija amada, burbuja de alegría!,
todo converge en ti y, acrecentado,
en tierra, en cielo, en mar, en aire, en fuego,
reposa en ti, salvado para siempre...

Efraín Jara ldrovo
cuencano; 1926 - 2018

Itinerante entre los muertos

1970 - Carlos Eduardo Jaramillo, primer premio

«Yo soy el invitado que aguardábais antes de ser ceniza»
—Gonzalo Rojas

1
Los perdidos hijos de Dios

Yo estoy seguro de algunas veces
haberlo visto todo con una claridad extraordinaria
de haberlo sabido todo
con la simplicidad de quien contempla el río o la montaña.

Yo estoy seguro de mi identidad
bajo este contradictorio barro de estulticia y problemas
seguro de ser uno de los numerosos hijos de Dios
perdidos entre los hombres no sé por qué castigo
olvidada la clave que haría saltar la luz
para instaurar el día en la noche del rebaño
olvidada la clave que fortuitamente
juega a poner en nuestra frente el resplandor
la corona de espinas de los elegidos.

2
Contemplación divina a través del espejo

El día en que los espejos reclamaron su alma
el hombre supo que verdaderamente una puerta se abrió
para librarse de su imagen
sin que las complicaciones del objeto lo detuvieran.
Y como también las cosas perdieron su peso muerto
hubo una real solidaridad
entre el hombre y su pura circunstancia.
Si digo que atravesé esa puerta
que atisbé por detrás
que contemplé mi monigote
(fresco de hallarse libre)
y que el aire y la luz y la sabiduría
eran la misma cosa
pero que en el juego de la eternidad éramos aún un vivo instante
pensaríais que participé de un sueño
y no me creeríais
que luché por morir
de la divinidad
por despertar
por volver tras la puerta del espejo
y arrastrar su pobre alma recobrada al antiguo castigo.
De un salto penetré en mi monigote
hasta la frente me hundí en el corazón y gozoso de sangre
como un pequeño animal carnicero
porque estamos hechos para alimentarnos de nosotros mismos
y los espejos son amuletos
de una vacía eternidad sin apetitos.
Celebremos los dioses
puesto que no podemos envidiarlos.

3
Cabeza de rumiante

Soy lento para comprender las cosas
Y ni siquiera puedo decir:
«pero lo que entra en mi cabeza no sale».
Mentiría, sólo me queda el polvo de su ausencia
su sabor y al mismo tiempo su ceniza
a veces párrafos increíblemente lúcidos
en realidad mejorados conforme a mis inteligibles deseos,
a veces como un sombrero de mago
saco de mi cabeza
pájaros
flores
encantamientos
no la belleza de la mujer, no
esa lámpara alumbra desde afuera
su aceite es el precioso don que la recorre.
Pero la mayor parte soy terriblemente discreto.
Duermo, no sueño.
Hasta sospecho que mi pensamiento
se ha olvidado en un invierno largo.
pero mi fe subsiste. Todavía
pienso que toda cosa puede ser la aventura.

4
Desventuras de la transparencia

El día en que los hombres fueran transparentes
e imposible disimular
tras el cristal del pecho muy pocas veces
encontraríamos rosas
sino una fauna repugnante.
Aprenderíamos a convivir así
Igual que si una capacidad de visión microscópica
nos revelara virus y microbios
en la piel
y en el aire.
La virtualidad del divino soplo nos permitiría
sin embargo
ver detrás de los árboles el bosque
(Sobre la existencia de la belleza
no podré transigir jamás)
Prefiero a todo ello mis diarios ojos
que me hacen saborear el color
mi indelicado tacto que me depara el gozo
de percibir la suavidad de una piel
mi complaciente oído que separa
la música del ruido
mi animoso olfato que reivindica el jazmín en la basura
mi limitado ser
mi opacidad
mi peso
mi corazón que debe acorazarse
proteger su fragilidad
cuya secreta condición es
mi vida.

5
Pero la felicidad es fácil

Perdí para siempre la cercanía de tu piel
la mansedumbre de tu piel para mis manos que querían
llenarse de ti más que mi corazón
perdí definitivamente el viaje por el perfil de tu rostro
demorado en tu boca como un prodigio
perdí el rito y la religiosidad de la caricia.
Perder no agrega nada: no debería ser significativo.
La omisión solamente del tiempo predispuesto
el vacío a llenar nuevos aconteceres.
Es sin embargo tan penoso.
La felicidad perdida avienta, sombras malas
donde todo el contorno debía, ser radiante.
Este ha sido un castigo que no preví.
Uno espera siempre encontrar dones
cosas que se le den
libre el corazón de antiguas preciadas pertenencias
dejadas con cansancio casi con alegría.
Y era sólo dolor la irreversible pérdida
el paso que no puede volverse atrás
lo que se tuvo y era el don y no sabíamos
la ya jamás degustada dulzura
su nostalgia
su carencia infinita.

6
No hemos aprendido a ser felices

Me acuso en nombre de todos
de resumir la belleza en las pérdidas
en el dolor
de pensar que sólo morir incontables veces
valdría la vida.
Me acuso de querer significar
de querer explotar como una granada
en el corazón de los otros
y morir en el eco de esas explosiones.
Porque no sabemos contentarnos
con ser hijos del orden y no de los titanes
y nuestro amor tiende a la destrucción
como el descubrimiento de
su terrible rostro vedado.
Porque la paz es un aire que queremos promover
para que nuestros después no sufran
pero no renunciamos a la belleza
de los instantáneos padecimientos
a la posible dicha de morir como algo vagamente esperado.
No es verdad que querramos ser
felices
como peces en un cardumen
como una bandada de altos pájaros volando al sur
La idea de la felicidad es egoísta
pero la felicidad no es así.

7
Aprendizaje de bien morir

Cuando me suena el alma
como un solo de saxo lento y triste
y hago mi aprendizaje de bien morir
soportando el dolor de la certeza de los no regresos
la crueldad de la iluminación
fatal amante que se venga de los que la poseen,
así y todo
quiero estar habitado por mi música
plenamente consciente de su pulsación
del irreversible deterioro del tiempo,
hasta que vuele el ángel desatento
y despierte a la vida de las cosas
                                        y las programaciones
en las que malmuero

8
El dorado otoño

¿Por qué la idea de la felicidad
nos cae a la cabeza con la belleza, triste
de la música
nos trae ante los ojos como un paisaje irreal
el dorado de otoños imaginados?
¿Consiste en eso el dejar de ser joven:
ponerse lento
y triste?
No llegaremos a la muerte añorando las horas vividas
como un séquito de plañideras,
llegaremos con la tranquilidad
y el desinterés
de quien pagó su viaje.

9
Itinerante entre los muertos

Del tiempo que caminé por entre los vivos
queda en la raíz de mis ojos el esplendor
el sonido de las ramas del amor
en una fría y pura estación
la memoria del extasiable olor, la niebla de su música.
El país de los muertos es un breve país que no descubren
los corazones jóvenes
pero que está dentro del día
como una leve sombra por la que se deslizan
nuestros pasos sin eco, nuestras acciones sin acontecer.
Hasta que la nostalgia del ayer nos derrumbe, no la muerte
la fuerza de la vida presente en derredor
de nuestra falsa vida.

10
Si pudiéramos dar una forma solamente

Esta pura conciencia de la fugacidad
cayendo a nebulosa de ceniza
en el gran tiempo su incandescencia leve,
estas lavas de fuego y destrucciones
donde sólo el basalto testifica
y la piedra lustral del sacrificio.
¿Dónde está nuestra huella?
¿nuestra señal de dioses en la tierra?
¿la clave de esplendor y poderío?
Si fuéramos capaces, ah!, de dar una forma solamente
forma que perpetúe nuestro espíritu
            (nada que nos recuerde de otro modo
y coagule presencias destruidas)
estaríamos a salvo, reintegrados
en el ser infinito,
                                        perdidos
                                        e inmortales

11
Regreso hacia la noche

Por erosiones lentas
del largo apartamento con el dolor
disfrazado de cosas qué hacer todos los días
se me fue desgastando el corazón
la roca del pensar se me hizo arena,
vuelve a reinar viento
donde tuvo el amor verdes viñedos
vuelve la isla al dominio del presuntivo olvido
se reintegra mi yo
al Total Abandono.

Carlos Eduardo Jaramillo
lojano; 1932-

Crucigrama nocturno

1971 - Ignacio Rueda, primer premio

I

El cielo se me antoja más cercano
desde lo alto del cerro Santa Ana.
Me embarco en la ilusión de que yo mismo
enciendo con mis ojos las estrellas
a cada parpadeo, y que la noche
salpica las albercas de mi llanto
con una pirotecnia de esperanzas.

Siento arderme los ojos de la noche
de tanto escudriñar el infinito
y urgentemente necesito una
fresca ablución de luces y una brisa
a fin de despejar las dos incógnitas
de este siglo, de este hombre y de este Dios.

Diría que detecto bajo tierra,
aquí, donde se afincan mis talones,
un algo que fue historia y aún alienta
ansias de renacer desde el rescoldo.
Un tacto vegetal, como un prurito,
se me enzarza en las venas y me sube
desde la misma tierra a la garganta,
y grita y clama y llora y se retuerce
como una enredadera entre los muros
cuarteados de un pasado lejano
que aun puja por seguir sobreexistiendo.

II

Y yo, aquí, anclado
entre el cielo y la tierra,
querencia y trascendencia
enigma de mí mismo,
profeta, visionario,
queriendo y no queriendo
responder a la urgencia
del cielo acribillado
de puntos suspensivos
o a la angustia telúrica
que palpita a mis plantas.

No sé, pero algo o alguien,
efluvio, tacto o savia,
me corre por las venas
desde abajo y me increpa
el cielo desde arriba
con voz de estrellas
y tiniebla indescifrable.

III

Y la ciudad allá,
a un tiro de ojos, casi
animal dormido ahora
a mis pies, crucigrama
en el entreverado de sus calles,
preguntando o queriendo
que alguien venga a llenarle los vados
ansiosos de sus cuadras,
luz y tiniebla, muerte y esperanza,
odio, cópula, sueño.

IV

Y el cielo, arriba,
urgentísimamente,
sin dilación,
ahora.
Y, abajo, soterrada,
la infinita querencia
de reventar la piel
y gritar el entierro
escondido de siempre en sus entrañas.

V

Y la ciudad.
La miro. La remiro.
Vuelvo a mirarla y siento
que me canta la sangre
un ritmo de tristezas
y me florece un ansia
de abrazarla,
de llenarla de besos,
de escupirla.

VI

Y miro al cielo.
Me golpea en los ojos
la luz de las estrellas
como un morse fantasma
de mar a mar…
No puedo responder.
La opaca luz que brilla
en la ciudad apenas,
los cuadros blancos, ¿son
luz de verdad o sueño?
Los mismos cuadros negros
que tengo ante mis ojos
¿son tumbas o son algo
que alguien, antes que yo,
consiguió descifrar
en este crucigrama?

VII

Sólo tengo tiniebla en mis pupilas
a pesar de la luz de las estrellas
y noche sólo, oscuridad y llanto
no obstante el tibio resplandor que alumbra
algunas de las cuadras
de esta ciudad que duerme
a mis pies como un perro.

VIII

Y arriba, Dios, gritando,
y abajo, el mundo, hundido,
gritándome también,
y yo, muñeco, o visionario, o loco,
junto a este ajedrezado crucigrama,
caballo a trancos o castillo frío,
piafando de coraje
o, incapaz, afincado en mis rincones.

IX

Qué quieres, Dios?, Escúpelo en miayos,
en sismos o en sequías,
en brisa, en pájaros,
en malvas o en violetas,
en vida, en muerte.
¡Dime!
Calla, animal, historia, hierba o pulso.
Dejadme solo entre cielo y tierra
como un pájaro quieto,
o hedor, mejor, de algo que fue
y no es, o es ya tan solo
hedor y hedor y hedor.

¿Por qué me gritas, Dios?
Historia, ¿por qué me urges?
¿Por qué tanta insistencia,
tanto apremio y urgencia,
al alimón, los dos,
y pobre bestia yo,
acorralado, solo?

Agujas luminosas
de estrellas insistentes
buscan el acerico

de mis ojos saltones...
Mil ortigas me bogan.
por la sangre y me erizan
la piel de escalofríos
urgentísimamente...
–Hache, o, eme
—me susurran la brisa y los luceros—
be, erre.
suena como un bramido
la entraña de la historia.
–Animal racional
–me dice un ceibo mórbido
con voz algodonada.–
–Hache, o, eme,
be, erre.
–Hache, o, eme,
be, erre.
–Hache, o, eme,
be, erre.
–suena el eco y resuena
como un alucinante
redoble de tambores–.

¿Qué puedo responder o llenar cómo,
letra tras letra, la urgencia de estos huecos
que a mis ojos se ofrecen
como cráteres chicos
succión de rabia hoy o en erupción mañana?

X

¿Qué quieres que responda?
¿Por que has querido
que divise en la noche
toda esta teoría
de nichos mortuorios?
No sé llenarlos, Dios. No sé taparlos.
Ya no caben adentro más cadáveres.
Son tumbas, lo presiento,
son hornos crematorios,
mentira enjalbegada,
sepulcros blanqueados.

No quiero, aunque me urjas
con el rescoldo vivo
y ardiente de este suelo
en que afinco mis plantas.

Me pedís que descubra el nombre exacto,
la última pieza,
pero no he de echar yo sobre mi espalda
un hijo así que sufra
opresión y vejamen
para toda la vida.

No quiero, no me atrevo
a pronunciar la letra que lo acabe,
que lo haga ser, que nazca, que se yerga,
que camine en la vida y venga a ser,
porque me avine al juego,
otro hijo de perra.
Es mejor que aquí mismo,
en este cuadro blanco,
un pozo de petróleo
reviente la negrura
de su alquitrán espeso

y ahogue la nacencia
de quien debió haber sido.

Es mejor que no nazca alguien que,
ya en la cuna, ha de servir de abono
para flores de lis,
rublos o dólares.

XI

La piel del crucigrama
se eriza como un ántrax
de cien bocas que escupen
pus y carroña:

Biafra, Vietnam, Dachau,
Silesia, Hungría, Harlem...Aunque todo me empuje y el mismo Dios me llore
tormentas tropicales
o reviente la historia
mil archivos de Indias
no escribiré esa letra.

Que en el ombligo mismo
del crucigrama muera
como un aborto dulce
que equivocó de ruta!

XII

Y, sin embargo,
hombre,
te amo,
cualquiera,
el que pudiste
ser en esta geografía
latinoamericana.

No quiero ser tu padre, y aún así y todo,
tan entrañablemente te deseo
que de quererte tanto, casi te odio
y, antes que muerto, te quiero no nacido.

XIII

Y el juego se repite:
–J U S T I... Me faltan sólo
tres bocas anhelantes
que gritan la equidad
para todos los hombres.
Se me antoja que puedo
acabar la palabra
con una sigla que
vomita una mentira...
Cuando los hombres se odian
no puedo hacer la farsa
de escribir una C,
y una I, y una A
que insinúan uniones
y son sólo egoísmos.
Limitados o anónimos,
de una brutal presión capitalista.

Miro los cuadros negros
de todo el crucigrama

y creo adivinar
las dos alas negrísimas
de un gallinazo enorme
que encubre la miseria.
El suburbio es un llanto
y la injusticia corre
como un estero amargo
a perderse en el mar.
¡Vivan las compañías
navieras y los trusts!

XIV

–C R I S T I A... Son cinco letras.
Se afilan los lebreles
de mis cinco sentidos rastreando la pista.

El corazón quisiera explotar cien latidos
para sobrar las ansias
de esos cinco brocales que se agostan y esperan
desesperadamente
casi veinte centurias..

Y el rostro me frutece
vergüenzas sazonadas
y mis dientes se clavan
en la cárdena pulpa de los labios
como una dragadora
que removiera escombros,
mentiras y basuras
o palabras bellísimas...

Miro la altura y veo
que el cielo se me cierra
más negro todavía
ahora, cuando quisiera
oír su voz clarísima.

La misma geometría
de la cambiante Cruz del Sur se quiebra
en sendas paralelas
a flancos de Centauro.
Todo se apaga.

Hasta la misma tierra
parece que latiera en los antípodas...

No puedo, no, mentir una vez más
ante esos cinco pozos que sedientan
la verdad como lluvia suave y honda
en el mismo brocal
cuarteado por el sol y la desidia.
Se antojan a mis ojos cinco llagas
sangrantes como ayer, en este cristo
clavado al mangle y a las cañas
del suburbio.

¡Y no puedo!
Pudiera, sí, llenarlas de algodones
o entecarlas también, y sahumarlas
de inciensos y esperanzas,
de un más allá, de voluntad divina...
Prefiero más que el blanco de estos cuadros
se tiñan de carmines
y que, mañana acaso,
si tenemos redaños
de sembrar afanosos
de baches denigrantes de la historia,
sobre esos macrofundios,
verdee el trigo,
el banano y el maíz se doren,
se yergan nuevos hombres de esa cuna, y en su hornacina santa
un robot o un computer
perfore el último cuadro en blanco

del gran crucigrama de la historia
como un altar al hombre-Dios por siempre.

XV

Sube la aurora lentamente a mis espaldas.
Se va tiñendo el río de ocres tenues.
Una lanchita a remo, empeñosísima,
parece que trajera el nuevo sol
para todos los hombres, arrastrándolo.
Aún vive la esperanza.

Mañana habrá más luz
y cantarán los pájaros...

Es noche todavía.
Aún quedan muchos blancos
por rellenar.

—Pasión—

(me dan de pista al pie del crucigrama)
Y no logro alumbrar exactamente
algo que bien pudiera ser un neologismo.
A M O... es dominio, dueño,
pasión también de esclavizar acaso...
Pudiera ser, pero hay un blanco al aire
que me suena a dolor, a voz en grito,
a falta de cariño,
a no sé cuántas cosas:
a manos extendidas,
a labios entreabiertos
en espera de un beso,
a sonrisas apenas esbozadas
y cortadas a flor por un desprecio,
a humillación, desaire,
mueca, apodo, racismo...
¡Si los hombres supiéramos

rellenar este vacío
no habría guerras, ni injusticias, ni odios,
ni hambre, ni sed, ni drogas, ni rebeldes,
ni paros, ni extorsiones!...

¡A M O S del mundo, yo os invito al juego
de cambiar una letra no más a vuestro nombre!
Tachad la ESE con una cruz o un aspa
(no valen dos líneas verticales)
e iluminad con oros viejos la ERRE
redentora del Cristo pobre y bueno
que dijo y dice y lo dirá mañana:
«amaos los unos a los otros»...

XVI

Se me cansan los ojos.
Me apena haber escrito
segurisimamente
palabras que jamás
debieran haberse pronunciado:
UNESCO,
FAO,
analfabeto,
hambre.
Lucha de clases,
capital,
limosna.
Militarismo,
dictadura,
guerra.
Cáritas,
clericalismo,
reo.

Me apenan sin embargo
también los cuadros yermos

que quedaron vacíos
porque no me atreví
a jugar a mentiras.
¡Me apenan!

Y me alegra
saber que hay muchos hombres
que juegan, como yo,
haciendo crucigramas.
No conciliéis el sueño
mientras queden en blanco
tantos cuadros vacíos.

XVII

Hunde en la tierra el hierro
y siembra, y sueña un poco.
Tal vez mañana crezca,
sin haberlo pensado,
como una flor exótica,
un algo que pudieras
trasplantar al cuadrito
de nuestro crucigrama.

XVIII

O acaso tú, que ahondas
más abajo, en la mina,
pudieras encontrar
tal vez una esmeralda
verde, para esperar
cantando de alegría.

XIX

¿Quién sabe si detrás
de las mismas estrellas
no se ha escondido Dios
jugando al escondite?

XX

En tus manos grasientas,
si las sigues sudando,
ha de crecer mañana
un puñado de espigas.

XXI

Y en la ambición ansiosa
de tus dedos, que cuentan
el dinero robado
nadie puede dudar
que, a lo mejor, mañana,
te crezca una amapola,
o un clavel reventón
te nazca en la solapa
con la raíz hundida
allá, donde tú sabes.

XXII

¿Y por qué no esperar
que reviente un obús
lo mismito que un beso,
o que una grúa pueda
levantar a los hombres?

XXIII

Hay poca diferencia
entre un avión y un ángel
por las rutas celestes
de un puente de emergencia.

XXIV

También la rebeldía
debe seguir gritando.
La violencia es un golpe
amigable a la espalda
para el que no ha querido
saludar al hermano.
Y una voz angustiada
es una flor que pide
un poquito de brisa…

XXV

Un ángel mañanero
pasa tiñendo el río
de rosas y alhelíes
Y la barquita sigue
abriendo una esperanza
de sol con sus dos remos.

Parece que salpica
desde el cauce del río
dos gotas a mis ojos.
La tierra, en lontananza
se ha abrazado al crepúsculo.

Yo me embarco también
esperanzadamente
al ritmo de los remos en la historia.

Ignacio Rueda
español; 1929-2015

1972

Primer premio declarado desierto por el jurado; el segundo puesto fue para Alfredo Jaramillo Andrade y el tercero para Teodoro Vanegas Andrade.

La Paz es una niña perdida en una gran ciudad

1973 - Horacio Hidrovo Peñaherrera, primer premio

A los niños de cualquier siglo

«En este siglo resulta difícil aprender a cantar»
—Horacio Hidrovo

«Me es difícil dar noticias biográficas acerca de mi persona por una razón sencilla: yo dejo de lado mi propia vida y casi me he olvidado de vivirla, hasta el punto que nada puedo decir de ella. Y es que yo no vivo mi vida: la escribo»
—Pirandello

«Los niños son la esperanza del mundo»
—José Martí

Aunque una flor
no debería ser tocada,
hoy desearía deshojar una flor.

Entre otras cosas
quisiera abrir mi primer cuaderno.
Siempre me pregunto
dónde quedó nuestro primer lápiz
y en qué sitio
quedaron nuestros primeros pasos.

Es difícil reconstruir nuestra niñez.
Hay que tocar tantas puertas.
Regresar y caer en el regreso.

La infancia de los niños pobres
es una larga competencia.
Son pocos los que alcanzan la cuerda.

Siempre he pensado
en los niños que no pudieron crecer.

Por eso conscientemente
siempre miro hacia atrás.

Posiblemente
por la savia de los árboles
suben las vidas frustradas.
Será por eso que resulta bello
contemplar el crecimiento de los árboles.

El tiempo se va quedando
en las cosas de la infancia.
Es que nunca dejamos de ser niños.
A veces
sin que nos demos cuenta
vamos pisando los abismos de la infancia.

Resulta tan difícil
saber si fuimos niños.
A veces
Pero es necesario
recordar que fuimos niños.

Los niños pobres
tienen la forma de una lágrima larga.

El mundo de hoy
es un gran suburbio.

Los niños crecen
sobre cunas de viento.

Mis dos hermanos menores
no pudieron cumplir el largo itinerario.
Recuerdo bien
que no hubo tiempo para despedirnos.
Recibimos la posta para seguir adelante.

El asma de mi hermana muerta
es algo que todavía me persigue.
Su tos hacía llorar
la piel de las auroras.
Mi hermano menor nació enfermo.
No conoció la sonrisa.
De él sólo conozco su nombre: Gorki.
Cuando murió Gorki
mi padre se había olvidado del llanto
y nosotros nos quedamos
con las palabras guardadas.

Todo sucedió en un invierno gris.

Después de todo nos preguntamos
cómo pudimos salvar el escollo.

Hoy para no tocar las arrugas de mi madre
casi siempre la contemplo de lejos.
Cuando llega el domingo
la beso en la frente.

Mi infancia fue tan larga
como la tos de mi pueblo.
Por eso a veces inconscientemente
me pongo a jugar con los niños.

Yo he lanzado al viento
a los niños de mi barrio.

El rostro de la guerra

«Los caballos eran en la guerra más felices que nosotros los soldados, porque aunque ellos también soportaban la guerra como nosotros, por lo menos no se los obligaba a creer en ella. Desgraciados, pero libres los caballos»
—Celine

«El mundo nos ha dejado como herencia una guerra por dentro»
–Horacio Hidrovo Peñaherrera

No es que me asuste la guerra,
es el hecho que me disminuye.
Cuando pienso en la guerra
creo que todavía no hemos crecido.

Con la mano derecha
aprendimos a escribir.
También la guerra
se dispara con la mano derecha.

No hay duda
que un Marsault
nos grita por dentro.

Deberíamos comenzar de nuevo.
A veces es bueno retornar.
Volver
y descansar sobre el pasado.
Un cuaderno para dibujar.
Un lápiz para escribir.

O cultivar la tierra.

Manos que siembran
serán siempre manos puras.
Manos que cosechan

serán siempre manos limpias.
Y las manos limpias
se pueden mostrar.

Retornemos al campo.
Crucemos los ríos de la infancia.
Recibamos el viento
de los cañaverales.
Dejemos que se acerquen los pájaros.

La naturaleza nos hará de nuevo buenos.

Hoy no quiero que me hablen de Vietnam
porque ayer estuve llorando por Vietnam.
Estoy a punto de que me estallen los oídos.

Hoy no.

Mejor es abrir la puerta.
Escapar.
Salir a la calle.
Caminar libremente
sin apresurar el paso.
Respirar
hasta llenar los pulmones.

Quisiera extender los brazos.

La guerra está en nosotros mismos.
Por eso quiero escapar.

Si lloviera hoy fuera mejor.
Me mojaría con la lluvia.

La lluvia se parece a un hombre bueno.
Hoy más que nunca
quisiera llevarme la esperanza de los ceibos.

Sería bueno subir a la colina.
Contemplar el valle.
Irme imaginariamente con el río.
Algo mágico tienen los ríos.

A las seis de la tarde
pasan las golondrinas
y el viento nos deja una caricia.

No me detengan.
Desde un sitio verde puedo pensar
que el mundo de la mañana será bueno.
Ya no estaremos presentes.
Es cierto.
Pero estarán presentes nuestros hijos.

Natacha

A mi hija Natacha
que llora cuando se muere un perro.

Perdóname Natacha.
Hoy no pude contestar tus preguntas.
No me preguntes
por qué mueren los niños.
Mejor es que sigas jugando.
Es una buena manera
para que los niños ignoren muchas cosas.

Natacha tiene siete años.
Es el juguete alegre de la casa.
Me dice que no quiere crecer.

Natacha, mi hija menor,
se duerme con las muñecas.
Y cuando llega el domingo
se viste como las muñecas.

En Vietnam
los niños no tienen ni tiempo ni edad.
Crecen y no crecen.
No existe la palabra ternura.

La letra *a* de Natacha
se parece a la letra *a* de mi padre.
Mi padre dejó una ternura guardada
para mis hijos.
Hoy mi padre no es un recuerdo.
Es el amigo que siempre regresa.
El señor que entra sin golpear la puerta.

Las manos de mi padre
cultivaron el rostro de los niños.

Carta de Natacha al hermano distante

«Si no existiera la palabra hijo, buscaría una nueva palabra.
Una palabra que sea pura como el viento»
—Horacio Hidrovo Peñaherrera

En cada hijo nuestro
el hombre universal
se prolonga:
nuestra palabra,
nuestra vitalidad.
Pero sobre todo,
en cada hijo nuestro,
hay una vida renovada.

En el otoño
las hojas caen
pero vuelve la tierra
a nutrirse de ellas.

Ningún árbol muere.
Cuando cae
las raíces quedan sobre el viento.
Y nosotros
nos nutrimos del viento.

La carta

Querido hermano:
Te escribo
porque estoy triste.
Si en Alemania hay muñecas,
no te olvides de comprarme una.
Una de trenzas largas.
Te cuento que mi hermana
no quiere jugar conmigo.
El gato se murió.
Yo jugaba con el gato.
Elías, mi compañero, se murió.
Mi madre nos compró flores.
Yo no quiero morirme.

Te besa,
Natacha.

Un niño se ha muerto en la ciudad

A Elías Velásquez,
que teniendo piernas no pudo caminar

Cuando pasen
el cadáver del niño Elías,
por favor, me avisan para esconderme.
Y si alguien pregunta por mí,
digan que no estoy.
Digan cualquier cosa.

Aquí también hay otro Vietnam.

La tarde siempre cae en la ciudad
con el entierro de un niño pobre.

Los niños por instinto
detienen el juego de la pelota.

Poema a un niño paralítico

Estoy seguro niño Elías
que en tus manos
hubieran sido más bellas las cometas
y que en tus piernas
hubieran muerto todos los relojes.
Estoy tan seguro,
como el beso tierno de Tatiana
que tiene la ternura de la hierba,
que si algún día hubieras caminado
hubiera sido más roja la protesta.
Sí, niño Elías.
Tenía que escribir para ti este poema
porque cuando pienso que te has muerto
corro como un loco en busca de mis hijos.
¿Por qué se murieron tus piernas
niño Elías?
Si todavía hay caminos en el mundo,
si con las piernas pisamos las auroras
si hay que saltar todas las barreras
para que el pan llegue a nuestra puerta.
y pensar que te mintió el maestro
diciéndote que los niños nunca mueren...

Los niños

«Es muy difícil saber lo que sucede en el cerebro de un niño;
pero es imposible saber lo que sucederá en en él»
–Bernanos

Una pelota de todos los colores
va rodando por la calle.
Un niño la persigue.

Sobre las casas humildes
están volando las cometas.

Agosto se parece a los niños.

El circo ha llegado al pueblo.
Desde los barrios humildes
parece un regalo del cielo.

Esta Natacha es grande.
Cada vez que pinta
hace una escalera al cielo.
Cuando está triste Natacha
pinta el Sol de color gris.
Esta Natacha es grande
cuando se va a la escuela
va saltando por la calle.

Vietnam me duele por dentro…

Epitafio en Vietnam:

Aquí murió un niño
con una pelota en las manos.

Conmigo mismo

«Es menester que los hombres tengan ideas, suele decirse.
Yo, sin negar esto, diría más bien: es menester que las ideas
tengan hombres»
—Unamuno

Si me dieran un sitio
sembraría un árbol.
Y si lo viera crecer
entonces sería más bella la vida.

El mundo de hoy
es un estado de sitio.

Los niños quisieran saltar la muralla.
Trepar el horizonte.
Contar las estrellas.

Hoy quisiera respirar fuertemente.
Respirar mientras camino.
El viento de la tarde
me limpia la cara.
Quisiera en verdad
cruzar el camino más largo.
Pero más allá hay una muralla.
Y más allá hay otra muralla.
Siempre hay algo que nos ataja.

Cuando pasan las aves
pienso en las ciudades.

Las torres de la catedral
son blancas por fuera...
De pequeño me parecían inalcanzables.
Para entonces
yo era un niño enfermo.

Las noticias del cable

«Nadie puede corregir bien una cosa mal hecha»
—Aristóteles

Un hospital de niños
fue bombardeado en Vietnam.
Mañana Bob Hope
hará reír a los soldados.

¿De qué color
será la muerte de los niños?

Por equivocación
una escuela fue bombardeada en Vietnam.

¡Siempre los niños!

A veces se mueren
sin conocer los colores.
En Guayaquil
a un recluso le preguntan:
¿De no ser persona
qué hubiera querido ser?
–Pájaro, porque aunque hubiera tenido
mala suerte
de caer en los hilos de una jaula,
me hubiera quedado el consuelo de silbar.

Cassius Clay no fue a la guerra.
Cassius Clay se quedó sin corona.

Cuando Cassius Clay llega a una ciudad
recibe flores de los niños.

Decreto contra Cassius Clay:
Te sentenciamos a perder por dos años
Los derechos de ciudadanía.

Decreto de los pueblos del mundo
a favor de Cassius Clay:
Te declaramos ciudadano universal.

Declaración de los niños vietnamitas:
¡Gracias, Cassius Clay!

Los niños que no saben escribir
dibujan una paloma blanca.

¿Cuántos niños vietnamitas
te deben la vida Cassius Clay?

Un soldado norteamericano
perdió la vida en el aeropuerto de Da-Nang.
Regresaba a su patria
en goce de vacaciones.
En la mano le encontraron
la foto de su hijo James.

Paz en la tumba del soldado norteamericano.
Pienso que también fue un niño...

Consigna sobre un muro:
Por cada soldado
que no vaya a Vietnam
crecerán cien niños.

En corazón de un barrio

«No hay más que una manera de felicidad: vivir para los demás»
—Tolstoi

Un pájaro solitario
pasa silbando en la tarde.

Para un niño que ha muerto,
flores blancas.

La tumba de mi padre
tiene siempre flores rojas.
Es que mi padre vivió protestando.

Se ha muerto La Negra Dolores,
la lavandera del pueblo.

«El progresista» del pueblo
se ha muerto con cáncer en los huesos.
En la vieja catedral
habrá misa de cuerpo presente.

La hija de La Negra Dolores
se ganó la Medalla de Oro.
De esto los diarios no dicen nada.
Discurso de agradecimiento:
Mi triunfo lo dedico
a la memoria de mi madre
que se pasó lavando la ropa de los ricos.

Cosas de la ciudad

«El hombre es algo que ha de ser superado. ¿Qué habéis
hecho vosotros para superar al hombre?»
—Nietzsche

La casa de Juan Macías
tiene cuatro paredes de caña.

Cuatro niños descalzos
juegan a la pelota.

Tres cometas muy altas
llevan los colores de la Patria.

Juan Macías no tiene jubilación.

A las seis de la tarde
bajan los estudiantes
de los barrios humildes.

Los niños aprenden la lección de memoria:
El castellano es nuestro idioma nacional...
Nuestros antepasados hablaron el quichua.
Nacional es todo aquello que es propio del lugar.

En grandes titulares:
«Seamos más ecuatorianos aprendiendo quichua».

Reflexión

«El mundo está lleno de caminos pero todos están interceptados»
—Noel Claraso

No sé por qué somos buenos a las seis de la tarde.
El viento, la hierba, un pájaro cercano.
Y desde aquí el viejo cauce del río.

Siempre fui amigo de los ríos.
Whitman tiene una voz mineral.

Hojas de Hierba es la Biblia
con la cual todos amanecemos.

Poema de un niño vietnamita

Un niño vietnamita
no puede jugar con la hierba.

Un niño vietnamita
murió sin conocer las estrellas.

Toma de mi cielo
una estrella, niño vietnamita
y anda a jugar con ella.

Toma de mi horizonte una cuerda
y anda a saltar con ella.

No podría recordar
cuántas veces he conversado con las estrellas.
Creo que hasta conocen mi nombre.

Aquella estrella que se mueve
se parece a mi hija Natacha

Y aquella que está en el mismo sitio
se parece a mi hija Tatiana.

La estrella lejana
pero que siempre regresa
es como mi hijo distante.

Y la estrella que no se lava la cara
se parece a Patricio.
Patricio es un niño que desayuna
en las calles de la ciudad.
Las colinas son los balcones de la ciudad.
Aquí me siento bien,
aunque a veces triste.

Los niños del Barrio San Pablo van trepando la loma.

No hay necesidad de un libro.

El rostro de la ciudad
es un libro no escrito todavía.

Por la colina de Andrés de Vera
bajan el cadáver de un niño.
Siempre es larga la travesía.

La pobreza de los barrios
es como una mano extendida.
Sin embargo, aquí,
podrían desayunar todos los niños vietnamitas.

En Vietnam la esperanza debe crecer
para que no sea más alta, la pobreza.

Estallan las bombas y recuerdo a Bertrand Russell.
¡Oh, Bertrand Russell, caminante de la paz,
los niños del mundo te conocen!

Mitin

«En cada mitin hay un cartel que dice algo»
—Horacio Hidrovo Peñaherrera

¡En vez de bombas, escuelas!
¡Telescopios para mirar las estrellas!
¡No apunten a los cuadernos!
¡Queremos lápices para escribir poemas!

Un alto al fuego en Vietnam
debe ser el tiempo necesario
para que un soldado vietnamita
conozca a su hijo recién nacido.

O para que un soldado vietnamita
vuelva a sembrar arroz
sobre una tonelada de bombas.

Es posible que un pájaro errante
sea un pájaro vietnamita.

Vendedor de lotería

Andan por las calles de América
Poema estremecido a un niño vendedor de lotería

Las calles abren sus pestañas con tu grito
y no hay reloj que apague tu voz.
El miércoles te lanza piedras en el alma
y a las seis de la tarde te arrimas al silencio.

Multiplicas tus sueños con billetes de viento
y tu grito es una moneda gastada
que cae a tus pulmones.
Llevas en tus manos la suerte de los ricos
y en tu camisa rota el salario de los pobres.

La esperanza tiene un sólo idioma

Mañana podremos correr con los ojos cerrados.
Y de seguro que no tropezaremos.
Saltaremos como grandes atletas
los horizontes del mundo.

Pero hoy
debemos apagar la garganta de la guerra.

Mañana como de costumbre
besaré la frente de mis hijos.

Comprendan bien,
es una manera de besar la frente
de un niño vietnamita!

Epílogo

La guerra es lo único que no cambia de máscara.

Horacio Hidrovo Peñaherrera
manabita; 1931-2012

Ciudad nocturna

1974 - Rafael Díaz Ycaza, primer premio

I Declaración de amor

¿Desde qué soledades y apagando qué lámparas
vienes, oh doncellita pescadora, a llorar en el puerto?
¿Con qué redes te cubres y en qué manos recoges tus lágrimas
con peces oxidados
en el salado, en puerto nuevo, en la tahona?
Corre, oh despareja a la que nadie alcanza
en la carrera sin fin hacia sus bodas
con la desilusión
nada sobre las aguas del deseo que no espera
ciudad partida en dos, lamida en dos
orinada por un cielo enemigo que no puede enturbiarte
mordida por un perro cansado de ladrarte.

Pereces y renaces cada día, Guayaquil
en tus collares de prostitutas ofreciendo sus frutos no prohibidos
y en tus niñas que van al kindergarten.

Bajas cantando al sur con peregrinas
con anís y genciana
y desnudas tus pies sobre la hierba.

Corres, entonces, mía
en el pecho vibrátil
en la poma
en el ombligo centelleante
en el perfume de los hombros
y sonrisa
y regresos
y alguien canta
canciones de una edad con pan y con regresos.

Pero giras al este ¿en qué mareas se enreda tu melena?
¿En qué turbión tu ala entra y sale
amor desamorado

naciendo y pereciendo
en escasos segundos de placer?

Y sales a los muelles
de podridas, de rotas y quemadas
y a los mástiles sin zarpes en donde el alcohol
y los hijos montan igual cabalgadura
donde gime el desventurado de manglaralto, de la puná
de salinas, de la isla trinitaria
donde sexual, donde olvidado
duerme su embriaguez.

        Balandra de la noche
                        no partirás
        Esquife del retorno
                        no volverás.
        Balsa del nacimiento
                        sí morirás.

Entre vacas –¡ay alma!– perseguidoras y sedientas:
bolívar, el menor
y celso, el que lloró en la barriga de su madre
y celestita, de apenas dieciocho años –de parir–
entre zapatos chullos y corpiños de tres tetas
seguirás inmutable, soledad
adherida al cantante
malecón de mi ciudad amada
navegante del alba, jugadora de cartas y de naipes marcados
con cuánto amor, con cuánto amor, con cuánto
                        olvido
con cuánto amor, con cuánto amor, con cuánto.

II Los francotiradores

Ciudadano del hambre: ¿Cuándo terminas de pelear?
¿Cuándo, soldado? ¿Cuándo capitulas?
¿Cuándo dejas de guerrear contra todos?
Luchando vienes
contra las pandillas del conchero
y de las cinco esquinas.
Corres desde la avenida olmedo: piedras
lanzas de madera
palos, puños, lágrimas
chalacas.

Vienes a pelear de barrio a barrio. Desde el camal
hasta boca del pozo, pedro castro, rafael carbo, luis andrade,
napoleón sánchez. Vienes de barrio a barrio, contra gómez y pérez
y narváez
y puntapiés y ¡ay mi madre! y ¡lo mataron! pero sigues peleando
machamente, ciudadano del mangle
contra los gobernantes que te patean el ojo
y contra los carabineros del viva arroyo.
Niña de la mañana del agua de goulart
vienes peleando desde la noche del conquistador
hasta la madrugada de enterrados y padrastros
contra los patrones: cocineras con hijos no queremos
trabajadores enfermos no queremos
niñeras con muchachos no queremos
cuando nacía, cada mañana, un hijo
condenado por siempre a que no lo quisieran
el señor empresario
el señor alcalde
el señor cónsul.

Ave sin reposo
desde entonces peleas: chapetones con cielo no queremos
soldados no queremos, patrones extranjeros no queremos

y era una balacera
repetida –¡ay; me dieron!–
salve –jesús– mío dónde andará el muchacho
navegando entre espadas, volando entre cometas de disparos
comiendo su menestra de quinces de noviembre
de veintiochos de mayo y tres de junio.

III Las interrogaciones

Hombre: ¿de dónde vas y adónde vienes? No importa
si corres o caminas, si subes o si bajas
tú siempre caes al fondo de la ciénaga
en Treinta y seis y Portete
en Calixto González y en la Cuarenta y dos
sin velitas de sebo
tú siempre desfalleces en medio de la noche
sin el jarabe para el más pequeño
ciudad de Guayaquil.

Hombreciudad, hambre del extramuro
caminas hasta el centro con las procesiones
portando cirio y lágrima
mordiendo cielo y ángel
llevando la custodia de la virgen santísima
y los andamios de los santos padres
¿pero quién te protege, si todo se halla en contra
lápices de matar, sotanas de ayunar
fusiles de cegar
tribunales, pupitres?

Pescador del salado
ostionero del este y el oeste
sales con tus banderas a recibir a «el hombre»
que salva cada día al hijo tuyo
corres ilusionado con trenzas y petardos
dices viva centellas, viva moya, viva velasco ibarra
viva, maldita sea, viva la muerte.

¿Adónde vas, adónde vas, adónde vienes
si subes, bajas, corres como un tren de cuerda
sinfín-sinfín-sinfín
¿adónde vas, adónde vas, adónde?

IV Los regresos

Cuando te conocí
corrías persiguiendo al carricoche
de Chile para el sur
con trenzas y con faldas. Doncellita
no te vi más así
pero tú eras la misma, Guayaquil, chiquilla vieja
corrías en mi pecho
persiguiendo al tranvía
y subías al cerro
y trepabas conmigo al inalámbrico.

Te encontraba en los barcos y bahías por donde yo pasaba
respirabas en las tarjetas postales verdaderas
animadas con ángeles de overol y uniforme.
Ibas a todas partes con tu blusita de cemento
enfaldada de bálsamo y guachapelí:
con tus pechos de pan
para comer entre dos y entre doscientos mil.
En cada libro saltas con nombres ya perdidos
con los desnudos pies llenos de cielo
con las manos de la núbil hortaliza.

Sales y entras en mi alma, y soy de nuevo el chico de comprados
que pese al no te quedes
asómase a la orilla y sueña con su tío julio verne
y descubre los pájaros azules
del brazo de su abuelo josé conrad.

V Al que vela

Cera y humo amarillos, ¿por qué nunca sueltas tu rueca, muerte?
¿por qué señalas siempre a los que tienen sueño?
Vienes a los terminales en que viajo
al espinazo andino
y siento que te arrimas junto a mí
toda la madrugada.
Y mientras cabeceo la soledad y el miedo
y la desesperanza de saber que no hay nadie
al otro lado del abismo interandino
espías con paciencia a que resbale
desde el sueño primero hasta el final.

Mas, no caigo en las trampas, barajista:
todos mueren
de perfil, todos duermen de mentirijillas
todos sonríen mientras están llorando
bajo la macilenta luz de los andenes
con botellas de vino ya escanciado.

Terminal: entre tus bultos de cebolla
Pedro Tupimarca y Juan Condora
en medio de tus cajones de naranjilla
Nelson Guaricela
duerme la soledad de Guayaquil.

VI Calle dieciocho

Soledad de los números impares
soledad de las lámparas cegadas
yo pregunté a los ojos
clamantes
a los oídos con el sello
a las pestañas con la cera
final.

Y era la noche del mariguano
y era el amanecer del que espera sin tregua
en el portal de la bebida
a que se abran las puertas que deberán cerrarse
en mitad de su cuerpo.

Gárgolas, máscaras, unicornios:
en vuestras manos molidas
pasa como un extraño mi esqueleto
mientras el universo, el telégrafo, el expreso
golpean con sus noticias el regreso a la vida.
¿Cómo saliste, oh desasosiego de las pálidas lumbres?
¿Cómo giraste en donde todo era desconsuelo?
¿Cómo lloviste en donde sólo tierra?

Sillares de ortodoxia
recovecos en los que siempre escóndese
arrincónase, acéchase, persíguese
en los que siempre el pólvora, la cuchillo, el muerte
en los que siempre llora el idioma y pónese
trajes de levantarse, a la hora del sueño
entrañas de mujer cuando se es hombre.
En los que todo alrevesado, patasarribamente sollozante
calles dieciocho, cuenca, diecinueve
alegría de las flores del estiércol
corriendo de la vida hacia la muerte
con lámparas oscuras

con hombres que al hacer las cosas las olvidan
que en vez de amar, aletean
en los espacios del placer ensombrecido.

Oh, girasol - detente
vivo todavía, mientras el ángel llora los decesos
herido, desvelado, el solitario
del boleto que no era para él
caminante olvidado del camino
en la noche de hierros y mandíbulas. Con desamorados
que ávidamente arañan el amor
como ciegos totales enhebrando una aguja
para zurcir el traje de la boda.

Rafael Díaz Ycaza
guayaquileño; 1925-2013

Crónica

1975 - Manuel Mejía, primer premio

¡Canta piedra tu himno de reposo
en manos del artífice!
¡Canta poema la suave melancolía
del descenso!
¡Canta pájaro la búsqueda de la permanencia
del viento!

Tiempos hubo en los que el canto celebraba
el júbilo del alma.
Tiempos hubo en los que el alma ensalzaba
la pureza del vértigo.
Tiempos hubo en los que el viento enaltecía
la singularidad de la criatura.
Tiempos hubo en los que la criatura se asombraba
de la magnificencia del ser.
Tiempos hubo en los que el ser era una y misma cosa.

Sí, Ulises. El canto es el mismo aunque el eco sea diverso.
El marino lo oye. Lo oye la ola que riza sus cabellos
al compás de las manos que tejen y entretejen nuestros sueños.
Lo oye el caracol que se refugia en su cárcel
y el aprendiz de navegante que salpica sus brazos
con tatuajes de manchadas figuras; lo oye el pez
de pensamiento inviolable el árbol
que se inclina al borde de la ruta, el polvo del camino
que hacina pisadas de una eternidad vacía.
Lo oyes tú que desconfías de las sirenas y de sus triples dones
allí donde el mediodía pestañea inconsolable
y la tela persigue la obstinación de la mano.
Sí, Ulises: canta ahora lo que el corazón
amordazó de pronto.
Tiempos hubo en los que la lluvia regaba las miradas
descubriéndoles el mundo.
Tiempos hubo en los que el mundo conformábase
con susurrar sus quejas.

Tiempos hubo en los que las quejas salmodiaban
sus cantos disconformes.
¡Canta viento la encontrada pasión
de las almas!
¡Canta luz el desfallecimiento del alba
en las dimensiones del día!
¡Canta espíritu la suave modulación
de las palabras!
¡Canta poema la palabra que engendra el mar
y el espejismo de su sueño!
¡Canta corazón la intemperancia del amor
y las sordideces del alma!
Sí, Proteo: el rostro es doble como
el alma es múltiple. Las manos que avistamos
despidiéndose son las recibidoras
del recién llegado: el gesto es parecido,
la mirada es igual, las palabras idénticas
pero la emoción es torpe. El ave va y regresa
y no hay instante en su acto. Volar, para ella,
es vivir: su ojo permanece y su voracidad
lo mismo. Sí, Proteo: uno y otro rostro
miran hacia atrás y hacia adelante desde
un mismo punto inmóvil. Llegar
es partir y detenerse es continuar
en progresiva duda. Sin ser tú
la forma permanece para cambiarse en hoja:
la huella ya no es ni el pie tampoco
ha sido: los dos son pura excusa de un devenir
perenne que yace desde siempre en el pasado.
Sí, Proteo: mirar es ver dos veces
y desdoblar al mundo en infinitas parcelas
sin descubrir a los dioses ocultos. El acto
es inmutable aunque el gesto sea equívoco
y el alma la orfandad de un presente variable.
Canta tú a la entrañable similitud

de las palabras que dejaron de ser
para fecundar el poema.

Tiempos hubo en los que la sangre regodeaba
las manos del menos feliz de los mortales.
Tiempos hubo en los que las murallas
cedían al grito menos puro.
Tiempos hubo en los que el guerrero
apacentaba los trofeos del sueño.
Tiempos hubo en los que la violencia
era un don que germinaba mieses.
Tiempos hubo en los que el sabio
eludía el laberinto de papiros.
Tiempos hubo en los que el sacerdote
reinaba en la solidez de las pirámides.
Tiempos hubo en los que morir
era vivir dos veces.

¡Canta hormiga el riachuelo
dulce de la miel!
¡Canta abeja el concierto matinal
de la colmena!
¡Canta pescador el recuerdo-meditación
de la palmera!
¡Canta hombre la revelación
de tu sino!
¡Canta poema el desenvolvimiento
y la hartura de la frase!
¡Canta frase la admisión del instante
en la infinidad del goce!

Sí, Orfeo: no escuches. El ruego plañe
los goznes del alma en imprecación ostentosa.
Te llaman. Llaman al corazón que desfallece
de dicha en tan estrecho círculo. Llaman
a los bajeles que marcan la tranquilidad

de las aguas, al ganso que pasea entre el capitolio.
y la rosa, al niño que atisba su mirada
en la pelambre de la noche. Llaman sin cesar
y los gritos enmudecen a otros gritos
que recorren la sangre. Sí, Orfeo: no escuches.
Su voz no es su voz; su llanto es la azulada llama
que constriñe al desierto a desplegar sus velas.
El mar avanza, la roca cesa de gimotear, el sauce
desparrama sus galas en ofuscado abrazo,
el pólipo traduce su insistencia
en burbujas marmóreas. No escuches:
su voz es el canto aprendido en reveses
que nos fueron amargos: el tiempo
ha enturbiado la placidez del espejo
y los dedos persiguen la bendición tardía
Sí, Orfeo: es tu canto y otra voz
y otra boca los que enzarzan los dardos venidos
de la tierra. El viento calla. El mar calla.
Tu descenso es el pretexto menos lúcido
y la aventura más corta. Ir es penetrar
sin comprender las causas. El son te salva
aunque te condene el eco. Canta ahora
a la tersa melancolía del abismo.

Tiempos hubo en los que el mar
era el escrutinio de los pájaros.
Tiempos hubo en los que la fruta
era el meridiano del gusano.
Tiempos hubo en los que el amor era
el trajín de la criatura innoble.
Tiempos hubo en los que cantar
era violar el deseo de los dioses.
Tiempos hubo en los que la mano
hurtaba el huevo en las entrañas.
Tiempos hubo en los que la pasión
era la verosimilitud del alma.

¡Canta arena la pérfida inconsistencia
del deseo!
¡Canta roble la transparencia
de las pasiones indómitas!
¡Canta hormiga la paciente
recompensa del anhelo!
¡Canta espuma el mórbido
deleite de la ola!
¡Canta cuerpo el furor
y alevosía del verano!

Sí, Tiresias: Madame la de un solo ojo
he borrado las huellas. Su gesto es inmutable.
La carta lo descifra para rehacerlo
de nuevo. Mientras tanto la desesperanza
cuece los légamos del sueño en una sola nube.
Madame ha dicho: él miente. Y yo mortal
incrédulo asiento con desgano. Sí, Tiresias:
recomponer el mundo es visión exultante
y tu ceguez es mejor guía que tus ojos. Ver,
para ti, es meditar el instante y tejerlo
en la impudicia de la porfiada araña.
Temo tu voz como antes temimos
la espada que degolló al cordero. La sangre
gime en su tormento. La sangre clama;
yo invoco el azul de las torturas
en las celdas subterráneas. Ambos
desconfiamos de lo que es y que dejará de ser.
Sí, Tiresias: la verdad
es el placer más funesto. Por él ahogamos
el sollozo antes de estremecer la cueva:
la playa es el aposento y la degeneración
del limite. Yo ignoro tu dolor de saber
doblemente y me agito como venal criatura.
Canta tú
a la luz que estremece los rostros.

Tiempos hubo en los que el gusano
lamía la vellosidad de la esfera.
Tiempos hubo en los que el recuerdo
acariciaba el ocaso de la lumbre.
Tiempos hubo en los que las manos
transportaban la milagrería soberbia.
Tiempos hubo en los que el azul
era la nostalgia de los peces.
Tiempos hubo en los que el mediodía
era una fugaz remembranza.

¡Canta agua el festín
de los cuerpos desnudos!
¡Canta hierba la sabiduría
del ciempiés moribundo!
¡Canta tierra la ceniza
de los días sobrevivientes!
¡Canta niño la alegría de la
soledad incompartida!
¡Canta hombre la sórdida
vigilancia de la estirpe!

Sí, Medea: amar es renunciar
a la lujuria de ser. A partir de su golpe
el corazón más templado tambalea porque
la sangre lo niega. La sangre es otro canto:
su soplo es irreversible y la estructura
lo teme. Sí, Medea: el amor roe el vientre
de la piedra y alimenta a la lombriz
de la angustia. El alma gime. Gime la boca
en espera de la sed que no la atormenta. Gime
la soledad desposeída del abrazo conciliador.
Gime el cuerpo desprovisto de su seno secreto.
Sí, Medea: el amor es un goce a pagarse
con moneda de doble valor: quemar
la cabellera y esparcir las cenizas es el menor

de los caminos: la pasión no transige; las manos
añoran la aventura; la boca arroja la palabra
para ventearla en dardo. Antes, vivir era amar
como el animal que pregunta lo que la respuesta
le dicte y el corazón era la menos inmune
de nuestras fuerzas. Hoy, cada acto
engendra un derrotero opuesto. ¡Medea!
Caer es la banalidad de la criatura en pos
de levantarse: el amor es otra cosa:
recuerda los hallazgos de una caricia temprana;
la hondura del silencio; la manumisión
de la sonrisa; la ubicuidad de la mirada;
el peso del vocablo grabado
en las dimensiones del cuerpo.
Sí, Medea: invoca como nos
al desertor del alma.

Tiempos hubo en los que el ojo
traspasaba la tensión del objeto.
Tiempos hubo en los que la mosca
usufructuaba de la miel del vecino.
Tiempos hubo en los que la araña
adormecíase en el baúl del recuerdo.
Tiempos hubo en los que el gusano
refocilábase en el altar humeante.
Tiempos hubo en los que la viña
abríase al cazador furtivo.
Tiempos hubo en los que la rosa
era la medianez del inocente.
Tiempos hubo en los que el viento
rozaba la insuficiencia del poema.

¡Canta palmera la añorada
somnolencia de la nieve!
¡Canta océano la salubre
opacidad de los ojos!

¡Canta jilguero la maraña
de la cabellera virgen!
¡Canta velamen el olvido
del corazón en ruinas!
¡Canta mujer el deseo
eximido de proezas!

Sí. El día bulle. De la tierra brota
el sortilegio y la templanza ajenos
a mi cuerpo. El viento arremete con
la historia y el árbol se contempla deslumbrado.
El día es el mismo y sin embargo es otro. Cierro
un ojo y la verdad se escapa a horcajadas
del instante. La nube está presente.
El abejorro del agua balbucea sus frases
de silencio. Miro rehacerse a la hoja
y me pregunto: ¿fue siempre así?
¿el caballo de la vida sólo ha tenido
esta montura? El alma importa. El corazón
no duerme porque el sueño es la realidad
más temida. No intento más. El límite
me exige transparentar las dudas
y reflejarme desnudo.
Al costado de la mano que hiere
y del instante que pasa, desfallezco.
Pero soy en este punto que es
un detenerse y un seguir adelante.
Y sigo.

¡Canta poema el breve
encuentro de las aguas!
¡Canta poema la fugacidad
del instante infinito!
¡Canta poema la alegría
tumultuosa de la sangre!
¡Canta poema la maltrecha

armonía de la palabra!
¡Canta poema la palabra
y su porfía estremecedora!

Manuel Esteban Mejía
guayaquileño; 1940-2016

Las líneas de tus manos

1976 - Claudio Mena Villamar, primer premio

I

Te hablo
sin ver el iris de tus ojos
fuera de tus elipses, continentes,
desde la playa agreste de mi envoltura humana.
Sin campanas ni salmos
bajo un cielo desnudo de arcángeles.
Te hablo
como si fueras un amigo lejano
que guarda la sorpresa de mi horóscopo
el primer día del año.
Pero cómo decirte
si yaces impalpable en el nido del átomo,
en el chispazo súbito del rayo,
más allá de los huracanes,
en el centro salino de las lágrimas.

Afanoso te busco
en el espiral del sueño y la vigilia.
Asecho tu llegada
en las pisadas del viento,
en el simple milagro cotidiano,
pero lúdico y grácil, apenas te columbro,
retornas a tus fuentes que generan
los ríos y los mares.

Acaso nos observas desde la altura
donde los niños alzan sus cometas,
azotado por vientos y huracanes
en el centro de todas las galaxias.
Quizás vienes fundido en teologías
entre el humo de antorchas milenarias.

Quizás tus ojos tristes se humedecen
con el humo que aflora de los sirios
en las noches pascuales.
¿En qué aire se detuvo tu palabra?
¿Que cábalas te absorben?
¿En qué Deuteronomio se te alcanza?
Inconsútil
tu cuerpo se recuesta
a lo largo de la línea que forma
bajo el cielo plomizo el mar inalterable.
Conservas tu misterio
en el cero infinito del Nirvana;
Buda que nos espera
piedra inmóvil
éxtasis del Samadhi.
¿Habrá un Corán que hilvane tus designios
una plegaria
un cántico
una alabanza
que tricen la distancia y desmadejen
el hilo que nos lleva al Arca de tu Alianza?
Dios ubicuo e inasible
como un soplo, una luz, un sortilegio,
dinos hoy desde tu ágora
si te hallan tus creyentes en los templos,
en las escalinatas de tus ríos,
bajo la oblicua luz de las pagodas.
Dinos si ellos encontraran tu olor de trigo verde,
tus celestes misterios y la paz de tus mares
en la osamenta abstrusa de dogmas, silogismos y rituales.

II

Al buscar tus reliquias
se me pierden certezas
y la duda
oxida los metales de una fe que se me escapa
mientras en un rescoldo de memoria
la esperanza
es manzana podrida de mis alforjas.
Por eso en este valle
enturbiado de lágrimas
voy en busca del eco
la nube
la calandria
del misterio que traza la luz en el boscaje
para hallar
la primera de tus causas.

De las cruces cristalinas
te descuelgo y
entro en mis catacumbas
pobre de sacramentos
buscando soluciones
al judaico teorema
de los diez mandamientos.
Dinos Dios
el lugar de tu morada
la luz que te encandila
setenta veces siete
el nombre que te nombra
para llamarte
cuando la higuera se consuma
en algún Sinaí de tentaciones.

Voy en pos de los ritos:
cábalas, abluciones, ramadanes,
me humedecen las aguas de todos los bautismos,
pero sigues oculto
cual sombra desvalida en los carismas
de todos los altares.
¿Habrá un rastro secreto que nos lleve
hasta el centro de tus lunas ingrávidas?
Al recodo en que alumbras tus fogatas,
a la playa de arena incandescente
donde Tú nos reservas inmóvil la llegada?
Cuáles son tus arcángeles
los labios que humedeces
los ojos que dilatas
las manos que te palpan.
¿Tras qué misterios rondas
en qué pesebres naces
dónde están tus auroras?

Por las babeles altas de tus torres asciende tu anagrama
pero ninguna lengua te delata.
En algún Himalaya congelas tu palabra
y subes por las nieves unido al Dalai Lama.
Señalános la torre de tus sueños,
el hogar que calientas a la diestra del Padre,
la paloma que encarna tu tercera persona,
el garito en que juegas nuestra suerte o desgracia.
¿Habrá una danza
un loco frenesí
que nos transporte el piélago de tu paz insondable?
Espasmos de macumba
derviches giratorios
pies que en noche incansable
de monótonos sones
bailan hasta la muerte las mil danzas sagradas.

III

El Dios de Israel, arena prometida,
terrible en tu venganza y en tus cóleras
tus semillas se pierden entre becerros de oro.
Prisionero de biblias
una nube te lleva agobiado de historias y patriarcas
mientras tu rostro emerge en las batallas
frente al pueblo escogido
porque eres
¡Oh misterio de misterios!
El Dios de los ejércitos.

Al final de un antiguo testamento
vienes desde Samaria
entre espigas de paz y miel silvestre
multiplicando panes de bondad
en el nombre del padre
y del espíritu.
Son doce pescadores
prendidos en la red de tu palabra
que nos anuncia un reino que se viene
en cada Padre Nuestro.
El amor es batalla
y empiezas a ganarla con el verbo
y basta tu saliva
para que el ciego vea.
Milagros y parábolas
no hacen más grande el ojo de la aguja.
En la sombra
acuñan los denarios
para el beso de Judas.
Te convierten en pan y vino dulce
porque una cruz te espera
sobre el Getsemaní de las tradiciones.
En el Gólgota exprimes

la esponja del martirio.
Envías un ladrón al paraíso
y cumplidos los últimos misterios
retornas a tu padre.
No hay dioses en las tumbas, Jesús de Galilea,
la espiga de tu cuerpo venció la enorme piedra.

IV

Vinieron catacumbas, persecuciones, mártires,
pero a la orilla santa de tu nombre
tu iglesia se volvió cardenalicia.
Por eso, sin la pompa de las tierras
te pulso más liviano
en la hogaza de pan que se reparte,
en la sed que se sacia
en las manos que cubren al desnudo
en los niños que juegan con tus barbas.
Tu doctrina: El Sermón de la Montaña,
la mejilla dispuesta a una nueva bofetada,
ser último en la mesa del banquete
para llegar primero a tu morada.
Huir del poderoso
de la piedra del escándalo
del rezo que se reza para que otros lo oigan,
de que forniquen en vano
y no perdona
del que mata
y atesora
monedas que se deben al César.
Así, oh Dios,
pasó tu faz cristiana
y volvieron las turbas
los verdugos,
la manzana envuelta en serpiente,

el trasiego del odio en nuevos odres
el aliento del Malo en las tinieblas.
Pasó tu era cristiana
con el rezo del ángelus
y el hambre de las fieras
se quedó sin los mártires.
Desprovisto de aureolas y cortejos de santos
quedaste de arquitecto, de Dios de los Filósofos,
de motor y primera de las causas.

En el círculo interno de tu ciencia
el hombre que creaste en mal presagio
olfateó como lobo tus apriscos.
No hay velos desgarrados en el templo
ni vírgenes que esperan con sus lámparas.
Levantamos más cruces
en el alba
el agua es de Pilatos
y no basta
para las manos largas del pecado.
En nuevos Sanedrines comparece
esa voz que clama en el desierto.
El hombre no se fía de milagros:
le sobran las probetas y los ácidos
para negar tus puntos cardinales.
A la dorada sombra del altar
vuelven los mercaderes porque no los expulsa
el látigo de tu ira.
Mientras tanto, los hijos de este mundo
refocilan y gimen en tristes lupanares
gestando en las tinieblas
las últimas monedas de Satán.

V

Quiero arrojarte un lazo corredizo
para pegarte en mi álbum y canjear tus estampas.
Entonces, desearía preguntarte:
¿cuáles son tus metáforas, silogismos y números sagrados,
si está tu ley en tablas, en círculos o triángulos,
qué haces
en los espejos que se trizan
en los mágicos filtros
en las lenguas que suben de la llama?
Debe existir un soplo,
una brizna
un círculo cuadrado que te lleve y te traiga.

Afina tu palabra
por escucharla absorto
en todos los calvarios,
retumbando en las grutas
de los siete pecados
o a la sombra de un árbol.
¿Será tu voz monólogo de paja que crepita?
¿El estampido súbito del trueno?
¿LOS PASOS QUE SE ESCUCHAN CON LOS DUENDES DEL ALBA?
¿Será acaso el silencio de una mirada larga?
¿Habrá que oírte siempre en estado de gracia
o se filtra tu voz
en los turbios riachuelos del llanto
cuando agudos puñales
se clavan en el alma?

Oigo
tu caminar por mis tejados
bajo lunas impúdicas que violan astronautas.
Presiento

tu llegada cuando miro
la ecuación que resuelven las hormigas,
cuando escucho en la noche
el rugido del viento en las rendijas
y el aullido de algún perro noctámbulo.

Oh, Dios del universo
y del rectángulo
permaneces geométrico en tu ciencia
cuando yo necesito algún milagro
que no te cueste nada
y me lleve a tus naves.
Necesito
las líneas de tus manos
un silbido
una nota
un astrolabio
una mujer adúltera
para dejar inmóvil la pedrada.
Quizá puedas enviarme
un logaritmo
un ábaco
una línea imaginaria,
el cielo convertido en lapislázuli.

Oh Dios, autodidacta,
sorpréndeme de noche en el dintel del pecado
extinguiendo luceros, modelando cariátides.
Quiero verte
traslúcido bajo el ala de un ángel
en el último grano de la espiga,
en la trémula esfera del rocío,
dibujando arco iris, contando golondrinas,

esfumando mañanas.

Descúbrenos tu juego
para buscar el aire que nos falta,
ese juego en que somos
el sueño que nos sueñas,
la lumbre que mantienes encendida
hasta el día secreto que la apagas.

En qué lunas descansas
la fatiga del sábado,
tras qué constelación escondes tus teoremas
y el secreto del alma.
Remóntanos al cáliz de la nada
a tu tibio regazo de magnolia
para encontrar la lengua de tu verbo.
Quiero mirar tus ojos y sentir tu respiro
en las dunas estériles de mi búsqueda interna
cuando no hay un «ahora» sino un «siempre»
y el mundo es de obsidiana.

VI

Quizás vienes de incógnito
en el río afanoso de mi sangre
y te advierto
en el débil palpitar de las sienes
en la sed que me abraza
en el sexo que me urge
en una arteria que estalla.
Quisiera que en tu eterna duermevela
me tuvieras atado
como un remordimiento
un antojo,
una lágrima.
De tus mil rostros debe haber uno
que al menos reconozca,
que se expanda anulando mi conciencia
para formar el mismo centro de todo círculo,
la planicie, la estepa,
el mar abierto.

Pero estoy en tus redes casi sin advertirlo,
uncido, capturado y busco tu silueta
cuando en vano la tengo
en la sombra que sigue mis pisadas
en el viento que agita los manglares del alma.

VII

Cuando
el día adelgaza su estertor de crepúsculo
y las sombras avanzan,
cuando
recuerdo todo lo vivido en un segundo intenso,
inacabable,
cuando
se despedazan las certezas
y cae
sin sentido este aire,
esta ventana
este suspiro
—polvo de realidad en el abismo—
te encuentro metafísico, fácil, iluminado, transparente,
como si antes de último y final cataclismo
un elixir me diera
sabiduría al fin,
tu santo y seña al fin
para el viaje de vuelta
que es morir
al fin.

Claudio Mena Villamar
quiteño; 1928-

Juantodonada

1977 - Waldo B. Calle Calle, primer premio

Y ahora qué haces
Juantodonada,
con la galaxia a cuestas
y la luna entre las piernas.

A dónde vas
Juantodonada,
ahora que escupiste
a tu dios y te olvidaste.

Quién eres al fin
Juantodonada,
microbio de la tierra,
patrón del universo.

Hacia dónde te mueves
Juantodonada,
ahora que ya sabes
la relatividad del movimiento.

En dónde has madurado,
así... del verdor a la flor
de la semilla al fruto podrido
Juantodonada,
general de generales.

Desde dónde llegaste,
pasajero sin permiso,
vagón de recuerdos olvidados,
Juantodonada,

fugitivo condenado por la muerte.

Cuándo llegarás a tu destino,
ajedrez del dolor y la alegría,
rastrillo de las noches y los días,
Juantodonada,
peón de un rey desconocido.

Nunca pedías
Juantodonada,
nunca pedías nada,
así caminas, caminaste... y sigues...
en el pecho la flor, en el vientre la espera
y en los ojos la distancia reflejada.

Revoloteando
Juantodonada,
en torno de la luz... ¡Cuántas tinieblas!,
tantas direcciones para el mismo camino,
cuántas lenguas para la misma angustia
y tantas, cuántas palabras para el axioma inútil...

Y nunca soñaste
Juantodonada,
nunca soñaste en la utopía de tus sueños...
cuánto trigo sembrado entre las nubes...
un arco iris como burbuja de esperanza...
y el sol de la mañana... con los rayos vacíos...

Jamás esperabas
Juantodonada,
que tu reino fuera menos que una estrella,
que el sol esté en el centro de tu sombra,

y en los hilos del espacio tus hilos enredados
y tú desenredando la libertad, Juantodonada.

Qué tamaño es tu mundo
Juantodonada,
me pregunto si es más grande que tus ojos
o si en tus sueños lo abarcaste todo
o si tienes en medio de tus manos
una flor que nunca había nacido...

Cuándo dejarás de cantar
Juantodonada,
este ritmo marcado desde lejos,
música en un pentagrama alborotado,
cuántas notas escondidas
en la fría sinrazón de los silencios...

Cuántos surcos después de tu horizonte
Juantodonada,
cuánto dolor sembrado en el desierto,
cuánto rocío por el viento sepultado,
pero después de una canción los granos ríen
y vuelven a zambullirse en el olvido...

¿Por qué tantas estrellas?
Juantodonada,
son tantos los recuerdos y no alumbran,
pero allí están... Están presentes
clavándote sus rayos de alfileres.
Y vos sigues sembrando...

Y ahora,
Juantodonada,
en la noche de las borrascas celestiales,
cuando el pecho revienta en soledades,
solo el llanto del cielo detrás de la ventana,
y en el alma el cauce seco de la vida...

La soledad es una extraña compañera...

Cómo salir,
Juantodonada,
cómo salir...
desde el ombligo en la panza de los mundos
desde la celda de las paredes de nostalgias
y las rejas de recuerdos que no fueron,
de la telaraña de cruces sepulcrales
y de tus brazos de cadenas maternales...

Cómo salir...
si todos los caminos conducen a la muerte,
¿Cómo salir?...
Ya se acabó,
Juantodonada,
ya se acabó el pasado,
ya lanza de tu espalda la inútil amargura,
aquello que no fue... que no haya sido,
por qué traes esa lágrima tan larga
señalando con dolor los azahares del camino,
camino que ya nunca lo volverás a andar...

El pasado tiene huesos, tiene piel
tangibles en el alma...

Es hora de irse,
Juantodonada,
hora de irse hacia el recreo,
hora de abandonar el aula de la tierra,
que surja un nuevo pensador para que llore...
tal vez serán los cactus los que sufran,
cada espina será un ojo taciturno
inundándole al desierto con rocío...

Es la hora de pensar que el pensamiento
hay que escupirlo a lejos.
Es la hora de los cactus...

Y nos vamos y nos vamos y nos vamos,
en qué estación me dejarás, Juantodonada,
qué nombre seré yo cuando me cambies
esta larga mortaja de alegría...

Estación de los viajes sin regreso,
coleccionista infatigable de nostalgias, Juantodonada,
como pájaro vas de pueblo en pueblo
con las alas rotas... sin motivo...

Y cuándo, cuando llegarás,
cascada de destrozadas carcajadas, Juantodonada
cómo duelen las heridas sonrientes
afluentes de la lágrima del alma.

Los niños corren sin saber a dónde,
hay tanta sed en los labios apretados, Juantodonada
tiene tanto que hablar la ansiedad en los ojos

y de tanto que decir el corazón se calla...

Nunca te preguntaste
Juantodonada
por qué los ríos no duermen en las noches
(pero si hay noches tan oscuras...),
los ríos hacia el mar
y el mar sobre sí mismo,
la selva con sus gritos sudorosos
y las montañas despiertas sin moverse
velando el equilibrio de los árboles.

Qué paisaje estás bordando
hambriento comensal de las estrellas,
araña de invisibles horizontes...
cometa a la deriva,
sin hilo entre las nubes, peregrino
no te cansas de las noches y los días,
el sol sigue bailando locamente
y después que te mira te abandona,
y la luna caprichosa...
cómo juega en las noches tropicales,
ayer como viuda taciturna
y mañana desnuda entre las olas...

Juantodonada
mira cuántas hojas en otoño
se acuestan tristemente sobre el viento
y saltan en silencio sobre el suelo
y así, sumando los silencios,
silba el bosque su silbo indescifrable.

Juantodonada
hasta la muerte ha muerto en el invierno,
estación del sepulcro interminable.
Y luego... ¡de repente!...
Juantodonada,
nacen flores con sangre de colores,
ilusiones de sol a borbotones
y la semilla que buscó el olvido
se acuerda de la eterna primavera...

¡Y otra vez las manos extendidas!
Juantodonada,
buscador infatigable,
¡Cuántas piedras doradas por tus sueños!
y tú mismo embadurnado
de ilusiones perdidas y de anhelos...

Y otra vez la esperanza,
ella se queda
o se va por todos los caminos,
se va o regresa más verde que la vida
y en vez de morirse se sonríe
y florece infantil entre las tumbas.

Y sigues en la historia,
polizonte de los espacios siderales,
adelante te vas, muestras tu pecho,
abrazas lo que nunca conociste
y juegas a la ronda con la muerte.

Y... ahora...
ahora quiero ver los frutos buenos,
tus ojos enternecidos de ternura,
tu corazón encarcelando el cielo,

Juantodonada,
no me muestres tus dientes blanquecinos,
ya bebí tanto los sueños,
ahora quiero ver tus manos llenas.

A quién diriges tu plegaria,
bonzo incinerado en el desierto,
cuántos cristos consumiste
hambriento en tus noches insaciables,
pero sigues siendo el mismo,
Juantodonada,
humilde buscador de deidades.

No te pesan los años que has vivido
sacando gota a gota desde el agua
tu imagen reflejada…
Las mentiras murieron bajo las verdades
que después serán mentiras…
Juantodonada,
gaviota en las alas de las últimas olas…

Pero… qué ironía…
bailar cuando comienza tu agonía,
embriagado ya estás, acaso piensas
que te bebes el último sorbo de la vida;
cuándo dejarás de mascar tu hueso amargo,
Juantodonada,
perro enamorado de la luna.

No te cansas de danzar,
danzante interminable,
los pies del corazón nunca te duelen,
el público no llega o ya se ha ido

y tú sigues danzando,
Juantodonada,
baila para ti, danzante, baila...

Y en la noche de las orgías silenciosas
Juantodonada,
en el grito de la piel contra los labios,
en la sed de los brazos virginales
y en medio de la noche
las tinieblas tienen la luz entre las sombras.

En la noche del amor
Juantodonada,
en la noche de los pechos y volcanes
en el grito de los grillos y el beso de las almas
y en el lecho de la tierra
las sombras van creciendo como niños.

Y en la noche del terror
Juantodonada,
la lluvia que golpea en los tumbados,
el mar como un vientre interminable
y el huracán de negras pesadillas
cabalgando sus cuchillos en tus sueños.

En el túnel de las serpientes nocturnales
Juantodonada,
en los ojos que nunca se cerraron...
en el grito gutural de las entrañas
y en medio de las tumbas...
tu alma solitaria y vagabunda...

Juantodonada
quién te habrá sembrado,

en qué surco habrá caído tu semilla,
con qué agua te regaron, Juantodonada,
y por qué no ha venido el jardinero.
Ahora quién cortará la espina de tu vida,
o quién besará la flor antes que muera,
o estás abandonado para siempre.
Cuántas lunas te vieron sin mirarte
y cuánto rocío cayó sin alcanzarte,
mas, sigues esperando, Juantodonada,
creciendo como un musgo abandonado
y sigues esperando al sembrador ingrato
esperando y muriendo,
Juantodonada,
esperando y muriendo y esperando…

Waldo Bolívar Calle Calle
azogueño; 1951-

Breves noticias de sus vidas breves

1978 - Othón Muñoz Alvear, primer premio

Por pequeñas,
por testarudas,
por frágiles
estas noticias no son noticias buenas.

Tienen manchada la piel
de su inocencia.
Incompletas las sílabas
de sus nombres.
Andan por ahí entre los Diarios
como noticias viejas.

Por estas calles íntimas
que nadie casi lee,
por el suburbio de estos versos
donde nadie se queda,
las encontré
arañado una palabra limpia,
peleándose
un pedacito de papel donde guardar
los secretos de sus vidas.

Por eso,
entre el anónimo andar
de estas palabras
y el reportaje intenso de sus rostros,
dejé que jueguen
como si fueran niños,
estas breves noticias de sus vidas breves.

El desalojo contado por un niño

Pequeña es tu voz porque es la voz
de un niño.
Pero esta voz seguirá siendo ante
el tiempo
el más bello rival que combate
a la muerte.

Por eso,
cuando la fuerza pública derribó
tu mirada,
cuando echaron abajo la esperanza
de golpe
te volviste piedra entre piedras:
pasos,
gritos,
fuego.

Cuando invadió la tos del desalojo
y tu vivienda
se volvió delito de familia,
te dieron de bruces
con la ira,
te quemaron la ternura
entre la pena,
te enredan el aire para siempre.

Nadie vio cayendo tu cometa
con la ilusión cor
tada como un rabo,
ni el trompo de tu edad girando
en torno
de la fuerza,
mientras las heridas cicatrizan golpes
con el golpe.

Si alguien por descuido tropieza
tu silencio,
no disculpes el rostro que te hicieron,
ni el dolor
de tan temprano en que te hundieron.

Y aunque tu voz
es una voz pequeña entre las calles,
ahora
es una calle más donde otras voces
enhebran su estallido
en tu frontera.

Cloaca para niños

La cloaca otra vez por todas partes.
La muy coqueta
anda riéndose en las calles,
engatusando niños,
convenciendo a todos con su risa
de inocente.
De puntillas, cualquier día
se nos mete
de sorpresa en las noticias.

Pero hoy la descubrimos,
tal como se maquilla su mentira,
tal como se nos esconde en las esquinas,
tal como anda jugando
con los niños,
mientras la gente
cae
y se resbala
hacia su boca abierta y desdentada.

La cloaca no es sólo alcantarilla.
Es el bostezo
de nuestros gobernantes.
Es la boca abierta de la indiferencia.
Es el depósito
donde fluyen
o influyen
las despreocupaciones estatales,
los olvidos provinciales,
los descuidos municipales.

Es la hedionda boca de la muerte
muerde que muerde niños,
muerde que muerde risas.
Muerde que muerde vidas.

Por eso,
cuando el niño volvió con su noticia
a rescatar su cadáver
del asombro,
la cloaca destapó su risa.

Y diariamente
desde los periódicos,
oficialmente
desde los gobiernos,
estrepitosamente desde las esquinas
se volvió a reír
de todos,
a reír con todos
y de todos.

Hasta ahora
nadie le asestó una tapa
de silencio.
Y hasta parece
que la cloaca es una costumbre
que vive entre nosotros
pudriéndose de risa!

Esa extraña noticia

Pusieron al barrio dentro
del bolsillo.
Sortearon sus gritos,
el juego,
las miradas.
Entre overoles tristes
y camisetas
pálidas
apostaron mil veces la cometa
para ver quién alcanzaba

de una vez
el firmamento.

Y repartieron las calles
y el apodo
conque persiguen siempre
a la alegría.
Entonces fue cuando cayó
su vuelo.
Se detuvo la prisa en un sollozo.
Entonces fue
cuando las duras llantas
atravesaron su voz
y sus recuerdos.
Y entonces fue cuando el amigo
intenso
se fue como tiñendo
piel adentro
como si por descuido hubiese
resbalado
para siempre hacia el silencio.

Se fue
como si se despidiera aún sin despedirse
del barrio:
de viento a viento, en media tarde,
cerró sus ventanas la memoria.
Jugando fue como se fue jugando,
entre un carro que cruza
y el reloj que se adelanta.

Y así fue
como quedó toda su infancia
a la intemperie.
Y así se fue como quedando
en una extraña

noticia
como broma.

Flash informativo

Se perdió
un mal día de esos.
Es pequeño
aunque le han crecido las penas
sin saberlo.

Debe andar por ahí
o por allá.
Se me escapó de adentro
un día
en que yo amaba.
Estuvo nueve meses
y se hizo nada.Ofrezco recompensa
de inmediato.
Cualquier información
llena mi alma.
No importa su apellido
ni su rostro.

Anda por esas calles
y no tiene
otra señal particular
que un sueño
en el perfil que yo amo.

Humo con voz de niño

Por entre la noche
devorando viento y un temor
que suelen llevarlo,
siempre abierto,
van
los muchachos de hoy
necesitando un poco más
de cielo.

Me detiene el filo de sus risas.
Me cortan el paso
sus latidos.
Campanadas de humo
tañen que tañen
en el templo de sus voces:
(«Es el viento mi broder
date brisa
gira tranquilo pana
carga y vuela nomás»).
Nomás el viento sabe de sus nombres,
de sus evaporados llantos
por la brisa y el humo,
por el miedo y la vida, nomás
el viento y la mariguana.
Y van
recogiéndose inmensamente hacia adentro.
Se van
atravesando luces de nostalgias,
interrumpiendo sílabas y cantos.

Quizá como jugando
se desquitan de su mala suerte
elevándose,
alabándose,

desvelándose
y recién naciendo otra vez, ahora
como rompiendo los cris
tales del pasado.
(«Ahora estiro la noche
para que no se acaben las estrellas
y me alumbre hasta siempre mi camino»).

Por el camino
absorben lentamente la sonrisa.
Expelen dulcemente sus rarezas.
Y fuman.
Cierran sus ojos.
Fuman y abren los caminos sin retorno
donde echan a rodar
la inconforme bocanada de sus vidas.

Inmóviles
siguen moviéndose hasta hallar
una salida.
Intercambian la pobreza
de la noche
con la ilusoria riqueza de otro día.

Y se sienten plenos
como arcoiris de júbilo,
como ave volando
sin alas
y sin garras.
Juegan.
Bailan.
Cantan
dando vueltas al aro de su infancia,
haciendo girar al universo
en torno a un estribillo.

Y este humo
envuelve a todos con su grito.
Y este grito
es toda su infancia despreciada.
Es un niño quemado en tantas partes.
Una parte que habíamos
perdido.
Por entre la noche
devorando sueños
y un latido que suelen llevarlo
siempre abierto
van
con un mundo al revés de sus palabras,
caminan sin pies,
sin voz,
sin más lamento
que su propia mirada
alucinada,
herida,
tierna.

Y sobre un invierno íntimo cabalgan,
galopan
sobre un caballo de blancas alas negras.

Amo la paz del niño

Porque alguien decretó la guerra
en un descuido de la primavera.
Porque se adueñaron de la vida
furiosos propietarios de la muerte.

Porque justificaron sus derrotas
a cambia de un reparto silencioso.
Porque echaron a rodar este planeta
sobre los polos de la sangre humilde.

Porque después de todo lo que ocurre
un niño nos llora desde siglos.
Y entonces la voz se nos levanta
a defender la luz que se nos niega.

Y se inicia el fulgor de los amantes
que sostienen la paz del universo.
La paz que dialoga con los niños
en el ancho parque de los sentimientos.

Amo esa paz que viene silabando
entre los remolinos de la infancia.
Amo esa paz que no se esconde
para decir su voz en la batalla.

La paz que viene de los pueblos
y vuelve generosa sus fronteras.
Amo la paz del tiempo humanizado
que siembra sus vocales solidarias.

El nuevo amanecer, los nuevos árboles
en equilibrio con las voces nuevas.
Amo esa paz que es plenitud y estalla
en el corazón de todos los humanos.

Amo la paz que sube desde el vientre
y se abre como flor de nueve meses.
La paz que nace y enseña a bien nacer:
la del niño creciendo en su ternura.

Un niño toca a colores

Musiquillo de pan, ojos
a secas,
cómo trepas la voz desde tu infancia,
cómo hiedran las cuerdas
de tu canto,
cómo te vas humedeciendo
de guitarras.

Musiquín sin luz, inquilino
de nieblas,
ya te estás solfeándote de hambre,
ya te estás sediento de tus dedos,
ya te estás
haciéndote ciudad, bullicio,
indiferencia.

Cantas
en multitud de sueños transeúntes,
abres tu voz
para abrazar al mundo. Y tus dedos
no alcanzan a estirar
una limosna de sol
que nunca llega.

Musiquiénsabe de dónde mismo vienes,
por cuál música escapaste.
Qué cuerdas fueron afinándote
las lágrimas.
Musiquillo de tal

aún vives aquí como un invento
de colores por nacer!

La niña de los caramelos

Sobre la madrugada
como si de un solo lado pesara más
el sueño,
te inclinas al silencio
con la resignación de un caramelo
que jamás se vende.

Pequeña sonámbula de la vía pública,
vendedora de calles, triste
ternura fría,
almendra anónima caída en una esquina,
siempre esperando cobrar un montón de lunas
y gastar
los colores que no tuviste.

El viento que transita
te despierta,
recobra para sí un cigarrillo,
una menta,
unas monedas dulces que suenan
como suenan.

Y entre el abrir y cerrar los ojos
de la noche,
en la céntrica avenida de tus desalientos,
hoy se descubre en tu charol
gimiendo
el frágil ruiseñor de tu inocencia.

Los niños también venden el cielo

Como si no los conociera,
como si sólo fueran una vieja lección
del catecismo,
o una pedrada que alguien tira
a las puertas del cielo:
yo los veo
reír,
volar,
correr.

Nadie ha visto sus alas
pero viven volando.

Por las calles saltan entre sus voces
cortas
y sus vocales largas.
Nos aletea un sonido hecho de cifras,
un número entero
lleno de sueños,
o un *guachito* de luz que nos sorprende.

Es cierto
que aún llevan su voz casi invisible
pero sus alas siguen siendo
invencibles.
Tal parece que no vendieran nada
sino que estuvieran
jugando con nosotros.

Y al ofrecerme esta suerte ciega
hoy me vendieron los ángeles
el cielo!

Balada de la niña ciega

Sentada sobre el silencio
vives dibujando sueños.

Las flores de la ilusión
te están perfumando el alma.

Ya se oye al cielo venir
como un torbellino al frente.

¿Cómo será aquel muchacho
que tú miras hacia adentro?

Dos alas de sombra cubren
la luz de tus sentimientos.

Sentada sobre el silencio
estás tejiendo tus sueños!

Los niños del suburbio

Se les mete el desgano con sus reumas
de viejo,
y en sus cuerpecitos habita
un suburbio de lágrimas.

Los veo correr,
trepar tras la pelota,
echar el sol en medio de sus gritos,
bañarse en el estero,
comer de vez en cuando, mientras
se van llenando de parásitos
el vientre.

Son los marginados,
los huérfanos sin brillo,
a los que los políticos sólo suelen
nombrarlos
cuando requieren el voto de los desocupados.

Descalzos
pueden no ir jugando hacia la escuela,
pueden no ser sino una pedrada
caída desde el cerro
de amargos accidentes.

Viéndolos
por la hendija de este siglo,
por el civilizado agujero de nuestra sociedad,
desde los más altos rascacielos
de nuestra urbe,
estos niños bien pueden ser los panes
que a la puerta de su infancia
se nos queman!

La negrita, el payaso y []

Negrita.
te voy a comprar ese payasito de balsa
que baila y baila
en tus manitas.
Nadie más sabe
del milagro que ofreces al público
mientras la lluvia cae,
mientras el invierno impide que sigas
demostrando
cómo el payasito de balsa da vueltas y vueltas
en la magia
de tu cara embetunada de asombro.

Ahora
pago por la magia de tu diario trabajo.
Y me asombra de verte
cómo estás dando vueltas y vueltas
al parque,
ofreciendo la lluvia negra de tu cara
que se mueve con pena
en este payasito de balsa.
O es que tal vez,
de milagro,
eres tú quien realmente da vueltas y vueltas
en torno de mis manos?

Intento hacia la infancia

Al otro lado del amor nace la hierba.
Crece en el polen la luz y late el sol.
Un niño al otro lado de la hierba
empieza desde una ola a juguetear.

Al otro lado... Si bien, yo la cruzara.
Si tú cruzaras junto conmigo, hermano.
Al otro lado, luz nace en las hojas,
deja en las frutas su sabor la miel.

Al otro lado de la hierba existe un día
alto de peces y gaviotas, de aire y verde arena.
Sí tú tan sólo, hermano, dejaras de golpearme
con esa voz de plomo, con ese ojo de gris,
podríamos cogernos fuertemente las manos
hasta cruzar el tiempo, hasta cruzar la vida.

Al otro lado de la hierba la aurora es naranja.
Al otro lado del amor crece la hierba.
Al otro lado, la hierba es el amor!

Flor que crece en los []

Flor que piensa en la noche.
Hilo de sueño.
Flor,
gotita de sol.
Bronce de lágrimas.
Flor y no flor descalza
con sandalia de estrella.
Flor
con sollozos puestos
como pétalos.

No hay espuma sin flor
y olas que no sean
de pétalos.
Espuma y pétalo es pez
del aire.

Flor con brazo de hojas
sostenidas por el verde.
Cada pétalo sangra
por riachuelos de naranja.

Si el azul la empapara
con su mantilla de uvas,
todo su frágil perfume
se dormiría ebrio.

Nacida flor en el tallo
del silencio.
Pedazo de carne y oro
como un pájaro
que picoteara el crepúsculo
desde el cielo.

Flor con nombre olvidado
en el labio del tiempo.

Como un reloj dando vuelta
el rocío te llena.

Flor con dos sentimientos
tiernos como las nueces.
Dos antenas que aguardan
la primavera.

El sol –como ala de añil–
raerá su polen de luz.
¡La flor mañana abrirá
su niñez de anhelos!

Lirio nocturno

Un lirio de luna sube
en la noche musical del agua.
Los peces como niños de colores
empiezan por buscar el agua.

¡Ay, qué pena! Los niños bajo el agua
como peces buscando algún color!
Mientras un lirio de luna escarba
en la noche musical del agua.

Fiesta de niños

Fiesta de las luciérnagas.
El aire, ebrio de gozo,
corre bailando y besa
los labios de las olas.

Cuánto amor en la luz desperdigada!
Cuánta maravilla en los faroles tiernos!
Cierra y abre la estrella
sus ventanas.

La luna llega abrazándose
a los árboles
mientras se alzan los ojos de la noche
que son los ojos de todas las luciérnagas.

Ya vienen, cogidas de la mano,
vienen del cielo,
por todas partes llegan.
Vienen de allá para alegrar la tierra.

Fiesta del corazón con todas sus luciérnagas!

Así como las nubes

Nubes de la noche alegre
entre sollozos al aire.

Aquí no alcanza este cielo
para tantos sueños tristes.

Nubes que vienen vistiendo
el silencio de los ángeles.

Aquí no hay noche de fiesta
que no se encienda una lágrima.

☆
☆ ☆

El viento entrega a la tierra
sus cabelleras de frío.

Por los barrios donde hay luna
hay niños sin blusa blanca.

Pequeños ojos de lirios
con dos pedradas de invierno.

Manitas que se levantan
arañando un débil grito.

☆
☆ ☆

Nubes de la noche alegre
y de la luna que avanza.

Pronto! Romped vuestras telas!
Rasgad las distancias! Pronto!

Desmigajad por los barrios
vuestra ternura de seda!

Y que estos niños se alegren
con sus camisetas blancas!

Cuentos de niños, para padres

(Los niños cuentan estas
cosas sin saberlo;
y los padres que hacen
estas cosas
no se han dado cuenta)

Puede bajar el volumen a su telenovela,
señora?
Puede apagar el fútbol de su radio,
señor?
Puede decirme ahora si hay alguien más
en casa?
La TV anuncia que hoy es el día
de los niños!
Que vamos a celebrar la «semana», el «año
internacional del niño».
Luego, un comercial.

Érase una vez los niños...
Érase una vez los padres...

Dónde vas mamá vestidos altos,
mamá taquitos altos,
mamá peinados altos?
Dónde andas
papá tiempo de amigos,
papá tiempo de fiestas,
papá tiempo sin tiempo?

Erase una vez los niños...
Erase una vez los padres...

Les voy a contar la historia
de la brujita y el cuco,
del cuco y la brujita, pero no
se asusten...

Mamá salió de casa!
Papá nunca regresa!
Les quiero contar...
Les quiero...

Erase una vez una brujita
y un cuquito...

Cuando regresen,
si alguna vez regresan a la hora,
me haré televisor,
me haré telenovela diaria,
me haré fútbol de radio, lo que sea,
con tal de que cambien
de canal,
o sintonicen alguna vez otra estación...

Sé que dirán
que soy su mijolindo, su retrato,
que soy todo su encanto
y su alegría...
Pero alguien puede decirme
¿qué programa es este?

Tal vez cuando regresen,
si alguna vez se acuerdan y se quedan
construyendo este hogar
escuchando esta voz,
por favor, no olviden el cuento
que les digo:

Érase una vez los niños...
Érase una vez los padres...

Habitación de la esperanza

Sol,
no niegues tu serenidad.

Haz que el pan llegue
a iluminar los labios.

Baja, tú.
desciende hasta el barrio
entretenido con el polvo.
Y siéntate un buen rato,
Sol,
a conversar cosillas
con los niños.
A llamar a los hombres
con tu brillo
o a secar las mejillas
de las madres.

Tú que amaneces pan
y pones pájaros
en el retorno fugaz
de cada día.
Acerca ahora tu boca
hasta las bocas
de cada habitación
descolorida.

Aclara aquí el enigma
de los rostros,
de los ancianos
y obreros
y familias
de dura voz tragada,
de manos temblorosas
y partidas.

Othón Muñoz Alvear
guayaquileño; 1945-2014

Monólogo del hombre que se quedó mirando en el espejo

1978 - Fernando Artieda Miranda, tercer lugar

I

a grosso modo
viven de soledad en grito
la contraética
la contralógica
ay del camino entre marx
y la piragua de guillermo cubillo
para rehabilitarse
es la ventolera de la libertad
la calma chicha de un vagón amarillo
en pleno corazón atropellado
nos mandamos a cambiar porque
el indio lorenzo también va a venir
aunque sea un momento
madre en este día
y no hay convocatoria más doliente que
morirse
a pajarazo
a gorrionazo limpio
a punta de aire
a vuelo de sustancia
(para los ojos cansados de mirar la
huida use murine del placer juvenil)
caído de violín
en cuerda floja
en arco de fatiga
«—vi gente correr y no estabas tú—»
llueve
llueve seco en mi dos sobremojado
llueve a conciencia
gratis
agua para curar espasmos y valginas

de sol y loquio
del sol y tario
los zapatos del tuntuneco
que bien que baila el muñeco
tienen el suing de ese camino largo
de anda y anda
vienen de recoger los pasos del che
por santa clara
por el escambray
por el túnel de raúl puntacarretas
puntapuñetas
ellos sí que se dicen al pan pum
y al tiro tiro

nosotros nos miramos frente a frente
para llorar a solas
dolor de ausencias
en el balcón aquel
esta noche de ronda

II

Hoy me has dicho que no
y me has dado en plenas matemáticas
en el mismo cuociente en que hace días
el mes se había dormido

en mi cuaderno está el dos acongojado
se me ha quedado sólido en el aire
el insecto que volaba de mí sobre mí mismo
rapazmente en mi mano leguleya

larga es la suma y el resultado triste
son tan bobos los días
hoy me da igual decirte que te amo
cantar coeficientes indecisos
o beberme de dos por tres todos
los alcoholes
lo que he sentido es fuerte
manazo

¿qué hace el uno sin su dos
el tres sin calzoncillos?
¿qué puede hacer un decimal sin respectiva coma
o la cabeza de einstein sin toda su ceniza?

esta es la quinta vez
y la anoto detrás de cada víspera
donde sin tu paréntesis
mi llave es una avispa que sobrevuela y cae

el número ignorante desconoce
el corazón del viento recorrido
hoy me has dicho que no y me he quedado
como un número uno parado en media
calle
solitito.

III

Mandrake el mago ranclea su chochez
su media luna
en el tíbira tábara final
de su existencia
y tiene listo el aire que lo ha de consumir
el triste viento que le secará la lágrima
el jorobado pómulo indeciso.

ya novamás la varita mágica de tantas tradiciones
ya no el embrujo de narda
cada y arruga
dónde mandraka la sutil
toda una señorita
mandrake está grave de mundo
pobre de ritmo
pánico de cintura
mientras baja rodando tiempo abajo

mandrake el pobre mago
se va a morir

en un rincón de la casa
lotario ríe desaforadamente

IV

De hinojos
bajo el clima feroz de las palabras
correteando a media sílaba para que no
despierten
las litis recurrentes e indeseables
había encendido el sol de un cigarrillo
me había puesto las tres de la tarde
en el sin ton ni son de la quijada matutina
juntando a pie las liendres arrogantes del
suspiro
sospechando de mí
de mi cebiche
de mi dedo amoratado y sin futuro
mi dedito
sin ninguna señal a donde señalar

sin embargo me he parado
y echado a caminar el desconcierto
balbuceo este niche que duerme bajo el ala
a pierna suelta
a brazo retenido
y lo idolatro entonces
me quiero mucho más que mi gusano y su
paciencia de santo
levanto la cabeza
y adláter de mí mismo, conspicuo,
salgo a beberme el rostro
el cómplice de bruces
malherido,
tengo la pila encendida de milagro
y la ternura de todas las fiestas ululantes
cucuyeo a mi espalda de punto en blanco
zapatos de dos colores

a ritmo y medio de pachecho y sus trompetas
efectivas

vamos a pie
guarachamente
«como arrullo de palmas»
sobre el piano de Larry Harlow
judío maravilloso
la cabeza me zumba una rumba
cuando andy montañés se suprime en el
tema
como meditando cielo a sombra

me pego el trago a borbotones
a salchichazo
a fritada elemental
y «una cabeza por favor»
«una cerveza»
que el sol resbala
por la cábala elemental de otro bolero

a crisis de canción
cheo feliciano
moreno herido en la jiba del recuerdo
huelo tu voz fantástica
a funeral de río
a cumpleaños de cuaderno
así de negro
con los ojos encinta
de pura melancolía sin respuesta

pero que siga la pachanga
la fauna fundamental de los tambores
que hay una sola sangre anacobera
caminando por todo guayaquil
a tientos
a distancias

cuervos fecundos palideciendo el día
replanteando la noche y sus verdugos
con la salsa en la piel
en la esperanza

Fernando Artieda Miranda
guayaquileño; 1945-2010

Ciento cincuenta
El juego de la nada

1980 - Teodoro Vanegas Andrade, primer premio

NOSOTROS...

los que partimos
bajo el agua y sobre el agua,
hecha de piélago de tactos bautismales,
con el esternón
doliéndonos hasta la aguja de lo inefable:
con la lengua
pronta a insultar a dios y sus escamas;
con el sexo
buscando la ferocidad en el acto más tierno;
con las manos en garra,
en puño,
o estrangulando las execrables dádivas.

Los que trajimos toda la pobreza
de abajo,
de los pantanos
sin peces y sin pan y hasta sin tábanos;
del amargo sin sal,
que es el peor de los amargos,
en la garganta,
en el triángulo del vello hereditario,
en la tierra de las uñas,
que es la única tierra
que nos repartieron aún con mezquindad.

Los que dejamos
atrás la puerta
que sólo guarda un miedo vergonzante,
y caminamos, a tiento y sobresalto,
por los sesgos
del cuchillo, del cepo y de los látigos,
del verdugo,

del juez,
y del que se amamanta
bajo el ombligo de todas las deidades.

Los que encontramos,
en los rincones de la desesperanza,
a los marcados
con las escoriaciones de todas las erranzas,
con las rodillas ahuecando el fango,
con sus espaldas pegándose a la hilacha.

Los que nos confundimos
con los que nunca, ni una vez, se numeraron,
y sin embargo
los cuentan mil y uno...
¡ah humillados hasta la astilla de los huesos!
ululantes
como aves de rapiña,
para abatirse luego
con la simple rasgadura de un relámpago.

Los que arribamos
por el sigilo de las oquedades,
con la promesa
de cercenar cabezas,
de desangrar virtudes y bienaventuranzas.

Los de todos los tiempos,
de todas las edades.
hasta aquí alargamos nuestro paso.

AQUÍ...

donde los ríos corren más largos.
porque se escamotearon
a la sed de los recién sacramentados,
de los advenedizos
con la lengua partiéndose
en el terrón umbilical de malas madres.

Aquí...
en el umbral del tiempo aldabonado
de lo que no ha de ser
ni pozo de los muertos
ni callejón de criaturas ácimas.
ni mansión celestial de adanes de rameras y de santos.

Y esto no tiene nombre.
porque se acabaron todos los signos,
todas las letras.
de la piedra, de la corteza,
de los pellejos desollados...

Y aquí
nos detuvimos,
para advertir que nos levantaremos,
reuniendo todas las blasfemias
para juzgarlos
y lapidarlos
a los que nunca más
podremos llamarlos con la voz de la sangre.
A los que con la saliva les manchamos
con la palabra les nombramos...

USTEDES...

Los que duermen con la pupila siempre dilatada.
sobre el metal que escamotearon
a los que sólo conocieron el pavor y el hambre.
Los que nunca olvidaron un paraguas,
ni el más esquivo número
en la cuenta del año atrabiliario.
ni los centavos
para burlar el ojo de la aguja.

Los que con siete llaves
guardan la sangre de su sangre.
piedra rosada,
huerto sin frutos,
cascabel en las alas de un pájaro asexuado;
niñas de apelativos.
niñas de piel dulcificada,
que juegan
con la moneda de Dios entre las sábanas.

Ustedes,
los que reparten el polvo de Caín
en medidas espantables,
para que nadie reclame de sus cálices.
de su harina de gula cotidiana,
de las esclusas rotas de su poder y su substancia.

Los que en el rescoldo de la sangre.
en la primera luz
del túnel al que nos obligaron,
echaron las cenizas del salmo,
para cegar a los que vieron,
para herrumbar la azada de los débiles,
para pulir el ombligo de los fuertes.

¡Ah cajas vacías
que se les va estrechando el corazón de las dádivas!
¡Ah silbadores
del viejo hueso de las fábulas!...
guardadores del aldabón de las divinidades;
y sus hijos,
los más antiguos habitantes,
la imagen,
el testimonio
de las calles que aún están quemándose.
Pobres demonios sin artificios y sin clámides,
corriendo tras el hilo
de un pecado que nunca dibujó
ni siquiera la curva de la fealdad.
Huérfano sin remedio
que cada noche mueren musitando:
«hoy estarás conmigo en el reino de mi padre».

Ustedes,
rostros de furiosa imaginería,
capaces de enturbiar y rendir en todos los jardines,
a los colores anhelantes de la mañana.
Ojos en los que toda distancia se vuelve tan cercana
para medir
al sin techo y sin descanso,
al caminante
que nunca halló una ciudad con tibios callejones.
Oídos por los que toda campana toca arrebato
por el que ya no tiene sitio
para decir su verdad inaplazable...
ni en el vertedero del sobresalto,
ni en los pabellones del confinamiento,
ni en los sótanos,
ni en el patio
de la ráfaga aventada del último milenio.
Manos en las que toda balanza

desborda el agua para lustrar a los culpables,
y ahogar a los suplicantes
pidiendo perdón
hasta por la inocencia de los antepasados.

Ustedes,
albaceas de todo júbilo,
invitados al vaivén de la hiedra.
Los de la tinta negra entre ceja y ceja:
los que antes del hartazgo
firmaron la sentencia
de quien, ayer no más,
codo con codo,
migaja con migaja,
partían la hermandad de la pobreza.

Ustedes,
ustedes,
ustedes
y los iguales a ustedes,
del mismo légamo,
los que nos ofrecieron
arrancarles la cuerda que les une,
más arriba
de las candelas y del viento del medioevo...

ELLOS...

los iguales a ustedes,
del mismo pus,
nos prometieron
al filo de un lenguaje con mil ecos...
nos juraron
por Jesucristo,
un hombre entre los labios al hablar de la muerte:
por Marx,
una hacha
para labrar un cielo sin dios y sin arcángeles;
por Lenin,
un perfil rojo
en la geometría de las escarapelas;
por Mao,
un continente de amor y poesía;
por el Che,
un saeta sin bandera y sin arco...

¡Ah! cuántas promesas,
cuántas intenciones,
entre los dientes,
en los puños,
y rebozando el corazón.

Pero ¡ay!
nosotros éramos los débiles...

La luz va siendo un hilo,
un puntito achicándose a cada sacudida;
y la última hendija del respiro
le cierran siete clavos,
y ya no es más,
no es más este latido.

¡Ah si la tierra abriese sus raíces!
con el deslumbramiento de sus luces ocultas.
hasta hacernos creer
que la tiniebla nunca hubo existido.
Hasta que el ritmo de lado y lado de la frente,
del amargo en la lengua,
y de las yemas de los dedos
se escarmenen.
Hasta hacemos creer que no hubo miedo,
y que arriba
los pájaros, el agua, el viento,
nos hacen buenas señas.
Hasta hacemos creer que la mano no tiembla,
y echó la piedra
y cayó sobre el espino negro.
Hasta que el lienzo que nos amordazó
y copió las líneas del llanto y la tristeza
se enrede
en las alas del pájaro que no vuelve.
Hasta hacernos creer
que la saliva y las blasfemias
fueron siquiera una sorpresa.

Pero ¡ay!
ustedes y ellos eran los más recios,
los dueños de los sucederes,
del fin de la querella,
del grito,
de la última letra de los albedríos.

Nosotros
éramos los obligados del silencio,
los sin pared y sin dinteles,
los sin vestiduras,
los sin nadie.
y al fin hasta sin muerte.

Y nos quedamos
para que otra vez
y otra vez
y otra vez
caiga y ruede y se levante
nuestra cabeza,
hasta el último cascarón de la existencia,
hasta el final encaje
de la albúmina del tiempo.

Dr. Teodoro Vanegas Andrade
cuencano; 1926-2002

Odisea de los sueños y la gloria

1982 - Carlos Villasís Endara, primer premio

(Sinfonía para ser recitada por un coro poético)

Primera voz:
¡Los sueños son la puerta para alcanzar la gloria!
En los mismos rescoldos que encendió Rumiñahui
para vengar la suerte del Gran Tahuantin-suyo
Benalcázar fundaba San Francisco de Quito.

Segunda voz:
El último Inca,
el Shiri Atahualpa,
«anocheció su vida
en la mitad del día».

Coro:
Largo dolor de la pena,
negros corceles la muerte,
con los cuchillos de fuego
ciegan los gritos de guerra.

Primera voz:
Con la cruz y la espada los presagios se cumplen,
las Cuatro Partes del Mundo sólo dolor de recuerdos.
Desde el Cuzco lejano la tierra es una herida
profunda por la sangre florecida de engaños.
Arcabuz y caballos
—desde el mar a los Andes
empujaban la fuerza con los puños de hierro.

Segunda voz:
Rumiñahui no puede
detener la conquista.
desolación y muerte
se riegan con el viento.

Coro:
Sólo la traición sería
compañera de la fuerza.
¡Nunca la raza vencida!
El Inti guarda la espera.

Primera voz:
«El Dorado»
la meta del pozo que estalla
desde el fondo infinito del mito y la leyenda,
despierta ambiciones más fuertes que los sueños:
los dioses eran príncipes que cubrían sus cuerpos
con el polvo de oro de los baños rituales
y los templos bodegas de tesoros sin cuento.
La dura geografía,
tan lejana en el tiempo,
empujaba a cumplir la ambición de la gloria.

Segunda voz:
Con Francisco Pizarro.
los Trece de la Fama.
centauros que llegaron
a dominar un Mundo.

Coro:
Cambiando los recuerdos.
engañando los signos.
fue nuevo Viracocha:
Señor de un Gran Imperio.

Primera voz:
De la estirpe Pizarro,
con Gonzalo cumplíase
su misión en la Historia.
Gobernador de Quito,
aprestaba los planes para empresas mayores.
Los destinos del hombre conjugaba la fuerza
con su marca de fuego marcando la derrota.
Impone a los Caciques condiciones extremas;
cuatro mil indios serían tributo de poder.

Segunda voz:
La mirada es el límite
que fuga en la memoria,
los Andes son los puños
que cierran horizontes.

Coro:
Ancha herida de la raza,
grueso río de la sangre,
hondo alarido que hurga
la rota piel de la tierra.

Primera voz:
Todo fue trajinar en la ciudad naciente,
del filo de la aurora al fondo de la noche
las fraguas se encendían para fundir las armas.
Contagiados por sueños de opulencias futuras
trescientos son españoles,
los reclutados en Quito.
Son miles los animales en cerdos y en llamas.
y fueron los bastimentos monopolios sellados,
que a lomo de indio sería pesadilla de distancias.

Segunda voz:
Quito antigua,
Quito eterna,

cuna de héroes y dioses,
desde el «ombligo del Mundo»
se sangra la nueva Historia.

Coro:
Con el fuego la conquista,
con el corazón la gloria,
con la ambición y la fuerza
se incinera la victoria.

Primera voz:
La expedición partía de Quito a los confines
de quiméricos pueblos.
No podría el futuro descifrar la aventura.
Sin rutas conocidas
solamente el recuerdo quedaría en la espera
de sumar las distancias,
de unir día a día esperanzas mejores,
Francisco de Orellana,
de Guayaquil venía
a sumar su destino de soldado que empeña
su coraje y la mística que conquistó la América.

Segunda voz:
Paso a paso construye
sus caminos la Historia.

Primera voz:
Era el Año del Señor:
quinientos cuarenta y uno,
alejándose en el tiempo
la caravana camina.

Coro:
Dura arcilla que se amolda
a la distancia y al viento,

larga ilusión sostenida
con el poder de los sueños.

Primera voz:
Nunca empresa tan grande se enfrentaba a los Andes:
ascender las montañas para subir al sol,
hundirse con la niebla del páramo infinito,
equilibrar el frío entre desfiladeros,
empujar los muros sonoros de los vientos,
agrietar la memoria con la lluvia monótona.

Segunda voz:
Paso a paso construye
sus caminos la Historia,
la ambición día a día
va perdiendo memoria.

Coro:
Muerte y dolor son milagros
con que se rompe la espera.
los indios,
¡sólo los indios!,
son caravana de penas.

Primera voz:
El cansancio sepulta los hombres en la tierra,
abre el dolor su puerta de prisión en las sombras,
el hambre es la tortura que marca en cada cuerpo,
el cielo es agorero penar entre los sueños.
Día tras día la altura va congelando el silencio.
Noche tras noche el recuerdo va hundiéndose en el miedo.

Segunda voz:
El tiempo es el reflejo
que apacigua la senda,
el descanso es el juego
de una espera sin término.

Coro:

El pensar es angustia
que conjuga la muerte,
el caminar un rito
que impone la esperanza.

Primera voz:

El País de la Canela en la Provincia de los Quijos,
es la distancia cerrada que incita las ambiciones.
la búsqueda sin tregua de memoriales deseos.
Bajar por la cordillera y resbalar por los riscos,
sumergirse en los pantanos,
            extraviarse en la selva,
es la diaria aventura por descubrir los secretos
antiguos como el principio eterno del misterio.

Segunda voz:

Monótono el silencio
que silencia la senda,
oscuros los vaticinios
como pozos de la tierra.

Coro:

Ayes como crujidos
de vegetales serpientes,
encristalados de espera
los pantanos de la muerte.

Primera voz:

Íngrimo pueblo,
            Zumaco,
                        como empollado en el cerro.
bajo cortinas de lluvia ateridas por el tiempo
–cual una isla entrampada bajo el peso de los cielos
a la intemperie ofrece precario y frágil refugio.

Segunda voz:
El silencio es reloj
que detiénese sin tiempo
es la montaña que aplasta
de los latidos el eco.

Coro:
La espera,
la larga espera,
gotas de vida o de muerte:
un sucio manto que cubre
de torturantes recuerdos.

Primera voz:
Cuando el cielo se había aplacado de lluvias
y recontar debíase indios y animales,
rompió la misma tierra el temblor de la tierra,
se abrió como presagio de maldición celeste:
las aguas desbocadas con furia de los Andes.
los cañones del trueno.
el tambor de la selva.

Segunda voz:
Hondas heridas abiertas
que suman imprecaciones,
muñones de árboles rotos
acusando su condena.

Coro:
El viento trae lamentos,
el agua guarda los cuerpos,
las oraciones se encrespan
con maldiciones de pena.

Primera voz:
Días largos, los días diluviando la espera:
el hombre es la tortura que enrosca los recuerdos,

la nada es como un sueño que ahoga la tormenta,
es la muerte que viene desflecando la carne,
para aplacar la furia del cielo y de la tierra.
Alcanza el «Tuerto» heroico la expedición perdida,
añade propios corajes para cambiar los sinos,
renueva la esperanza que la ambición descubre.

Segunda voz:
Es laguna la espera
que guarda las condenas,
son ríos los oráculos
que arrastran los deseos.

Coro:
Un verde mar la selva
que entrampa la aventura,
negros penachos las nubes
agoreras de presagios.

Primera voz:
Para infundir los sueños y evitar los fracasos,
Pizarro y Orellana reagrupan a sus hombres,
recuentan los cadáveres de indios y animales,
rearman las columnas para ir hacia adelante,
reincitan la dorada ambición primigenia.
Un río es la garganta que detienen los pasos,
el Cozanga,
la fuerza que baja de los Andes.

Segunda voz:
Un puente fue el brazo
para unir las orillas,
madera de mil indios
enterraron sus huellas.

Coro:
Ayes y maleficios

empozoñando el silencio,
sangre y desolación
compañeras de la muerte.

PRIMERA VOZ:
Enfermedades y hambre devoraban los cuerpos,
angustia y derrota desgarraba los sueños,
sólo andrajos cubrían la piel y la memoria.
Caminar es el largo camino que les queda,
caminar es seguir por el mismo destino.

El Coca fue espejismo de nuevas esperanzas,
la espera impaciente de renovar la espera.
El agua es el camino que abre los caminos,
una nave cual Fénix la salvación de todos.

SEGUNDA VOZ:
Tenían el coraje
que construye los mundos,
el fuego de sus manos.
la ambición de la gloria.

CORO:
Nada detiene la fuerza
original de los hombres,
la ambición es la esperanza
para resistir las penas.

PRIMERA VOZ:
Como tentando la suerte,
a la nave bautizan con el nombre «San Pedro»
Es Diciembre veinte y seis.
La expedición dividen para la tierra y el agua:
por la orilla.
Pizarro,
haría sus jornadas,
Orellana iría en pos de pueblos y comidas.

SEGUNDA VOZ:
Fueron sesenta y cinco
los que escribieron la Historia,
guerreros y navegantes
que el azar marcó la gloria.

CORO:
Don Francisco de Orellana,
Capitán y aventurero.
Fray Gaspar de Carvajal,
Predicador y Cronista.

PRIMERA VOZ:
La nave se deja enrumbar por el Coca,
sólo el agua sabía de futuros destinos:
en la orilla quedaban las últimas preguntas
que el tiempo encargaríase de encontrar las respuestas.

SEGUNDA VOZ:
Guardemos sus recuerdos
visionarios y eternos,
conservemos sus nombres
como recuerdo nuestro.

CORO:
Fray Gonzalo de Vera,
Juan Bueno,
Alonso de Robles,
Francisco de Isassaga.

PRIMERA VOZ:
En el agua se iban todas las esperanzas,
las diarias oraciones que madrugan el miedo.
La memoria que un día forjó tal aventura
se queda en los adioses que adormecen la espera.

SEGUNDA VOZ:
Y hoy queda el recuerdo,

sus nombres,
sólo sus nombres
para grabarlos con fuego.

CORO:
El Comendador Enríquez,
Sebastián Rodríguez,
Juan de Alcántara,
Diego Mexía.

PRIMERA VOZ:
La corriente es la fuerza que se aleja sin treguas,
sin otro rumbo los lleva por extraños caminos.
Las orillas se ahogan con la vegetación oscura,
son trampas que palpitan de verde azul tortura.

SEGUNDA VOZ:
La cuenta está completa:
sesenta y dos españoles,
un indígena,
dos negros.

CORO:
Juan de Vargas,
Juan de Ampudia,
Gabriel de Contreras,
Johan de Alcántara.

PRIMERA VOZ:
La distancia aumenta su carrera en los días,
leguas líquidas de misterios adelgazan el silencio,
sombras sin formas las selva con su cerrada agonía
y el tiempo suma su tiempo.
El retorno sería imposible aventura.

SEGUNDA VOZ:
Todos igual,
sin distingos,

cumplieron su cometido
para compartir la gloria.

CORO:
Juan de Aguilar,
Hernán Gutiérrez,
Cristhoval de Segovia,
Gonzalo Carrillo.

PRIMERA VOZ:
El Napo fue descanso en sus fértiles orillas,
más de cien leguas distancian de Pizarro y sus amigos.
Había que renovar las vigilias nocturnas,
remendar la esperanza en su frágil tejido.

SEGUNDA VOZ:
Todos de estirpe guerrera,
juegan sus juegos de guerra,
aventurera la sangre
para Conquistar quimeras.

CORO:
Blas de Medina,
Pedro Domínguez,
Benito de Aguilar
Juan Gutiérrez Bayon.

PRIMERA VOZ:
Qué lejos van quedando los destinos sin suerte:
el temblor de los miedos que acechaban sin tregua,
la muerte que borraba toda huella de vida,
las trampas que la selva ocultó en sus caminos.

SEGUNDA VOZ:
Todos son una fuerza
una sola voluntad,
todos son y todos cumplen
para su meta alcanzar.

CORO:
Alonso García,
Antonio Hernández.
el Vizcaíno Perucho,
Cristóbal de Aguilar.

PRIMERA VOZ:
En Imara pudieron hacer acopio de provisiones,
recobrar los descansos agotados,
resumir la aventura con sus duros quebrantos,
pensar en la distancia absurda del retorno.

SEGUNDA VOZ:
Los días son esperas
que suman a la espera,
las noches la esperanza
aplacada de sueños.

CORO:
Hernán González.
Lorenzo Muñoz.
Juan de Illanes.
Cristóbal de Palacios.

PRIMERA VOZ:
La promesa fue un juego herido de fatigas,
una burla que el destino lanzó sus dados.
Un año no sería para llegar a tiempo,
nadie volver podría a retornar la distancia.

SEGUNDA VOZ:
La meta nadie sospecha.
su guía es la voluntad,
es la fuerza que conquista
con el Quijote un ideal.

CORO:
Juan de Elena,

Diego Bermúdez,
Diego de Matamoros,
Alonso de Cabrera.

PRIMERA VOZ:
Retornar era ir en busca de la muerte,
entregarse al abrazo traidor de la manigua.
Cada vida renueva su esperanza en el agua,
enjuaga los recuerdos con la fresca esperanza.

SEGUNDA VOZ:
Vibrante de luz los ojos,
se embriagan de verdes sueños.
Cristales son las mañanas
sin el color del recuerdo.

CORO:
Gonzalo Díaz,
Alonso Márquez,
García Rodríguez,
Rodrigo de Cevallos.

PRIMERA VOZ:
La tripulación obliga a seguir la odisea
y Orellana acepta Su voluntad suprema:
la muerte era ascender las arterias nocturnas,
la vida era el abierto camino que se iba...

SEGUNDA VOZ:
Enfebrecida de tiempo
el agua es una sola huella;
agua el cielo.
agua el aire,
un solo pulmón la selva.

CORO:
Gines Fernández,
Juan de Mangas,

Alejo González,
Alonso de Tapia.

Primera voz:
Del pueblo de Imaria pasaron al de Aparia,
donde hicieron provisión de muchos alimentos.
Intuían que el viaje aguardaba más sorpresas,
que eran trampas del tiempo los juegos de la espera.

Segunda voz:
La muerte es compañía
que cumple compromisos,
entregaron su cuota
de hombres a la selva.

Coro:
Baltazar Ossorio,
Mateo Rebolloso,
García de Soria,
Antonio de Carranza.

Primera voz:
Las palmas se multiplican en las orillas,
se abren como manos desmelenando el viento;
grandes cuerpos se mecen al compás de las aguas,
son islas florecidas de colores y trinos.

Segunda voz:
La larga serpiente líquida
se enrosca con los destinos,
desnudas las memorias
ahogando el sonido.

Coro:
Alvar González,
Diego Moreno,
Juan de Arnalte,
Sebastián de Fuenterrabia.

PRIMERA VOZ:
Las aguas se abren más lejos de la tierra,
más distantes juegan la selva y los días,
más se agrandan los ojos
para encontrar las orillas.

SEGUNDA VOZ:
La gloria es como el fuego,
el fuego es la esperanza,
la esperanza es la búsqueda
de sueños no buscados.

CORO:
Pedro de Porres,
Andrés Durán,
Alonso Ortiz,
Alonso Esteva.

PRIMERA VOZ:
Era un estar voluptuoso que adormecía el silencio,
el juego hondo del agua con el temblor de la selva,
es como irse quedando entrampado en los recuerdos,
mientras la Historia se escribe con esta verdad eterna.

SEGUNDA VOZ:
Las Amazonas que un día
fueron tentación del tiempo,
entre los sueños quedaron
guardadas como los cuentos.

CORO:
Juan Carrillo,
Rodrigo de Arévalo,
Francisco de Tapia,
Alonso Martín de Nogel.

PRIMERA VOZ:
Los recuerdos escaparon prisioneros con el miedo

sepultados con el fango que amortajó tantos cuerpos.
¡Cuántas memorias se fueron multiplicando sin fechas!
¡Cuánto dolor!
¡Cuánta angustia!
¡Cuánto heroísmo incompleto!

Segunda voz:
«El Dorado» que un día
forjó doradas leyendas,
cambió el color de los sueños
gestando hazañas del mito.

Coro:
Juan Vizcaíno,
Alonso Gutiérrez,
Hasta aquí los españoles
con sus nombres y destinos.

Primera voz:
Agotado de esperas,
de fatigas,
de muertes,
de consultar al cielo y no encontrar caminos.
Pizarro fue un espectro a su retomo a Quito.
Sólo huesos de indios marcaban el recuerdo,
clavados en la selva señalaban la senda,
se hundían en el fango,
remontaban las orillas,
como astas vacías perforaban el viento,
tal témpanos de hielo en los páramos
rodaban como escarcha a los abismos.

Segunda voz:
Fue un largo cementerio
la cordillera y la selva,
fue un roto alarido
de todo un pueblo sin hijos...

Coro:
Si duro fue el camino
para conquistar un sueño
cuerpos de indios quedaron
marcando su eterna espera.

Primera voz:
Va sepultando el olvido a esta noche sin tiempo;
va cubriendo las memorias el óxido del silencio.

Segunda voz:
Los hombres buscan los sueños,
los sueños son de los hombres.

Coro:
Los dos negros:
Alonso Martín,
Alonso Gómez,
dos seres,
sólo un camino.

Primera voz:
¿A qué distancias sin límite el camino recorrido?
Sólo preguntas se fueron gestándose con los días.

Segunda voz:
Recontemos su número,
terminemos la lista,
cantemos su recuerdo
en esta Sinfonía.

Coro:
El indio.
Único el indio,
sesenta y cinco sin nombre.
raza de dioses y estirpe
de esta América india.

PRIMERA VOZ:
Creciendo el Napo entraba en las aguas más grandes
de un río que agiganta su límite los ojos.

SEGUNDA VOZ:
El horizonte caído
abriose cristalizado.

CORO:
El espejo del agua
juega juegos brillantes
con los rayos del sol,
rescata los colores
ocultos en el fondo
de la selva dormida.

PRIMERA VOZ:
Tan dulce como un río
            tan grande como el mar,
el Amazonas se abría desde el fondo de los siglos.

SEGUNDA VOZ:
El mar-río
el río-mar
el cielo llenando el río.

CORO:
De los Andes eternos
las fuentes de tu vida,
de la selva la potencia,
del cielo la inmensidad.

PRIMERA VOZ:
Fue «Doce de febrero de mil quinientos cuarenta y dos».
cuando los sueños cambian su espejismo en Historia.

SEGUNDA VOZ:
La verdad es una,

inmutable,
infinita:
¡Es de Orellana la Gloria,
de Quito el Descubrimiento!

Coro:
Quito eterna de los Shiris,
Luz de América mestiza.
es con España la Historia
para compartir la Gloria:
Leyenda y Descubrimiento,
el AMAZONAS y QUITO.

Carlos Villasís Endara bahieño; 1930-2023

Salinas

1984 - Francisca Ortega Salazar, primer premio

Sueños

Ahora tengo sueño.
Son las dos de la tarde.
Por eso no voy a nadar.
Pronto va a terminarse
este tiempo de mar y sol.
Playa negra y húmeda.
Pescadores silentes.
y mis brazadas lentas
fuera de la costa del sueño
y despertar.

Salinas

Sólo unos pocas
veleros se despiden de ti.
Son tan pequeños
que puedo medirlos
con mis ojos. Pronto
el pueblo estará solo
y entonces voy a respirar,
tu agua echa burbujas
y nadar en el juego
de tus olas de colores
que nadie ve
sólo yo que tengo las pupilas
de arena y nácar.

Salinas 2

Así dorada, solitaria
viva como los peces,
como el mar. Me gusta más.
Esta mañana la arena
cubría la calle
y las palomas se desbandaron
al escuchar mis pasos.
Sólo las paredes lisas
y los portones negros y cerrados
me dieron la bienvenida.
El mar allá abajo
caracoleó y se abrió
en un abanico de espuma
entre las redes blancas
de los pescadores y el cálido
dejar pasar el tiempo
de las dos: la mujer morena
y la sirena.

La nostalgia

Medida

En el mar cambiante,
en la sal en la arena tranquila,
en los parques vacíos,
en la calles silentes
he encontrado la exacta
medida de ti. Salinas.
En tu recuerdo
de tarjeta postal
escribo la medida
de mi adiós.

He de volver

Sí. he de volver
alguna vez.
Sé que para entonces
el mar estará igual de azul
y en la bahía pequeña
como cuenco de agua verde
dormirán los mismos sueños
otros hombres.
Bajaré la misma escalera
y otras mujeres
peinarán sus cabellos
igual que antes.
Yo también para entonces
tendré este mismo sueño.

Pierce

Decía que había
estado aquí.
en la guerra pasada.
Que conocía todos
los sinsabores de la costa,
los designios del sol
y la ternura de las lunas.
Pero no murió
en este mar como él quería.
sino que lo enterraron
junto a un árbol
de buganvillas
casi en silencio
en un pueblo lejos de aquí
llamado San José...

El último verano

Este es mi último verano aquí.
Voy a extrañar las rocas silenciosas,
la arena tibia, el sol que espejeaba
en el mar dormido, las olas juguetonas,
tu presencia,
pero es el tiempo de llamar a los barcos
en la bruma dorada más allá del este
donde está el último muelle
y donde los aqueos de vez
en cuando nos llaman.

Abril 30

Han llegado temprano
con parasoles de colores
y bolsas al hombro.
Han mirado el mar
sin nostalgia
y se han tostado al sol
pausadamente bajo las palmeras,
luego se han ido,
sin volverte a mirar
yo me quedé a recoger
tu soledad limpia de risas.
Pero llena de sal.

Pueblo viejo

Aquí en el pueblo viejo
nadie te recuerda padre.
Sólo una vieja
antigua vendedora de pargos
ahora enriquecida
te nombró por tu apellido
y escupió un poco de maldad
desde su faz de momia.

Por lo demás nadie recuerda
cómo eras, ni tus amaneceres
en alta mar dando la bienvenida
a los ingleses,
tampoco todo lo que hiciste
por el pueblo viejo
con el solo hecho
de hacerme nacer
cerca de la rompiente
y los atardeceres olvidados.

Magician

Ajedrez

Sólo la reina sabe
el nombre del caballo
y el peón.

Sólo ella conoce
la trizadura del hielo
en el aire frio
que cortaba la madrugada
la otra forma de muerte:
el no poder dormir.

El dolor que era latido.
Ahora la torre cayó
y ha ganado el Alfil.
Jaque Mate al caballo.

La burbuja

Ahora son las seis de la mañana
y el mar y el horizonte
son un abrazo de plata líquida.
Aquí no hay otra burbuja que el aire
que respiro.

Pero las otras
las que están en el estanque
han visto caerse sus escamas
en cada madrugada del encierro
sin mar.

Baraja

En la baraja
el hombre era el destino.

Ayer me la encontré
envejecida, perdido
el celeste fulgor en sus ojos
hinchados. En el leve
parpadeo del reconocimiento
la marejada de los recuerdos
la devolvió por un instante
su antigua faz perdida.
O fue hermosa como la otra vez.

Magician

En la baraja
no sale ya el hombre
ni el agua. Sólo muestra
un largo camino sinuoso
y una orilla color de esmeralda.

La mujer está signada
por un tatuaje de sal
pero no sé qué significa.

Al final hay una gran ciudad
y un sueño pequeño
como el amor que jamás conociste.

La noche

Sólo escucho el romper
de las olas en la playa.

Me he levantado para saber
de qué color es el mar en la noche
y lo he encontrado iluminado
de luna, blanco de barcos,
plateado de estrellas, azul de
humo, verde de orquestas.

Y me he quedado dormida
con el balcón abierto
sin saber de qué color es
el mar en la noche.

El ancla

Enmohecida, casi negra
de olvido y sin cadena
te he encontrado cerca de la rompiente.
No hay signo de qué barco caíste,
ni cual fue el temporal que te cortó.

Sólo miré la herrumbre
que cubre tu noble faz de acero
tu pesadumbre
y tu nostalgia del barco y las sirenas.

Arena

Atlántida

Todos piensan que
yaces sumergida
en el fondo del mar,
que eres sólo una isla
blanca en el azul infinito
de la memoria. Nadie recuerda
tus puertas de Ori-calco.
tus dársenas de basalto.
el templo de oro de Antinea.

Sólo nosotros las sirenas
sabemos que continúas igual
sólo dormida entre el musgo
de un archipiélago de corales
gigantes, esperando
el otro despertar.

La vejez

Como sirena
no conozco otro tiempo
que el del mar.

No conoceré la vejez
desconocido coral
que no cubrirás mi garganta
de estrías.

Ni el mirar despectivo
de algún hombre
que escondida siempre
en mis ojos de alabastro
todas las promesas
que no se cumplieron.

Troya

Esta es la parte vieja
de la costa.

Desde el mar
las torres de los ricos del pueblo
me recuerdan los palacios
de Troya. También llamada Ilión
en otros tiempos.

Pero no hay cóncavas naves
en el puerto azul
tranquilo de yates blancos
y gaviotas perezosas.

No hay más guerra
que una perdida ilusión
y eso en el recuerdo del inmortal
Homero es nada.

Arena

¿Quién te dio arena
esa fugaz arquitectura
donde los bancos viejos
dejan el eco de su salobre pena?

¿Quién te dio arena,
todo el amor que hecho recuerdo
lamida por la espuma
sin dolor o cansancio espera?

¿Quién te creó, arena,
pensándote como el perfecto
juego de los niños?

¿Quién en su vida
no hizo castillos en la arena?

¿Quién te dio, arena, la forma
de contener el mar,
de guardar los secretos de origen,
de conocer los nombres,
de todas nosotras, las sirenas?

¿Cómo naciste
grano a grano
corpúsculo a corpúsculo
mezclada con escamas,
con el color de los peces
voladores, con el aire sabor
de las mareas, con el olvido
de todos los naufragios?

Yo he descubierto ahora,
que estoy hecha de ti
porque si bien

comparto el mar contigo
mi tiempo es sólo arena.

Orfeo 6

He venido al mar
para estar cerca de ti
Orfeo.

Para buscarte en las barcas
carcomidas, en los remos cansados
en las redes inmunes, en las
últimas mareas.
Crisantemo de algas
coral en flor,
Nenúfar de nácar
devuélveme mi espejo de ónix
quiero encontrar
otra vez en mis ojos
el recuerdo de los últimos aqueos.

Francisca Ortega Salazar
1933-

Procedimientos diarios

1986 - Victor Manuel Villegas Romero, primer premio

I

Mi voz que se escucha en tu garganta
te mide y nombra
No deja de pronunciar tu aliento y tu cuerpo
Un pájaro negro como el amanecer
acomoda nuestros cuerpos y evita que caigan
recibe la luz entre sus alas
y nuestro abrazo es el nido donde él conoce la vida
Despierto en tu mirada que se desnuda en mí
Despierto en tu cuerpo que facilita todas las posibilidades
para no morir
En mi sangre hay gente que grita y ríe
que lanza lejos sus campanas
En mi cuerpo hay animales que flotan
tú los amotinas y ordenas

II

El hombre girasol cae al fondo limpio de la dudad
donde los autos engrasan la mirada
El hombre girasol se levanta como océano
que sale a tender sus peces y olas
He extraviado la memoria de las piedras
que nuestros cuerpos lavaban
He tomado un camino que me regresa al amanecer
que no permite lavar la memoria
Te he atraído sobre mí despegándote del infinito
y bebiéndote a grandes ríos en mi pecho
Uso mi aliento a los grandes murales de vidrio
que me separan del mundo
Estoy desnudo ¿No me veis?
mi mirada ha caído recogedla si deseáis
mi aliento se acuclilla a reconocer nuestros casos
¡Golpeadlos! ¡Hacedlos girar!
que vuelen como astros
y rompan los cristales del día
Si la voz que nos sostiene cesa
caeríamos al fondo de las cosas
al sitio donde no es posible la caída

III

Para pasar de un hombre al hombre
no basta con mecernos en su columpio
o pecar junto al hombre
Hay que conocer la cicatriz oculta por su rostro
e ir de pecado en pecado
pecando dentro de él
Las cicatrices median en el paso del pecado al pecado
El instante que pasa
no duele tanto
como el pecado de no pasar del pecado al siguiente pecado

Los océanos y cielos vuelven a caer dentro de sí
Nosotros ya no caemos
Una cicatriz nos sostiene
como receta posterior a toda caída
El hombre tiene tres columpios para mecerse
y una cicatriz entre columpio y columpio
que está entre el primer y segundo columpio
o entre el segundo y el tercero
o aún entre el primero y el tercero
pero nunca entre los tres

IV

Los soldados se aliviaron pronto de la fiebre
recibieron el fresco motín de tu sonrisa
Por la temperatura descendió el amanecer
como una serpiente lenta
que desnuda su cuerpo de la noche
Los soldados fugaron de la tierra por el tendido de las nubes
patinaron sobre el espacio de los abrazos
y el ascensor de la montaña los condujo a la estación
Los gladiadores que luchan en nuestros cuerpos
fueron perdonados por un nuevo día.

V

Un hombre se acuesta sobre la palabra
va a construir el ascenso o la caída a un túnel
Un túnel de viento
enterrado en el aire
o en el farragoso abrazo de tierra y líquido
Sobre el túnel se levantan alambradas
donde cada día
un pájaro negro
limpia el aire enrarecido por los camiones
que entran y salen del complejo militar
Este hombre iza un astro sobre el hoyo
el astro nunca cae nunca llega hasta sus manos
El hombre sólo conoce de cuerdas y ventanas
de días y locura
a veces recuerda cierto sabor de astro
y limpia las hojas de un arbolito enano
regalo de la exposición bonsái
El pájaro tiene llagas en los pies
y cáncer en los pulmones
Pesa tanto como la euforia de reconocerse en otra cosa
No influye en la red o alambrada que siempre detienen

nuestros pasos
no influyen ni el ruido ni el olor del pájaro
ni ese sabor de astro junto a la lengua y la palabra
El hombre mantiene siempre tensa la cuerda
¿quién puede descansar un momento?
y limpiar los árboles que anuncian las llagas
de nuestros días
Por favor detenme la cuerda
¡no dejes que el astro caiga!
mientras riego el bonsái
y guardo el pájaro negro
en el estuche del corazón
para exponerlo mañana muy temprano
antes de que salgan los camiones

VI

Los odios abandonan sus armamentos
antes de entrar a nuestra casa
y llegan como virtudes recién descubiertas
o lagartos a los que hubieran cortado sus lenguas
Lavo mi corazón como un ave que mide
cada paso de su vuelo
y no se atreve a pasar ante la lluvia
De la reunión de nuestras entrañas
brota un pájaro que tú bebes cada día
Cuando recojo tu nombre
de la arena que nos sitia
temo arrancar las flores que se despedazan por alcanzarte
¡Tu nombre es un grito muy poderoso!
¡su memoria me habita y hace posible!
su conjuro ordena los llantos del mundo
La casa desearía ser sorda
no escuchar
la fragua donde ardemos
y reproducimos la textura de un ave en su vuelo
Nos unimos en una sombra
donde el día se agacha
a besar nuestros cuerpos

VII

Entre los dos
un puente es la calma saciada del abismo
Entre los dos
el próximo segundo durará el doble de lo eterno
Donde se encuentran nuestras soledades
allí el océano reconcentra su lumbre
Tu cuerpo
el cuerpo de todos los hombres y mujeres de la tierra
al fin reunidos
Mi cuerpo
animal solitario se somete a la paz
como trofeo de guerra o viento luminosos
reaparece de los océanos petrificados
y del columpio inverosímil de la tierra
Si me levanto y no te encuentro
cuántas semillas ladrillos o bocas
prenderán su sombra ardiente entre nosotros.

VIII

¡Silencios! Increíbles árboles de silencio
con su casa afanada su rito inconforme
De la noche
¿se interpondrán otras noches
con miles de miedos de distintos tamaños?
Un sol que no existe
¡nadie nos sujeta!
Nos propagamos como la luz
Esta claridad se la puede arrancar
de todas las mantas que nos ocultan
¡seremos desnudos y arrasadores!
Alguien más inmemorial a mis pasos
ocupa el lugar sin escribir de mi nombre
donde el aire no se atreve a su faena
y la lengua ¡hogueras de saliva!
repite su saber infinito y el flagelo sin cansancio
en la tregua que es la boca
Las soledades no se atreverán aquí
En el viento no distingo la velocidad
Un consorte menos noble que todos los [olxxxxx contax]]
es el único destino al cual someterse
el reimplantar de mi hambre y de mi sed
Echan ya sus hierros las nieves en la fogata de las temperaturas
Bajo los árboles desmenuzados para servirnos como chozas
cobijamos un fruto tenaz que la luz sostiene en su clima
Quienes reconozcan el aliento pegajoso de nuestras huellas
o su naranja dura
como jaulas o almohadones abandonados contra el tráfico
se atreverán sobre la medida inconclusa de los surcos
Aquí se puede pesar la luz
Amor que represento en ti
y en cada rostro que te representa

IX

Mi sed durará el tamaño confuso de la noche
como un desierto que descansará la mirada
Todos tienen un cielo de edades inconcebibles
¡lástima del que no tiene de qué guarecerse!
No conozco la medida de hierro de la próxima lluvia
Todos los cielos del día se prolongaron a abrazarnos
y vernos crecer
El sol es un presentimiento tras nuestra mirada
sólo la claridad lo permite entre nosotros
la hierba ha crecido gigante desde el último beso
Los distintos nombres con que nos encontramos
bajo las cosas que desaparecen
y se reconstruyen a cada instante
nos auguran y preceden
¡Nadie nos sujete!
Nos propagaremos como la luz
Si me acuesto y no estás
cuantas semillas ladrillos o besos
prenderán su sombra ardiente entre nosotros
En tu cuerpo
se encuentran
todos los hombres y mujeres de la tierra
al fin reunidos.

Victor Manuel Villegas Romero

Argonautas

1988 - Víctor Granados Boza, primer premio

Al pueblo Huaoraní
500 años de resistencia india

«Vernán los tardos años del mundo ciertos tipos, en los cuales el mar occeano afloxerálos atamitos de las cosas y se abriráuna grande tierra y un nuebo marinero con aquel que fue guya de Jasón que obonóbre Tiphis[1] descobrirá nuebo mundo y entonses no será la ysla Tille[2] la postrera de las tierras»
—Versos de Séneca en *Medea*
traducidos por Cristóbal Colón

1

Acudir en saladas turbulencias
acosados por lagartos
espantando en la ribera animales en celo
que husmean urgentísimos crepúsculos

a horcajadas
sobre frágiles balsas
que los mares acribillan
perseguidos por los náufragos del oro
huyendo del trepidante
piafar de los corceles
del jinete y su rayo
que anida en la barbarie
fugitivos
en horas que duran más de un siglo
resurgiendo en la selva
inconsolable de la iguana

---

1 Tifis, timonel de la nave de los argonautas

2 Thule o Tille, confín más septentrional del Ecúmene

zarpando anclas
destrozando esferas
hurgando celajes de perdidas carabelas
que navegan contra el tiempo
de espléndidos metales
y desvaídas estallan
en la larga noche
que revoca el sosiego

2

Acudir apartando espadas
sobre piedras y piedras calcinadas
marcados por el hierro de las fraguas
entre íconos y cascos prisioneros
forzando marchas por espinosos riscos
intentando volar en los alisios
igual que Ícaro con alas
extendidas
sin poder abrir caminos
por donde corra el río
y caer al fin
en la noche denodada
entre rotos dolores del subsuelo
que tocan su flauta funeraria.

3

Ah, guarnecida aurora
de erráticos designios
¿volará el precoz suicida
asido a las crines de la historia?

¿cruzará la extensión de los diluvios
desafiando las arcas primigenias?

es la noche
indeleble

submarina
es el ascenso y la caída
de los cóndores andinos
ahí donde exhaustos navíos guardan
desvencijados odres de vinos acedados
la inmóvil calavera con su párpado de polvo
la ciega moneda y el botín desapropiado
la estatua entumecida que la ola
tritura y dilapida
el carcamal andrajoso y su bitácora de miedo
el descolorido mosqueto y la enmohecida
ergástula
donde los anélidos pululan
royendo las vértebras vacías
ahí donde se levantó la huesuda mano
hasta el cielo
pidiendo ser llenados
los confines con el oro
donde la eternidad profirió su canto
en el basalto derretido
es el rumor pugnaz
remontando la mitad del mundo

y otra vez
el peso de menguantes lunas
alternando los días y las noches
apaciguando los círculos opacos
aplastando el ojo implacable de medusas
que escudriñan en el légamo
interminable de los puertos.

4

A tientas
en la abandonada ciudad
frágil redoma
donde el aluvión embiste
las argamasa seca de polvorientas poblaciones
y queda la volcada estrella
en el paisaje yermo de solitaria estría
parpadeando en el tótem
de dorada escama
inexorable
señalando el rastro del frío y las tinieblas.
Acorralados
buscando postreras provisiones
en ciénagas profundas que se avivan
donde las muchedumbres emergen
de oscuras catedrales
buscando consternadas
escuálidas almejas
y fervorosas se abrazan
y reconocen sus rostros
la inefable huella
y beben de sus lágrimas el aguardiente informe
aliviando de sus hombros
la presión del universo

ay, resurrección alzando el ala
de pesada geología.

5

Qué grieta empuja
al trópico de cáncer
dislocando la línea ecuatorial en su caída

Qué ojos inescrutables de Anacondas
avizoran los navíos en la tempestad de la Canela

Tierra

Tierra
colmada de vellocinos que el mismo pueblo ignora
parajes para engordar los gérmenes de siglos
del sicofante descubridor de los tesoreros
Tierra
Tierra
mutilada en el albur de los conjuros
refugio de codiciosos navegantes
que repartieron a dentelladas
la ilusión del mar junto a las playas
y de un golpe desplegaron sus velas
en la geografía ancha y de oro

Llegará a la sierra
la ola de libertaria furia
a lavarnos de tal modo
que surgirá la voz terrestre en sus racimos
desde las hondas cavidades de la piedra
y el relámpago de abiertas cicatrices
mordera la soledad de los maíces

el río sonará en espesas sementeras
se aclararán las minas
y limpiarán sus cuerpos los mitayos
correrán aguas claras y perennes
y todo el territorio
será devuelto a sus dueños

llegará abrirse la selva inabarcable
y en el lugar previsto del estambre
se hinchará prolífica la TIERRA
Es la negra
soledad del plenilunio
milagro ante la mirada sanguinolenta
del incauto
Labia proverbial de mercaderes
rondando las pirámides asediadas
de los reinos

Es la palabra dicha sin retorno
inclinando las agujas magnéticas
mientras aves migratorias
nos indican la proximidad de la ribera

¿Cambiarán los vientos
sobre el mar de algas?
¿Se romperán las aguas
contra las aristas de los farallones
al tercer día?

ay, perpetuidad
empozándose en los términos del mundo.

No habrá día en que aúlle una metralla

y caerá el latido en brazos de su madre
y desde la prodigiosa noche
vedada
sin orilla
se levantarán los pueblos anhelantes
a recibir la aurora en Sus pacíficos destellos

¡y ahí estaremos!

tragando la dura aspereza de las sales
llenando la impaciencia de piélagos de espera
donde la firme voluntad nutre el vértigo de
VIDA.

f. cólquída

Víctor Granados Boza
guayaquileño; 1952-

Puerto sin rostros

1990 - Marcelo Báez Meza, primer premio

Para Val,

El hombre solitario de la ciudad está rodeado por sus invenciones, es el buscador perdido que se ahoga en la común identidad. Con la desesperada y solitaria falta de amor, se construye la última fortaleza. la entretejida ciudadela de Dios. que ha sido formada después del laberinto. De este último refugio no hay salida.

—Henry Miller

No hay un modo,
no hay un mundo exacto,
te doy todo
siempre guardo algo.

Si estás oculta
¿cómo saber quién eres?
Me amas a oscuras,
vuelves envuelta en redes.

Signos: uniendo fisuras
figuras sin definir,
signos.

—Gustavo Cerati

Me verás volar
por la ciudad de la furia
donde nadie sabe de mí
y yo soy parte de todo.
—G.C.

Sólo puedo ofrecerte el sur
Sus kioscos de hojalata
Sus calles sin pavimentar y sin nombres que las constituyan

Sus buses donde la gente se esconde de los transeúntes
Sus moteles viejos y baratos donde hacemos el olvido y el amor

¿No te parece tedioso como enumero esto?
Más bien me parece desesperado
Enumero las cosas como si temiera perderlas

⋆⋆⋆

La ciudad invoca la lluvia para ocultarse
No he hallado aún las llaves que abren el crepúsculo
Antes de que el amanecer se haya atrevido a maquinar su aparición
Habré visitado dos veces los sueños de cada ser dormido
Me esconderé en el estero antes de que despierten los sueños
Las calles moverán mis pasos hacia algún sitio desconocido
Reconstruiré piedra por piedra esta ciudad
Lo haré aunque tenga que inventarla

⋆⋆⋆

A Yolanda Meza

La luna ha menguado
insertando a la ciudad entre sus paréntesis
Las premoniciones del ventilador
giraban en sentido contrario al de las rotaciones del planeta

En la muerte de Genaro vi mi propia muerte
Junto a estas visiones llegó una sorpresa;
leer mi obituario en el periódico
Las estrellas son puntos suspensivos
escritos sobre la ciudad para prolongar la noche

⋆⋆⋆

A Víctor Báez

La ciudad está inundada
Ahora es como una gota más de arena

Desde el reverso de la lluvia
vi cómo el estero se rasgaba
El sosiego es un clavicordio que yo no sé tocar

La ciudad ha sido asediada

Sus calles se alargan para huir de sí mismas
Los portales alucinan formando túneles
Ebrios elementales iluminan cantinas
¿Siguen los cines soñando sus fábulas?
¿Sigue intacta la soledad
en los últimos asientos de los buses?

⁂

Me abandono a los presagios y a este verso que lees
Me niego a construir cualquier metáfora
Hay algo en los periódicos que me obsesiona
Sólo sabré qué es cuando lo encuentre
¿Por qué los hechos deben darse en un orden?
El paisaje se ve inconcluso a través de la ventana
No existe armisticios entre noche y día
porque el eje que los une se ha oxidado en el invierno

Repito ciertas palabras, ciertas frases, ciertos temas
como la lluvia ciertas gotas
¿No he sido capaz de leer los signos que me circundan?

¿Qué es la vida
sino imágenes que pasan frente a nuestros ojos?
Lástima que no haya mapas para estos menesteres

⁂

Deambulo por las calles ocultando mi nombre
Sé que alguna esquina esconde a mi Redentor
Nuestro vínculo secreto:
Víctima y victimario son el mismo

Desconozco la forma del castigo
Temo los filos insomnes de las dagas
¿Cómo es su rostro hecho de mi rostro?

Sólo conozco el sonido de sus pasos
y su aliento que flota en la lluvia
Cuando me aborde confesará:
«Vengo por tu extremaunción»
Lo reconoceré porque sus rasgos
ansiarán parecerse a los míos
Sólo él podrá salvarme

Es la única forma de que se cumpla el designio:
Uno de los dos tiene que morir
para que el otro viva

⁂

Instrúyenme sobre cómo dejar desierta una ciudad
Detesto el cotidiano ruido
de autos, radios, gentes
Al igual que tú prefiero el vacío que las calles heredan
cuando todos huyen durante los días de guardar
Que desalojen cines y parques
que nadie siga las estelas que esparcen nuestros pasos
Odio la ciudad nocturna de los faros que falsifican la luz
¿Qué haré
cuando no quede de ti más que signos?

⁂

La soledad ya no cabe en la butaca de un cine
La gente y los carros

van en dirección contraria a mis pasos
El rostro que vi en el estadio no lo volveré a ver
¿qué vínculo innombrable
me une a la gente que no conozco?

⁂

Para Vanessa

Abriré las puertas del cementerio
para liberar a mis muertos

Quebraré los hechizos
para que las estatuas vuelvan a ser humanos
Cortaré las alas de los ángeles de piedra
Con ellas mis hermanos escaparán del purgatorio

Estoy harto de escuchar que la muerte es un sueño
¿Por qué se construyeron los cementerios
en el borde de la ciudad?
Ya no quiero llevar allá a mis muertos
Prefiero hundirlos para siempre en el río

¿Qué diablos me asegura
que esta es la puerta de la nueva vida?
¿Quién se atreve a confesar
que el demonio le regaló sus alas a Dios?

La Eternidad subasta los obituarios
No sé que quiere decir esta frase pero ya la he escrito
Por nada pienso borrarla o clarificarla

Yo sólo sé que voy a morir y no me importa

⁂

A tu pelo van a buscarte los tristes monasterios
Nada es tan inasible
como la imagen que yace en el fondo de la ola

Algo grita en el filo de una burbuja de cerveza
Tu sonrisa es la trama del instante más nítido
Cambias de título a las canciones
Bebemos despacio el sonido de las cosas
Lees el anuncio y piensas en las horas que nos hacen compañía

Te escondes en el humo del cigarrillo
Respiras imperceptiblemente
como si le pusieras puntuación a la realidad
El silencio es sólo un signo
al cual le pones significado con un gesto

⁂

Odio los jadeos humanos de los gatos en celo
Perturban mi insomnio horizontal
La distancia entre la ciudad y yo
es de cuatro o cinco siglos
No me guareceré en ninguna casa zodiaco
¿Cómo entender una isla
si se la separa del archipiélago?
No hay nada más hermoso
que ver como un bar se va quedando desierto
Y yo me quedo solo
Más solo que la Santa Trinidad

⁂

Siento en mis dientes el temblor de la máquina de escribir
Pistas para reconocer a una mujer infiel
No, Capitán
No hay móviles comprometedores
Tengo coartadas para cada sospecha
Tomaré un liquid paper y me borraré
Dios está en todas partes pero atiende en Guayaquil
Sólo puedes buscarme en las páginas amarillas
¿Es ésto lo que me parece ser

o lo que los demás creen que es?
Esta vez no despertarás bella durmiente del bosque
No hay descanso en este mandala
Elabora los ejercicios de la intuición



Enemigo invisible es la peste que ha arrasado la ciudad
En lo que ahora soy ya nadie confía:
Alguien que no puede tomar su destino

Mi carta astral yace en la mano de un desconocido de Vilcabamba
Temo ver en sus ojos
la claridad de la que siempre he huido
Desconozco cuándo cometí el asesinato del que se me acusa

Maldita la brújula que engendra la incertidumbre
porque sólo sirve para sumirnos más en el vacío
No hay bastón más frágil que el de la culpa
Las siguientes vidas no bastarán para borrarla

No escuché la voz que me rogaba no indagar más
Mis pasos van dejando estelas torcidas
Hace frío y duelen los tobillos

No podré salir de esta ciudad fundada varias veces
El río la rodea e impedirá mi escapatoria

La voz me anuncia que la única ventura será desconocer quien
[soy

Son pocas las imágenes que definen nuestras vidas
Pocos son también los símbolos que dirigen nuestro futuro
Cursilería del que se obstina
en buscarse y resumirse en sus propias sentencias
¿Qué imágenes y símbolos guían mi vida?
Mido cada palabra que ha de construir mi respuesta:
No he hallado aún tales símbolos e imágenes

¿No era yo el que no podía descifrar los enigmas?
¡Cómo pesan mis ojos!
No hay guía más frágil que la del bastón de la culpa

⁂

Es tiempo de tatuar las calles con los pasos

En el bus el silencio estampa decenas de bocas

Una cerveza humedece palabras que han de mezclarse
con canciones de algún cassette regrabado
o con la radio que novela un partido de fútbol

La ciudad acuesta su insomnio sobre el anochecer
Va resquebrajando los relojes digitales

No sólo con palabras se llenan los silencios

Esta es la ciudad que contiene todas las ciudades

No quedarán las calles suspendidas en la lluvia
No quedarán las calles suspendidas
No quedarán las calles
No quedarán
No

⁂

No sé si eres hombre o mujer
He escarbado en tu tierra, en tu lodo lleno de jaibas
para ver aunque sea un segundo los esplendores de tu sexo

Tienes nombre de mujer y de varón

Cientos de ciudades te contienen
No hago más que buscarte desesperado entre ellas

No cuentes ahora mis pasos
Escribo sobre ti para corroborar que existes

¿Y qué hay sobre mí?
¿Quién escribe para probar que existo?

Desde que tu estigma adorna mi voz
has reescrito las líneas de mis manos y de mi rostro
He visto en tus calles del sur
casas de caña y madera
como si fueran juegos de naipe barajados por el viento

Si te desvaneces junto a todas tus ficciones
te tomarás lenguaje en algún renglón de estas crónicas

Esa será nuestra redención.

⋆⋆⋆

Le pregunto mi nombre a la gente
Debe existir alguien que sepa algo sobre mí
Vuelvo a casa como quien vuelve a las mazmorras
Veo la máquina de escribir en ninguna parte
Siento que me pide un papel
para que pueda tatuarla con versos,
con una palabra que la salve del silencio

⋆⋆⋆

La soledad ya no cabe en la butaca de un cine
La gente y los carros
van en dirección contraria a mis pasos
El rostro que vi en el estadio no volveré a verlo
¿Qué vínculo innombrable
me une a la gente que conozco?

⋆⋆⋆

No voy a huir de ti
No puedo escapar de donde nunca he estado
Ahora estoy en tu nombre
Quiero la muerte de mi imagen para amarte

Busco en tu rostro lo que en mí no encuentro
Te tengo atrapada en mi figura
Mi discurso te violenta, su mecanismo te estrangula
Te amo porque pienso poder tenerte
Siempre queremos eternizar lo que tememos perder

⁂

Invadimos buses para memorizar rutas desconocidas
En la calle la gente fingía no seguirnos
Contamos los puntos suspensivos de los semáforos
Nuestros cuerpos visitaron
hoteles que daban la espalda a los crepúsculos
Otras veces prefirieron parques de masturbadores
y harapos de casas abandonadas

El goce fue otra forma de escisión

Te busqué entre la gente que llenaba
los últimos asientos de buses, cines, aulas
Al igual que la ciudad
estábamos hechos de pequeñas fisuras
Nos perdimos en ella por intentar conocerla demasiado
Si la recorrimos con nuestros pasos
O desde los buses
fue sólo para leerla desde ángulos distintos
Quisimos abarcarla toda
y terminamos construyendo una distinta de la real

⁂

Aunque siempre he temido el fuego
prefiero que mi cuerpo sea incinerado
Las cenizas deben ir al río
donde se deslizan las lanchas en las que escapaba de la ciudad
Por ahora sólo quiero convencerme
de que todas las muertes posibles están lejos

¿He de confesar que me obsesiona
cómo ha de ser mi extremaunción y que por ahora
sólo me presto a celebrarla?

Que el día posterior a mi muerte sea de sosiego
Que las cosas tangibles retornen a su cauce
Que la ciudad no cambie en lo absoluto
Que no se transformen sus calles que se alargan
huyendo de sí mismas
que sigan rodando los buses fantasmas por las madrugadas
que hayan más sánduches de pernil y colas en los kioscos azulados
que mi doppelganger me perdone la vida que me tocará vivir
y desista de matarme a la vuelta de la esquina
que las lanchas del río
sigan ayudando a los que se quieren exiliar
que los parques noctívagos
sigan acogiendo masturbadores
que los bares acojan cónsules y plebeyos
y que nos dejen beber hasta que se sequen
que los manglares sigan delimitando las fronteras de la ciudad
que jamás muera la voz que siempre dice estas líneas:
Dig if you will the picture
of you and I engaged in a kiss
que cada medianoche siga despertándose
la estatua de la mujer desnuda de la Biblioteca Municipal
que los cines no se queden ciegos
que las radios no se queden sordas
que los moteles graben para siempre en sus paredes
la música de la erolalia
que los noticieros y periódicos sigan mentiroseando con sus
verdades
Que las cosas sean lo que parecen ser
Es necesario abrir y cerrar paréntesis en el tiempo
Nadie es insustituible
Que mi obituario no aparezca en los periódicos
Son muchas las cosas inútiles que se publican estos días

Si no te molesta cambiaré de tema:
Hoy he pensado de repente en volver al mar
Sin embargo he decidido quedarme

La verdad es que no conozco otra ciudad
que se desfigure con tanta perfección bajo la lluvia

⁂

Tras las cortinas la ciudad plagia nuestro frenesí
Se ha decretado el día de los animales en celo
Se han desalado las orgías en cines, iglesias, bares
Que tus movimientos despierten
Podemos ser otros e imaginarlo sin decirlo
Aumentaremos la duración de la noche
que se obstina en expulsarnos de su matriz
¡Inseguridades!
¿Sabes tú qué nos hace habitar este segundo?
El tiempo del espasmo ha llegado como un forastero
La libertad de ser prófugos será nuestro estigma

⁂

Recuerda lo que Marlon Brando le dijo a María Schneider:
Todo lo que está fuera de este lugar
es una m.
Sólo contamos tú y yo, el resto no existe
Pero este no es nuestro último tango
y esta danza se la ejecuta en forma horizontal
Velos hasta llegar a tu cuerpo
Figuras sin definir
Tus poros se dilatan hasta abrirse
y me entierro en tu cuerpo
Las velas rojas no hablan de un funeral
sino de una fiesta en la que sumaremos nuestras desolaciones
Profano el rostro más oscuro de tu piel
despojándote de tu lencería

Somos carbón para avivar la fragua de la eternidad
Posiciones que se le olvidaron al kamasutra
No nos despojemos de estas máscaras de dioses
La vuelta a tu cuerpo en 80 minutos
El falo crece hasta interrogar tu fugacidad
Es el cetro donde danzas sentada
Grita, agoniza
La muerte llega en el próximo orgasmo
Nada podrá salvarnos de nosotros
Podemos morir cuantas veces queramos
Sólo somos un conjunto de sonidos
El lenguaje fue desalojando de este desvarío
Abres tus piernas y me introduzco hasta el fondo
Me acurruco en tu matriz
y volveré a nacer dentro de 9 siglos

Hacemos el amor
Hacemos la muerte
Hacemos el rencor

Me conecto a ti y nos electrocutamos discontinuamente
Acoge la leche de la vía láctea
Este es el semen de todos los hombres de la tierra
De ti saldrán las nuevas generaciones

⁂

Desenredo tus raíces de mis paisajes interiores
Me llega el desquiciamiento
Proviene de tu grito
y va desordenando cada caos como un Demiurgo Ciego

⁂

Eclipses diurnos de luna
Confusiones se anidan en los primeros planos de tu rostro
No hay realidad sino realidades
Una sobre otra/ Una dentro de otra

Birrealidades
Trirrealidades
Tetrarrealidades
Pentarrealidades

⋆⋆⋆

La arena ya no marca el tiempo lineal
Sino el tiempo que nos resta
Ya no hay
rayuelas de carbón sobre el suelo
¿Cuál de los dos dejó caer la ficha?

⋆⋆⋆

La mantis religiosa copula con su pareja
Lo hace sabiendo que tiene que matarla cuando la fecunde
¿Es eso el amor? ¿Asesinar lo creado, lo construido?
Dices que amo las imágenes que voy creando de ti
Inseguridades: ¿Sabes tú quién eres? ¿Quién soy?
¿Quiénes somos?

⋆⋆⋆

Estos días van apagando sus lumbres en mí
Quizá tan sólo seas una de mis sensaciones
como el mar izando sus nubes aciagas
Soy un oleaje desdibujado que se propaga desde ti
El amor es conjurar una hechicería mayor
Dura el tiempo que tardamos
en arrancarnos los alfileres
que nos han clavado bajo los cabellos

⋆⋆⋆

Yo sólo era alguien que entretenía su tedio de diosa
Le pesaba sentir como el tiempo se recobraba en sus hábitos
Ahora sólo quedan los números de su teléfono

Uno que otro libro
Ese videocassette con imágenes de su cabeza
apoyada sobre su mano como si estuviese sosteniendo sus pensamientos
Ignoro qué neurosis de destino me impulsaba a pegarme a su falda

Crucificaré sus recuerdos en mis nuevos hábitos
Quiero que a esta máquina le duela cada letra que la invoca

Golpeo cada tecla
como ansiando crear un ritmo que pueda contenerla
No quiero compartir con nadie mi fantasma

Me regaló un paraíso de azufre
y la pulsera que llevaba su dragón negro
Como siameses
cada vez que nos separábamos me invadían los latidos de muerte
Huir de ella era un camino que me devolvía a ella
Cuantas veces intenté sustituirla
Matarla habría sido ascenderla a mito
Si le puse varios nombres
era porque no pude distinguir los rostros que la habitaban

Intento rememorarla con vestigios de la ciudad,
líneas tomadas de sus sueños
testimonio de gente que creyó haberla conocido
Ella sostenía el hilo de oro
para que pudiese adentrarme en la ciudad
¿Debo confesar
que jamás descubrí lo que había más allá del estero y de los manglares?
¿Debo acaso decir
que esos eran los límites de la ciudad que ella me había inventado?

Leía cada tramo de su cuerpo
Buscaba alguna inscripción
Algo que me dijese quién era

No había papeles que corroborasen que existía
Quise presentarla a mis amigos pero se negó
Era como si temiese que la gente la delatara por no ser real

Nuestra historia se reduce a una imagen:
Una lancha que se incendia sin alcanzar el muelle
Este texto será su tumba



Entre la espada y la Ciudad
Es necesario ingerir anticonceptivos

Precisamos de papel higiénico y un bolígrafo
para hacer los poemas más suntuosos
REPLAY: Precisamos de papel higiénico y un bolígrafo
para hacer los poemas más suntuosos

¿Por qué insistimos en hacernos daño?
¿No es suficiente con lo que nos hace esta maldita ciudad?

Tomemos todas las líneas de buses
Arribemos al filo del suburbio donde las cervezas son más frías
Corramos hacia el último muelle
Las lanchas nos permitirán la huida
Agárrate fuerte

Tapa tus oídos con mis palabras
Sálvame del ruido de los motores
No observes las caras de los tripulantes
Solo en nuestras soledades y angustias podernos contemplarnos

Sólo uno más
Sólo un movimiento más y será jaque para el pasado
¿Has bailado alguna vez con el diablo
bajo la pálida luz de la luna?
Cuidado
Otro avión va a caer sobre nuestras sombras

En caso de emergencia
Avisar a nadie

Día nacional de la insanidad
Que se desbaraten las casas de caña
Que se asalten mansiones
Que se baile sobre los inodoros y cadáveres del 2 de noviembre

Nada será como antes
Que regresen los incendios a nuestras calles
Que los piratas rapten a las últimas vírgenes

Atención
El triángulo más sórdido:
La ciudad + tú + yo
¿Dónde está la hendija más ansiada?
Paren las rotativas
Solamente en el luto de la separación
puedo amarte

El carnaval inundó la ciudad de vacío
Ahora es sólo un pueblo de sensata desolación
Calles desiertas
Todo parece haber sido arrasado por filibusteros anónimos
Me pregunté: «¿Y si no hay buses que me lleven al mar?»

La ciudad ha sido saqueada

«Sólo deseo excluirme de ella» me dije
«No importa cómo logre escaparme
Pagaré cuanto sea por ser liberado
Estoy harto de estar cansado de esta ciudad»

⁂

Debo hablarte de un hombre
que construyó la ciudad de esta ciudad

Un tono de relato es lo único que tendré aparte de saudade
Voy a contarte todo como si no lo entendiera

La ciudad de este hombre cabía en su habitación

Creo que estaba construida con cartón o madera
Quizá estaba hecha de la ciudad porque parecía ser real

El hombre pensó haber construido un mapa de símbolos,
una maqueta que soñaba la ciudad

Hay algo que espero no te moleste
Es el hecho de repetir tantas veces la palabra ciudad

Me niego a utilizar sinónimos
Urbe o Metrópoli desdibujarían el sentido de nuestra ciudad sin sentido

El hombre tomó nombres de barrios y calles y los rompió
para darles un significado que dormía en ellos
Cuando dijo *Alborada* pensó que era el punto
al cual el amanecer descendía para luego extenderse por toda la ciudad
Dijo *El Paraíso* y recordó que ese barrio
estaba pegado en la falda de una montaña
Entonces pensó que la Ciudad era el infierno

El acto que estaba por ejecutar precisó de más símbolos
y se dijo: *Sauces, Acacias, Ficus, Pradera, Ceibos*, ad infinitum
Ahora tengo un jardín que puedo incinerar

Y entonces la ciudad copuló con el fuego
El hombre empacó sus cosas y se fue al mar

GUAYAQUIL, MARZO DE 1987 - MARZO DE 1990

Marcelo Báez Meza
guayaquileño; 1969-

Cuaderno del salmista

1992 - Manuel Zabala Ruíz, primer premio

Tu voz acongojada en melodía
preludia en su rumor la caracola;
tu voz de nebulosa lejanía
viajera en el arpeggio de la ola:
esa voz que inventó la luz del día
en sonata de sol y barcarola;
esa voz del Jordán que me dijiste
y vuelves a decir cuando estoy triste...

En los astros tu mano fundadora,
en la ría de plata refulgente,
en el rojo tumulto de la aurora,
en el motín violeta del poniente,
en la inleve magnolia soñadora,
en las palpitaciones de la fuente,
en la edición de lujo de las flores
y en el iris cuajado de colores.

Todo me diste para el tiempo incierto
que habitaré este cuerpo desnaciente;
amontonaste de dulzura el puerto
para la erranza por el mar doliente;
tuvo tu amor de par en par abierto
amor, amor legítimo y ardiente;
y tu palabra con dulzor de caña
la que habló en el Sermón de la Montaña.

Me diste para el corto desentierro
la llorona guitarra enamorada,
la soledad con su portón de hierro,
la voz de la calandria en la alborada,
la esperanza en las rutas del destierro,
el verbo con su luz encarcelada
y la muchacha, música en la niebla
boquita en luz y ojazos en tiniebla.

La párvula fogata de la rosa,
el mesón de Belén muerto de frío,
la huerta rozagante y buenamoza,
la piedra charlatana de mi río,
esta muerte puntual que nos acosa
en sueño y en fulgor y en desvarío
y el monte de los astros balbucientes
donde mueren de lila los ponientes.

El buche alborotado de violines,
las arpas con perfiles de canciones,
altaneros los gallos mandarines,
la romántica abeja entre ilusiones,
el aroma que teje en los jardines
la placita de amor de los gorriones,
la linda mariposa de ojos brujos
que entreabre su cuaderno de dibujos.

La lluvia excursionista en el celaje,
malatraza el gorrión: mota de trinos.
el limonero con su verde encaje,
los búhos: querubines de ojos chinos,
la tarde pinturera en el paisaje,
los adioses que van por los caminos
y ese lado perfecto de las cosas
que aroman el vivir como las rosas.

Tú guardas el ocaso en la laguna
entre peces y cisnes de colores
y bordas los encajes de la luna
con dibujos de espejos y de flores;
tú incendias el plafón del agua bruna
donde sueñan dorados pescadores
y dejas que se lleven los barqueros
un noctámbulo enjambre de luceros.

¿Con qué sedas bordaste la mañana
que me ha puesto a cantar como un jilguero?
¿Con qué trinos forjaste la campana
que le ha puesto de plata al campanero?
¿Con qué esencias cuajaste la manzana
de rosa y miel y fuego colmenero?
¿Qué cítaras colgaste en los turpiales
que pulsan los cantones cipresales?

Me has pensando en amor desde aquel día
en que fundó tu mano el universo;
desde el pasado de la melodía,
desde el escombro pálido del cierzo;
desde el rocío y su cristalería,
desde que la palabra se hizo verso;
y, luego de pensarme en la semana,
me pensarás mañana de mañana.

Que me has querido va cantando el río
en su fabla de piedra melodiosa;
y repite en brillantes el rocío
engarzado en el nácar de la rosa;
y me dice en su gozo manantío
el vaivén de la espuma vagorosa;
y el viento en el palmar estremecido
se me ha puesto a gritar que me has querido.

Te he visto en la pupila estremecida
que tiene en el suburbio la pobreza;
en la rústica mano encallecida,
en la madre que muere de tristeza:
en la muchacha que perdió la vida
cuanto la vida a florecer empieza;
en el zaguán de un hospital perdido;
en la cárcel, la tumba y el olvido.

He sentido tu amor de tal manera
que vivo la ilusión de conocerte;
este amor es amor de primavera
sin abalorios de la mala suerte,
¡Alma mía!, ¡ya ves cómo te espera
más allá de la vida y de la muerte!
¡Hazle entrar!, ¡no sea que, cansado,
se aleje para siempre de tu lado!

Y, ¡mira, cómo soy de inconsecuente!,
(amargos son los tragos de mi vaso),
te hablo de amor y mi palabra miente;
te digo ¡ven! y al punto te rechazo;
te ansío con el cuerpo y con la mente
y abomino el calor de tu regazo;
me habitas con ternuras de infinito
y, al poco rato, yo te deshabito.

Y así voy por mi mar de tumbo en tumbo
cayendo y levantando a cada paso.
Navegante sin brújula ni rumbo,
pirata en aventura y en fracaso.
Me yergo, a veces; y, otras, me derrumbo
buscando una esperanza en el ocaso;
y sólo encuentro, en soledad y frío,
el carrusel chirriante del hastío.

De modo que yo tuve el paraíso
del Eufrates al Tigris de mi casa;
y permuté la gloria sin permiso
y perdí la zagala montaraza;
hice de la esperanza caso omiso
y de las ilusiones, tabla rasa.
Ferié el amor, puse la dicha en venta
y todo lo perdí sin darme cuenta.

Mi vida es un puñado de hojarasca
en las manos traviesas del destino:
una ave fugitiva en la borrasca,
un puente desolado en el camino;
la muerte de la aurora antes que nazca,
parábola del triste peregrino
que perdió el principado y la princesa
por darse en cuerpo y alma a la tristeza.

¡Amigo Dios!, ¿Qué puedo darte mío si
todo que soy tú me lo has dado;
este cuerpo de barro labrantío,
esta alma con su tiempo alborozado;
la libertad, el sueño, el albedrío,
el futuro, el presente y el pasado?
¡Permite, pues, que te devuelva en canto
este poema que me duele tanto!...

Manuel Zabala Ruíz
riobambeño; 1928-

Papeles asustados

1994 - Ana María Iza, primer premio

Por Siloé

La cesta de papeles colmada de infinitos
me hace sombra en la mesa con sus alas.
Escribe que te escribe:
la pequeña Lulú contra Cervantes.

Los cantantes

Ni vos ni yo cambiamos nada.
Encubridores vos y yo, cómplices puros.
Recibimos los aplausos vos más que yo;
pero las cosas continúan negras...
mientras los dos viajamos por avión con soltura
que casi imaginamos ser gaviotas.
y hablamos con el tipo de la esquina
de la tenaz miseria.

Nada cambiamos.
Vos cantas. Yo escribo. Los dos cantamos.
Mientras vos cantas violan a un niño.
Mientras yo escribo nacen tantas lágrimas.
Vos y yo cantamos claro.
No les gusta la letra pero cantamos claro.

Papeles asustados

A la niña
doy a rayar estos papeles
para que se entretenga
y deje de soñar mentiras.

Versada la niña en ensuciar paredes
pinta todos los días con tiza sus verdades.

Arreglo sus cabellos con cinta de colores
y le entrego un cuaderno a doble espacio.
–nadie le culpe por las cosas
que su alfabeto canta–.

A la niña no le importa el mundo entero,
se alza de hombros y dice:
«lo rayaré mañana».

Dulcinea

Sin un beso que llevarme a la boca
–¿hay algo más dramático?–
el lápiz se hace carne y habita en el insomnio.

Llama llama a la llama.
discierne la presencia del mar en los rincones.
Lápiz espuma: revienta, salta.
Ruedan olas y luciérnagas por la tierra convertida
en una gota de agua.

Lápiz prismático conque observó El Principito
las galaxias
y Dulcinea escribió
largas cartas al Toboso de sus lágrimas.También El Lago de los
Cisnes –un rubio marinero–
dejó su cargamento en mis pestañas.

Lápiz,
coñac desesperado
tu dura madera me hace creer en barcos.

Talleristas vs. Poesía

Conspiran contra ti en sus talleres
los talladores,
becqueriana discordia de un mal alucinado,
filigrana que de la nada llegas
a consolar al triste,
a compartir tu pan con el cansado.

Jamás a tus balcones irán las golondrinas.
Partió Dávila Andrade con su fakir a cuestas.
Un refugio de espumas te socavó Alfonsina.
Nunca más Nazin Hikmet, Darío ni Machado.

Las Rubaiatas, Khayyam se las bebió de un vuelo.
Poesía:
retumbo sin final. Dios en pedazos.
A mis dedos en flor lanza Vallejo
la suerte de sus dados.

Rueda de fuego

Signos y signos
que otros significan,
codifican,
descodifican.

Ni lo que captas tú
ellos lo captan,
descifran vendavales
por arritmias.

Te suman un tifón al aguacero.
Y sólo se trataba que hacía mucho frío
y habías olvidado cerrar bien la ventana.

Envio una Cometa al infinito

Sube a mi corazón la mesa
y me siento a jugar con las palabras:
ajedrez sin alfiles, jeroglífico,
manera de aguantarme.

Voy a enviar una cometa al infinito
con un piola larguísima de lágrimas;
las lágrimas se llaman Luz, Manuela,
luces de madrugadas filo amargo.

Las amargas mujeres son aquellas
que se tiñen de azúcar las entrañas.
Miel sus sentidos, sangre suya sangre.

¿Ves...?
Jugar a las palabras resulta divertido.
Y ni pierdes ni ganas.

Frente a frente con la antigravedad

Vuela a pescar estrellas alondra ionizada.
La altanoche ha crecido el colmo de los colmos.
Por la atroz escotilla lo que provoca es irse
sacándoles la lengua sin fe a los tiburones.

¿Qué tiene que ver contigo la embraguetada sombra
que erecta te persigue como un hombre...?
Jamás han de alcanzarte sus espermatozoides
si aproximas tus cantos al vuelo de los dioses.

Deja que la basura siga con la basura,
aunque la pobre crea que es blanca mariposa;
ya la verás perdida bajo sus negras llamas.
No llores ni sonrías por su lejano humo.

Vete a pescar en aguas de astros derruidos,
quizás cojas la imagen de los seres futuros.
y cuéntales la historia, tal cual, la verdadera:
cuando la noche se hizo el colmo de los colmos.

La lista interminable

Filtro. Molino. Escaparate.
Tizne. Jabón. Mercado.
La lista sin sabor tarde y mañana.
Ají mi corazón rojo de rabia,
el perejil un río. Uva la sangre.
Sin embargo no me hicieron las chispas
ni sus locos fusiles engrasados.

«Prepárame un café». ¿Cómo se escribe ionosfera...?
¿Dónde quedan en China las Murallas...?
Nadie se preocupó por mis aldabas,
sólo yo en la cocina para sentirme viva
al revés de los platos me anotaba.

Entre dos aguas lluvias

La lluvia me busca como loca
y yo escondida detrás de este verano.
Los cabellos tan largos de la lluvia
si me encuentran me enredan.

Me busca
para darme el informe de las aguas,
releerme hasta la última sílaba
fragmentos olvidados;
entre sus aspas convertirme en harina
ahora que soy trigo amargo pero entero:
de mí comen los pájaros.
por eso hay tanto canto sabor a crisantemo.
Que la lluvia no me encuentre nunca.
¡Este verano para siempre sea!

El fuego no devora las estrellas

Bajo el vestido vaporoso
el pavoroso incendio
Holocausto de Holocaustos. Fiebre interna.

Pedazo de sol en la canasta. Alta matea.
Van a partirse el cráneo por descubrir quién eres.
No lo digas ni al viento.
Si se entera la tarde habrá un enredo de hojas
por las calles del puerto.

Caballo de bronca

Fruslería tras fruslería.
Albarda sobre albarda.
Razón de la sinrazón.
Vida sin vida.

La estrella en el cordel como una sábana.

Todo al revés
incluso el desatino.
El vidrio y su delirio por los vasos,
el mantel enamorado de la silla,
la sombra entre los dientes como carne.

Ya ni redondo el pan,
sucia la hogaza.

Hitler el dolor. Nerón el sueño.
Atila la esperanza. Sade mi verso.

Alarde

La señora alardea:
«he pasado una tarde linda»:
he gozado escuchándole.
aprendiendo,
no sólo lo que dice sino cómo lo dice.

En la antesala de la tarde estuve
sin señor,
sin señora.

Rasputín y sus cartas con besos
que nunca me llegaron.

Magnífico deleite sobre la mesa, nadie:
a veces alguien llega y no asoma la llave.

Sin orejas las tazas, su café sin azúcar,
bebiendo señoritas de negro sus memorias.
Es un secreto a voces la fetidez del viento
en la boca sin dientes del planetoide.
La señora alardea:
«he pasado una tarde linda,
sin pensar».

Negro de humo hecho canción

Dadme un lápiz
no sólo indiferencia:
yo os volveré canciones simples como las del agua.
Edith Piaf inundará las calles,
la trompeta de Amstrong los caminos.
Miel la voz de Sinatra.
¡Dadme un lápiz!
Chorreará la música que hierve en mis sentidos,
saldrá la vida a derribar la noche con su traje de jazz.

Despertará el negro Robinson
del que heredé esta tinta.
Negro lindo que me libra y me salva,
me describe y me limpia.
¡Dadme un lápiz no sólo indiferencia!

Mi búnker

De acuerdo: resignada.
Reconozco mi digna indignidad. No me rebelo.

Toco el agua con los dedos a ver si está mojada.
Recorro los visillos antes de abrir mi alma.
Ciega, sorda, muda;
hago un nudo y me muerdo lo anudado.
Juro
sobre este mundo que se extingue
que yo no me extinguiré.
En el siglo veintiuno seré costurera de ropa de niños,
mamá de huérfanos.
horno de amor y de ternura para mí misma:
nadie me volverá a pegar con la tristeza.
Por eso si me caen a gritos ya no grito,
si me llueven las balas me abalanzo
hacia el búnker macizo de mis versos.

Alazán disfrazado en la gruta

La noche mestiza de bruces en la sábana
la sábana de bruces en la noche:
quiso quedarse en la sombra hendida
andar sobre la sed para volver a hundirse,
partir sobre la piel en pedazos el pan
y lanzarlo a la nieve
donde desde hace días el amor duerme en paz.

Porque la hiel del adiós es la miel de regreso,
porque la hiel del regreso es miel en el adiós.
Y todas estas cosas sólo yo las entiendo.
Otro poco la noche. Y todo, quizás, Dios.

La heredera

El fuego se fue en el río
y el río se secó.

Con qué nos taparemos carne mía.
¡Aunque sea una hoja que nos lanzara Dios!

La casa es un fiera de ojos amarillos,
danza sobre la cama con sus patas,
feroz,
cuelga como lámpara la herida lila.
Jamás en mis dominios quiso salir el sol.

Porque soy la heredera de la nieve y el frío,
aprendí a hacer hogueras,
frotando mi corazón contra las piedras.

Cantó una golondrina en las noticias

Las nubes están cansadas de ser nubes,
quisieran ser lavanderas, fresca hierba,
señoritas profesoras,
esculturas de Botero.

Se cree que los cantantes no se cansan
de cantar y cantar los mismos temas,
y las amas de casa no se aburren
de la televisión y el costurero.

Todo cansa.

Por eso las nubes están cansadas de ser nubes
lejanamente inciertas.
Prefieren ser pulseras de colores,
señoras gordas
adictas a la miel y a las turquesas.

Retraso en blanco y negro

Temblando como la gelatina
me escondo dentro de mí misma,
como de niña bajo la cama;
llegaban los ladrones, los jíbaros, los brujos:
aquellos que cortaban los dedos a los niños
y se comían crudos...

Me miro en el espejo de cinco años
Hola le digo ya estoy al otro lado;
sin embargo sigue el miedo a los ladrones
que enteros se comen los corazones.

La sonrisa de ahora es puro cuento,
aparente el nombre que me alarga.
Sólo el ansia de entonces no me deja
ni está ya mi escondite bajo la cama.

Clip mariposa número uno

Una más del montón.
Me gusta el queso.
No sé si la cartera va conmigo
o me lleva rastras la cartera.
Si el collar cuelga de mí
o yo del collar me cuelgo.

Con mi fama de inventora
la multiplicidad de los martillos
y la facilidad de los clavos me entretengo.

Vas a salir del montón cuando mueras
una calle me dijo;
desde entonces
nunca más por esa calle vuelvo.

Plomo de sed

El Comunicador lanza sus redes
y me salpica el mar en plena cara.
–¿Por qué tanta sal en sus poemas…?
–Las olas revientan en sus páginas.

El rumor de la infancia regresa
como sed salvada de las aguas,
balsa que a lo lejos se hunde y no se hunde.

Metáforas de luz los alcatraces
sobre el papel mojado del océano.

No sé que odié más a mi padre o al mar.
No sé qué amé más entre el mar y mi padre.

El Comunicador Social insiste:
–¿Por qué tanto mar en sus poemas...?
y es tan intensa la sal que su pregunta
se volvió estatua
y mi respuesta estrella.

Nuevo informe radial

Me sube a la montaña y me grita:
«La poesía te dará su gloria
cuando olvides al mar y te lances
a los campos elíseos de la Historia.

Te nombrarán Embajadora
si describes el hijo de las grandes potencias,
la conquista del cosmos.

La guerra es un mal necesario para la paz de la tierra,
narra las grandes hazañas de los héroes modernos.
Filosofía. Expándete. Libérate».
y en ese instante la radio informa:
«Doscientos cuerpos horriblemente mutilados
son encontrados después de quince años
bajo una playa...»

Hermoso campesino

El Sol, hermoso campesino,
no sabe hablar pero sonríe
y desintegra los iceberg helados.
Pantalones de dril, camisa a cuadros,
zapatos amarrados con flores y pencas,
la alegría, como llavero, da vueltas
en sus manos.

El sol está a la moda
sus cabellos sujeta a las espaldas.
La Ciudad le observa de lejos
y se enamora de él como una tonta.

Le declara su amor con las campanas,
quisiera comerle a versos.
le nombra Gobernador de la mañana.
No importa que diga «haiga».
Con tal que el sol le acaricie
la Ciudad rompe a gritar:
«¡Que haiga sol... que haiga sol»!

Estrella de mil puntas

No piense gavilán que Siloé está triste,
ni lo imagine usted señora garza,
menos encantadora señorita virgen y madre luna,
nave, antiguo documento, pergamino enrollado,
trozo perfecto sobre el papel de la negrura.

El maderamen del infinito
flota alrededor de usted como una balsa,
guarda gasas transparentes
por acaso le lastime una palabra.

Así vive usted, libre de preocupaciones,
rodeada de solícitos cuidados.

Y yo no estoy alegre pero tampoco triste.
En el fondo del mar tengo recursos.

La materia invisible de los sueños

Ni el rayo, ni la rosa, ni la roca,
ni la rata, ni el radar, ni el remo
detuvieron el rodar de su camino...
sus ansias de volar.

No se detuvo en seco a preguntar por qué crujen las ramas.
Por qué es así la vida...

Las ramas son las ramas y la vida es la vida.

Por referencias conoció la ternura.
en revistas prestadas conoció una Ciudad.

¡Cómo serán los hombres en Ganímedes!

Y si en la tierra existen,
¿dónde están...?

Bajo la carpa de la nube

Con el agua de la lluvia no se juega,
las tijeras de la lluvia pueden cortar los ojos del curioso,
a la lluvia no se puede imitarle en sus tormentas.

Hay quien cree llover y no ha llegado nunca
ni a la nube primera.

Llover es otra cosa y no como lo pintan.
Llover es tocar fondo
ni frío ni calor, sólo el diluvio
y muy lejos el Arca.

Submarinos la noche y la ventana.
Y llueves sin parar y llueves tinta
¡y nunca más escampas!

Mi memoria te sigue navegando

El cadáver del sol en la altanoche del ya no ser,
en el espacio las estrellas fueron indomables
igual que la azul materia de mi canto.

Divagan sin noche ni día
lejos ya de las meditaciones y de los siglos,
del mar que existió alguna vez.

Mar:
sangre negra de las constelaciones,
nebulosa coagulada, también tú has vencido:
mi memoria te sigue navegando.

El cadáver del sol y mi memoria
¡y el mar convertido en sal sin resplandores!

Ventanas en la ventana

Rechazo ofertas, hoy sobran las demandas.
Días difíciles, cierran las fábricas.
Solamente la industria de la infamia
no se dobla
ni revienta.

Hay mujeres brillantes que hilan fino
y otras mujeres tontas
que permutan
luceros por barrancos.

Llega a su fin la clausura.
Los tiempos cambian.
Las mujeres tontas terminan
dirigiendo las fábricas.

Coplas de mis copias

Se entiende que las quiero:
les di el calcio de mis dientes,
la sombra de mis párpados.
el brillo de mis huesos.

América no estuvo preparada –ni yo–
cuando los navíos de ojos azules
nos invadieron.

América y yo tranquilas, enmulladas
parimos espejos
sobre la piel dorada y dulce de la canela.

Después…
quedamos rezagadas, insalubres, perplejas.

No les culpo
su aversión a las letras;
son culpables los títulos de nuestra biblioteca:
«Stallone y Marilyn»,
«La Mujer del Bucanero»,
persisten los Conquistadores
con sus rojos bonetes.

Copias de mis Copias les escribo
porque me arde la lengua,
me queman los ojos,
me pican los dedos
y es un incendio sin fin mi cabeza.

América y yo les abrazamos
con un abrazo total de cordilleras.

Ana María Iza
quiteña; 1942-2016

Relincha el sol

1996 - Euler Granda, primer premio compartido

Dijo una voz
hágase el vino
y tu piel fue hecha

De las bebidas espiritosas

En lo que te concierne
eres una bebida espiritosa:
tu pelo hilos de whisky
y en lo demás
el zumo de la flor de la vida.
Bien o mal enseñado
mi paladar es exigente,
cuando bebo es otra dimensión,
mi sangre pasa a ser
pájaro de alto vuelo,
el resto es la resaca
donde joden en forma los demonios.
Entre la chicha compungida,
el rico Ron vulva de negra,
el Vodka, los Coñaques,
los Mostos que me halagan,
(ahora recuerdo,
Dionisio hijo de puta
por un casi
te bebes todo el vino),
si me sitúan
entre la espada y la pared,
si tengo que elegir,
vuelvo y repito,
entre Jerez, Cerveza, Pisco
o aguardiente
que hace cosquillas en los huesos,
porque es un trago noble,
porque no da chuchaqui

y no acata a los nervios,
porque se toma seco
y da más ganas,
para beber beber
tu piel degusto y punto

Entre la gente y el humo de los carros

Desde Quito
hasta el fin de la tierra
yo caminé tu piel,
en ella me interné,
me la aprendí al dedillo.
En ella caí en éxtasis,
de nuevo volví en mí,
me di las vueltas,
apaciguado a veces;
a veces desbocado,
lúcido hasta no más poder,
sonámbulo, enviciado,
ensimismado, entimismado,
con el tacto borracho,
viviendo en la candela.
Un día
cuando salía el sol
por donde nunca,
con estos ojos
que han de hacerse tierra
yo vi como en tu piel
pastaban las palabras.

El nido de las preguntas

¿Con cuántas gotas de agua
se hace un mar,
con cuántas muertes pequeñitas
es la muerte total.
revolotea
amasa juicios de valor,
consulta el calendario cósmico,
se enternece tu piel,
habla como la mía
le falla la memoria,
en qué idioma se entiende
si se entrena a otra piel.
Canta, con qué licor pierde el sentido,
escucha a través de las paredes,
sale de viaje cuando se duerme el cuerpo,
te hace reclamos,
tiene ansiedad,
me sueña,
en qué forma le atacan las ausencias,
sufre de pesadillas cuando en tu piel
se hace la noche.
Cuando se suda la piel llora por alguien?

Frío del 27 de octubre

Abrázame con tus brazos inéditos,
con los descomunales brazos del instante
en el que cabe todo el Universo
en su tic tac, las yemas de las flores,
los electrodomésticos, el big bang,
la exultación, los niños.
Abrázame
como la última posibilidad y la única;
irreversiblemente obsécate,
no titubees,
nada nos llevaremos de este rato
porque también aquí morimos poco a poco.
Abrázame con tu nombre;
pajarito que brinca las mañanas
en las enredaderas de mi sangre,
con las manos que aún no te han nacido
pero que las escucho
como se escucha soliviantarse al vino
en los barriles.
Como razón suprema abrázame,
anúdate, transvásate
como si fuera a irme
y no quisieras que me fuera.
Que nada mío quede aparte,
ni la música «Choro de saudade» que me adula,
si las ideas sin cabeza,
ni lo que quise tener y nunca tuve,
ni lo que quise amar
y acabé repugnando,
ni mis adentros
donde solloza un individuo
frente al cadáver de una fruta.
Para jamás quitarlos
instálame tus brazos,

rescátame la espalda,
sálvame la cintura;
con tus ojos abrázame,
abrázame con mi nombre y apellido,
abrázame con tus tobillos,
abrázame mis viajes
que al nacer se pasmaron.
Abrázame el meñique y la sordera,
el último libro que leí,
el disimulo con que miro a la muerte.
En mí personalízate;
tus brazos son distintos
a cuerpo de rey me tratan,
que quede claro y de una buena vez
que nos fundimos.
Abrázame con el olvido.

Tu piel es todo

Rosa de doble filo
es tu piel en mis manos,
si me diriges la palabra
haces circuito en mí;
me consta cuando el mar
te huele desde lejos.
En las calles del mundo
pudre su carne el día.
Es tiempo de elecciones,
más de lo consabido,
la pende se hace idiota
y mientras tragan piedras de molino,
mienten los otros,
infantilmente mienten,
por cada diente mienten,
sólo tu piel es de adeveras.
Aunque no es mi costumbre,
porque alabanza en boca propia
es vituperio,
amo a rabiar mi tacto
porque mi tacto te ama.

De la sobrevivencia

Los días son autófagos,
con hambre canina
se devoran sin contemplaciones.
A nuestro paso las cosas se derriten,
la dentadura
va cayendo muerta;
pero tu piel,
encima de todas las apuestas,
en contra de todos los pronósticos,
a todo sobrevive.
Tu piel
orquídea que me azuza,
cariciosa, vivita,
gamuza reincidente.
En el peor calor
fresca tu piel
y en el frío más negro es tibiecita.
Tu piel
la única excusa de mi piel.
Tu piel
que no es cualquiera
en los malos momentos
me ha salvado.

Y me fui por el mundo

A hurtadillas
se da a la fuga el día.
El amo es una sustancia pegajosa
que se mete en nosotros.
No soy cortés
recaigo a diario
en la inutilidad de decir «buenos días».
Con inusual frecuencia
me muerde la cabeza
en los talones
y el corazón me da la espalda;
pero soy necio y sigo;
palabras más,
palabras menos,
palabrejas.
En el cielo relincha el sol,
en las calles
el viento está loco de remate.
Exacto
un día como ahora
oí el canto de sirena de tus nalgas
y me fui por la vida
persiguiendo ese canto.
A zultano,
a mengano,
a cualquier transeúnte
preguntaba de ti la tartamuda de mi piel
y así se consumían las semanas,
las ganas locas de beber,
los plazos,
la vesícula;
así
hast un millón de veces
darme la vuelta al mundo,

hasta que me desconcentré y perdí el hilo
y te perdí
porque el asombro
cuando es reincidente
se hace trizas
y la belleza es sólo un soplo.

Conversatorio en la noche

I

De tu cuerpo platico con mi cuerpo
y en ese ir y venir
domestico a la noche
y la exorciso;
soy necio perdedor
a tu cuerpo barajo entre mis dedos.
Por más que haya incidentes,
discursos cursibrutos, mareas con petróleo,
fluctuaciones del dólar,
por más que cruce una luciérnaga
cabalgando a un caballo
o den noticias frescas
no hay de qué más hablar,
no hay otra cosa que interese.
Mi cuerpo habla de ti,
mi cuerpo es un dipsómano del tuyo.
Nunca puse en tela de duda:
revolotea tu cuerpo
adentro de mi cuerpo.
Para mirarte sin interrupciones
cuando ladra la noche
enciendo mis palabras.
Sentados a la mesa
mi cuerpo y yo
charlamos de tu cuerpo
hasta caer rendidos
y aún durante el sueño
continuamos haciéndolo.

II

Yo anduve
yo no anduve,
en eso de encontrare
en más de una ocasión me di por muerto.
Yo animal calcinado
tú eras dueña del agua.
Tu cuerpo radical,
imperecedero,
musita en mis oídos,
vuela y trepa por mis vértebras.
Aunque golpea el frío,
acaloradamente
de tu cuerpo converso con mi cuerpo.
En la ventana se abate la neblina.
Amanece
no quiero que amanezca,
entre tu cuerpo
y el bramar de la vida
una pared de roca transparente
pone la luz del día.

Sábado

Que ya pasa la raya,
que ya se ha especulado tanto con tu piel,
dirán que me repito;
a cada instante
quién no es repite.
Dirán que es contumacia,
doblemente porfía,
que hay que ceder el paso
a las prioridades;
pero hazte cargo
los eructos del mundo
por la una oreja me entran
y por la otra me salen.
El tiempo arrastra todo
pero se queda aquí sembrada
tu piel
gatillante,
tu piel que agarra a la primera copa;
gacela que salta entre mis manos,
puente colgante
par que desde mí
vaya a tu lado.
De quién depende,
qué durara todo esto,
el tiempo que se demora el sol
cuando las tardes en el mar
se clava de cabeza
o lo que dura el suspiro de una abeja
que se suicida con su propia miel.
Pienso en piedra
y digo seda,
quiero diagnosticar enfermedad
pero aparecen flores en mi boca.
Ahora mismo me veo obligado a interrumpir,

una campana me llama al lado tuyo,
la sonora campana de tu cuerpo,
cantando a coro con el día,
arengando a la vida.

Estertores del 2 de diciembre

De gana dices mío,
en el fondo
nada es de nadie,
el asunto es que estamos ahogándonos
y desesperados buscamos agarrarnos de alguien,
eso es todo;
por eso
para no crear falsas expectativas,
con el afán de cortar por lo sano
yo les tuerzo el pescuezo a tus palabras,
cimbran,
percuten,
en mí se encarnan,
hasta que llega un rato
que no sé quién es quién.
Cuando me oigo te oigo,
mis oídos se beben tus palabras
y saturado,
repletísimo,
cállate ya digo a mi piel,
estoy harto de tanta jerigonza.
Tacto, lengua,
instinto, olfato,
pulmones que me estallan,
rodillas que me crujen,
para qué tanto escándalo,
¡cierren el pico ya!

En mala hora

Siempre hice de tu espada
muro de las lamentaciones.
El tiempo nos remuele.
Te vi,
me comparé,
me vi,
veinte años no son pelo de cochino.
Volví a verme
y era para pegarse un tiro;
no era vana curiosidad,
quería cerciorarme
cómo la vida se encarnizó contigo,
cómo de desfiguró,
cómo de puso el pie,
cómo abusó y te hizo trapo,
cómo de dejó el alma
como nariz de boxeador,
cómo se te encorvó la risa,
cómo se derrumbó tu piel
cómo mejor... mejor me callo.
Cuando me cuentas cosas tuyas
a mal palo de arrimas. A mí también la vida,
la pudridera a mí también.
No todo lo que brilla es oro;
nade sabe lo te nadie.
Yo te entiendo
hay ratos que se desploma el cielo,
que al aire,
le falta aire,
que llega el fin del mundo,
que ante tanta evidencia
no hay consideración que valga
ni argumento que auxilie.
Igualito que a ti,

a mí también la vida,
a mí ídem, ídem.

Después de todo

Contra Natura es,
comete un sacrilegio
quien cierra el paso al viento.
Las alambradas,
los muros de contención,
se desbaratan
cuando hace fuerza el viento.
El amor es un ave domesticada y todo
es un ave,
las aves no se casan
no firman en papeles,
ni se ponen anillos;
desovillan los días
y el viaje es su sustancia.
Quien esto contradice,
quien interpone obstáculos, quien hace ligaduras
se maniata a sí mismo,
se cercena las alas.
La obligación
es de cemento armado,
el hábito es el corral
donde perecen todas las sensaciones.
La costumbre es la asfixia en cuentagotas.
Por qué el amor
ha de ser una exigencia,
una deuda,
un ave embalsamada;
por qué las anteojeras,
por qué los dueños de la vida
tienen que programarnos,

por qué matar a la gallina
de los huevos de oro.

Euler R. Granda
riobambeño; 1935-2018

Beberás de estas aguas

1996 - Ángel Emilio Hidalgo, primer premio compartido

A mi abuela,
a su memoria

Tu voluntad avanza como una ola
donde todos los días acaban por ahogarse.
—Rainer Maria Rilke.

Arenas movedizas

La creación es un circuito.
Todo volverá al mismo lugar donde vino
renacerá de nuevo
y empezará a levantarse desde el primer
momento.
Los mismos mundos, bajo
diversas apariencias
emergerán de la luz y las tinieblas.
Los viejos/nuevos habitantes del planeta
se repartirán la frustración de no poder pisar las dos orillas
a la vez.

⋆⋆⋆

Vi como las palabras se desvanecían
una tras otra hacia su origen.

Examiné tiempos, nudos, volúmenes
huérfanos de odios y de escombros.

Todo descansaba
acostumbrado inútilmente a ser memoria.

No había tiempo para recoger a Dios.

⋆⋆⋆

Mis palabras han caído.
Quizás sólo sean ángeles de un tiempo inconcebible
imágenes
de un alucinar sin voz.

Imprudentes emisarias del silencio.

⁂

Escupo el mar:
ansiado verbo que incorpora
mis manos silenciosas
hacia mi otra edad de alucinados pájaros
que lejanos desafían
mis nocturnos hábitos de vuelo.

Ha nacido para curar soles obscenos.
Ávida de nubes que derraman su vergüenza
la oscuridad es más cierta que aquel as de espadas
que ciega como ignora
mi soledad

El tiempo en círculos cocéntricos
derrama su licor
y un alivio de noche escapa entre los rescoldos del relámpago.

Fiel a mí tu nombre como una maldición:
Poesía.

⁂

Sus manos llevan un acorde antiguo
una prisa lenta que conforta
que me habla del lugar de donde viene.

Escurridiza a veces, observa lejos
agazapada en el follaje
pero está ahí
deslumbrante

en su conmovedora desnudez
libre
en la carencia de sus gestos,

Poesía:
después de todo, la eternidad existe...

⋆⋆⋆

Escucha el silencio del nogal fumando niebla
prestidigita sus crines que apuñalan
la tormenta.

La herida del volcán
la raíz de la savia compartida
ha derribado la estructura del demonio de los pájaros
y te ha visto humedecer
al amparo confidente de la lluvia
y desmemoriar el fuego que te ata.
Aquí
donde los estertores de la noche
te han puesto a salvo del aniquilamiento
siguen resonando los tambores de la luna
desde su guardia de roedor inalcanzable.
Goteando multitud de signos
a través de la rendija de habitaciones soñolientas
alfabetos que perdimos
proponen a ese mundo
que empieza y termina entre tus manos
un antiguo poema hecho de carne
todo acude a mí como un instante.

⋆⋆⋆

La tierra apenas paladar de huesos
rumor de sudores incontables
palabras que se agitan
sobre la bruma de la humanidad.

Aquella
la última morada
de ese poeta de mirada fangosa
que incineraba frenético sus días
en la terca desnudez de una mujer.
Ahora ya no caben
deshilachados muros
mareas que a su paso rescataron
regiones olvidadas del instinto.

La cura del amor es el olvido
decía mi abuela, mientras
legiones de manglares crecían en su piel.
Con ella aprendí a detener instantes y a perpetuarlos en un té
cuando la sombra del molino
me invade los espacios
y empiezo a creer que ya no existo.

⁂

Hombre
Laberintos de sueños que envejece

Mar
saliva de los dioses

Entre el hombre y el mar de mi poema
solo media
la playa de tu ausencia.

⁂

La muerte es pasajera.
Todo acude a mí como un instante.
En ti me reconstruyo...
Tu colmas en mi calma la habitación vacía.
La ciudad es un campo minado de estupor.
A las casa le salieron canas

y los días se retiran
tras el humo que exhalan las baldosas.
Una última escapará de las cenizas
y yo me detendré a pronunciar en alta voz
la algarabía de mi muerte.
Para entonces, habré rescatado a la ciudad
del olvido profundo de la tierra.
Otros ojos que sepan los mismos
leerán en una lengua muerta
una extraña inscripción que anunciará:
«La muerte es pasajera»

⁂

Como el sombrero del mago
es oscuro e infinito,
el viaje que
me espera hacia tu centro.
El cuero de la luna
una comilla que sostiene el auditorio.
En ese instante el tiempo se detiene y es un espectador más
aplaudiendo el número del día.

Ahora ya puedo recorrer
converso tan denodado sortilegio.

⁂

al avistarte desnuda caigo en cuenta
de que la noche de tus ojos
es un presagio inacabable.
Tú eres la ventana que junto al mar se posa,
la escoba del viento
que barre la hojarasca.

No importa que las calles nos den caza,
que tengamos que volver

sobre los aleros
a rescatar la sombra que el amor obliga.

Seguiremos navegando
hasta que Ícaro despierte en otro cuerpo
y se arrepienta,
hasta que el amanecer
disponga en sueños
el último abordaje.

⁂

Empezamos a jugar:
tomo tu infancia y te recreo
entre el salto y te la caída
y la invariable decisión de retener
puntos de luz que oblicuos caen
desde la ventana hacia tu cuerpo.

La escalera nos conduce hacia el abismo
las cartas han sido echadas
fingiendo caos...
todas llevan el estigma del azar,
por eso se eliminan bruscamente.

Mundos vi caer
en una mano de baraja
mas nunca desmayé
en el arte de ir tejiendo mutaciones.

Obtuve de ti
el perdón de mis bondades.
Carecí del silencio de las aguas
para callar cuando hace falta.

Las líneas de mi mano ya me condenaron a morir
en cada sobriedad.

⋆⋆⋆

Sucumben labios como arenas movedizas.
Las flores, acribilladas de rocío,
reconcentran su color
cuando la tierra, ennegrecida, vuela.

El mar tiende a tenderse:
la austeridad de tus hombros
se somete a mis modales.

En lides cotidianas de acrobacia
la huella del incienso nos conduce hacia ciudades sumergidas
donde por fin levantamos
de entre los escombros
una nación ardiente entre los dos.

⋆⋆⋆

El tiempo crecía como el mar
ajeno a nuestro encuentro.
Las orugas del sueño tejían sus temores.
¿Recuerdas?, mi acontecer era largo
como gemido de blues
y tú te entretenías surcándome en silencio.

Hoy que entro a este bar
y siento un murmullo de estrépito
que no es el de la cerveza retorciéndose en el vaso
sino tu llegada como náufrago
a mis playas; logro convencerme de que nunca pudimos
guarecernos del amor.

⋆⋆⋆

Debes saber:
la luna es mansa en los portales
se alarga hacia tu sombra

y te rodea.
Sigue las huellas que dejaste
en otra voz
en otro tiempo
en otro verso.
Olfatea espacios
y se apropia de la noche.

En la noche los árboles son llamas.
Por eso calcinan nuestros cuerpos.

⁂

Sumpa.
La tierra resbala nuestro encuentro.
En mis manos
no cabía la desnudez de tanto espacio
rubricado por el mar.

Entonces, millares de cuerpos se poblaron
del recuerdo de una noche interminable.

⁂

Ella me mira las manos
escruta instintos extraviados
leyendas que sostienen sus indicios.
El silencio es insultante;
hay demasiada razón para callar
–dicen los rostros–
Por eso vigilan mi presencia
y me acusan
de no pisar con lógica al asfalto.

Paradero - sin nombre.
Ella se separa de su ruta
invitándome a escapar
de la foto b/n.

⁂

A Carmen Teresa Avilés

Invierno.
La aspereza cubre la transparencia de la hierba.
En cámara lenta pasan las ciudades.

El viento se mueve torpemente
como un principiante en el amor.

Pero tú no necesitas llamar a la ventana
para asegurarte
un destierro decoroso.

⁂

Dime, ¿Para qué estas vestiduras,
este ropaje antiguo como frontera inútil
que nos aparta bruscamente del lenguaje?
Al asombro del mar
una ciudad líquida nos llama.
Los cuerpos nos reciben
refulgentes como conchas en la arena.
La espuma es la saliva de los dioses.
En ella esculpiré la última distancia.
Las ciudades de los andes
envejecerán de espanto y niebla
mas, la nueva humanidad ecuatorial
emergerá del mar.

⁂

Las aves
nunca terminan de estrellarse contra el cielo.
El sol queda tatuado
en puentes y ventanas.

La desnudez de la ciudad se cubre en luto...
Entro y salgo del poema
lo mismo que de ti.

⋆⋆⋆

Deja que la luna resbale
pálida desde tu nuca
como un presentimiento.
Mis manos esparcirán su luz sobre la tierra.
El sendero de la humedad está trazado.
Sin dubitaciones
me reflejaré en tu espalda y desearé atravesar
con vocación de vértigo
el surco ineludible de tu astro.
Línea tras línea
mis dedos escribirán
el aguacero de tu piel

⋆⋆⋆

Heredo de la noche
la claridad exhausta de tus manos.
He querido transgredirte con caricias
escogidas
que a cada instante
te harán mudar de piel como la mar.
¿Dónde sino aquí! ¡La permanencia del instante?

⋆⋆⋆

Huyen los caballos de la noche
una lanza de la luz rompe las filas
la infantería de la sombra
desprende al contendor en retirada.
Todos héroes que soñaste
esconden su armamento
en algún lejano vientre.

Un nuevo grito de agonía les hará volver.
Seguramente la guerra durará más de un millón de amaneceres.

⋆⋆⋆

Me retiro del lugar de las palabras
como la oscuridad del ventanal que se desviste.
Hemos inventado el desencuentro
que jamás existirá.
Detrás de la tinta que cojea
queda el designio de fungir
igual que el tiempo
de eterno hacedor de soledades.

Como la vida se adelanta a la locura
una velada surta de abstinencia
me impide terminar este poema…

⋆⋆⋆

Te diré que bebo de tu huella
desde la pendiente de los aparejos.
Que el deseo de izar velas
en tu nombre
se lo debo a la nostalgia.

¿Cómo no hendir de sal los pechos
cuando tu aroma silba las arenas de mi piel?

Esta costumbre de diluir la tarde
en el océano de tu boca
la conocí siempre.

Desde mi paciencia aguardo
el muro inexpugnable de tus ojos.
Yo no llevo salteadores de caminos
en mis células
ni oscuros navegantes

que inventar nudos de mareas
en su furor de costas.

El puerto sitiado sitia
y la peste del deseo
quiere ver la muerte saciada en el abrazo.

Entonces
practico el hábito del tiempo
en el espacio:
deshojar calendarios en tu piel.

Muy cerca de ti la luz descansa
encuentra un sitio
para detener instantes.
En ti
rumores de otros siglos desembocan.
En tu cabellera huelo alisios
y me aproximo a las profundidades...

Basta, no quiero escribir más.

Temo revelar
el secreto de las cosas.



Siete Mares

Llévate allá la voz con que te llamo
—Quevedo

A la Dama

La mujer que camina junto al fuego
tiene un vaivén de saya
que recorta el viento.

La cima del tifón
extraña el parpadeo de su abnegada forma.

El camino que recorre esa mujer
es arduo como su decir,
huidizo
como el ojo del venado.

De nada servirá el atributo de conmover cimientos
cuando los silbidos la evadan por doquier
y la cera el tiempo
derrame precipitadamente
sus días como gotas
por esos mascarones de proa
que alguna vez hicieron comprender
el eterno anclaje
de su oficio.

⁂

El beso de la sal limpiando tu sonrisa
como fósforo que encendía la marea.
Has penetrado toda tú, bautizada plenamente
en mis dominios.

La sangre que se yergue entre dos bosques
reproduce en un instante
la plenitud de la creación.

El eco ya lejano de tu piel
palpita
como las últimas luces del estero.

Tu cuerpo reposa en mi silencio.
Celebro la desnudez de tu obituario.
La exuberancia presagia el deterioro.
La usura del mar barre castillos.

Tierra después, antes memoria.
Gotas que se irán secando
sobre la piel desértica.

Atrás la infancia del sol
que crecía en tus cabellos y
agachaba la cabeza en el estero.
Lejos
la ruta de los barquilleros
por esas piedras sin nombre
que sostuvieron nuestros cuerpos.

Encargo a los pájaros
el sueño inconcluso de mendigo
y este mortal combate
te lo dejo a ti
como apacible tributo de la arena amarga.

⁂

Escogí el oficio de los maldecidos:
esculpir signos
en lugar de contemplarlos.
En los cuadernos de esta ciudad
perseguida por sus pesadillas
constará mi nombre como una referencia más.
Los mejores poemas que te haré
ya se perdieron
en una reunión de amigos.

⋆⋆⋆

Los árboles se inclinan para darte sombra.
El mar está hacia arriba
y un áncora lo recorta en dos.
Al caemos, la oscuridad será.
Y llegará la Dama
en traje de color indescifrable
y escogerá parajes que se esconden en tu lengua.

Ángel Emilio Hidalgo;
guayaquileño; 1973-

Tratado de los bordes o la cercenación del estero

2016 - María Paulina Briones, primer premio

Antología
de los ganadores del «Ismael Pérez Pazmiño»

Última revisión: Octubre de 2025

Tipografrías:
Portada y título: CINZEL DECORATIVE, de Natanael Gama
Texto: Crimson Pro, de Jacques Le Bailly
Otros: Gelasio, de Eben Sorkin

